

GEORGES SOREL



**Las
ilusiones
del Progreso**

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMPAÑIA. EDITORES

Calle del Palomar, número 10
VALENCIA

Sucursal: Mesonero Romanos, 42
MADRID

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Alcalá Gallano.—*Las diez y una noches.*
 Aleramo (Sibila).—*Una mujer.*
 Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.—*Emilio Zola (Su vida y sus obras).*
 Alexis.—*Las chicas del amigo Lefèvre.*
 Altamira.—*Cosas del día.*
 Angel Guerra.—*Literatos extranjeros.*
 Bakounine.—*Dios y el Estado.*
 Id.—*Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*
 Barón d' Holbach.—*Moisés, Jesús y Mahoma.*
 Baudelaire.—*Los paraísos artificiales.*
 Benuzzi.—*Creación y vida.*
 Bjørnson.—*El Rey.*
 Id.—*El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.*
 Blasco Ibáñez.—*Cuentos valencianos.*
 Id.—*La condenada.*
 Bouhélier.—*El rey sin corona (drama).*
 Bovio (Juan).—*Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.*
 Bracco.—*Muecas humanas.*
 Id.—*Se acabó el amor.—Bjørnson.—Una quebra.*
 Büchner.—*Fuerza y materia.*
 Id.—*Luz y vida.*
 Id.—*Ciencia y Naturaleza.*
 Buckle.—*Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.*
 Bueno.—*A ras de tierra.*
 Bunge.—*La novela de la sangre.*
 Capitán Casero.—*Recuerdos de un revolucionario.*
 Comandante ***.—*Así hablaba Zorrapastro.*
 Conde Fabraquer.—*La expulsión de los jesuitas.*
 Chamfort.—*Cuadros históricos de la Revolución francesa.*
 D'Annunzio.—*Episcopo y Compañía.*
 Darwin.—*El origen del hombre.*
 Id.—*Mi viaje alrededor del mundo.*
 Id.—*Origen de las especies.* 3 t.
 Id.—*Expresión de las emociones en el hombre y en los animales.* 2 t.
 Daudet.—*Cuentos amorosos y patrióticos.*
 Del Castillo (B. E.).—*Dos Américas.*
 Id.—*Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.*
 Del Castillo Márquez (F. X.).—*Bajo otros cielos.*
 De la Torre.—*Cuentos del Júcar.*
 Delfino.—*Átomos y astros.*
 Deutsch.—*Diez y seis años en Siberia.* 2 t.
 Dide.—*Miguel Servet y Calvino.*
 Diderot.—*Obras filosóficas.*
 Draper.—*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*
 Echagüe.—*Prosa de combate.*
 Engels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* 2 t.
 Fabbri.—*Sindicalismo y anarquismo.*
 Faure.—*El dolor universal.* 2 t.
 Faut.—*El prejuicio de las razas.* 2 t.
 Flaubert.—*Por los campos y las playas.*
 Flaubert.—*La tentación de San Antonio.*
 France (Anatole).—*La cortesana de Alejandria (Tais).*
 Francés.—*Miedo.*
 García Calderón.—*Hombres é ideas de nuestro tiempo.*
 Garchine.—*La guerra.*
 Gautier (Judith).—*Las crueldades del amor.*
 Gautier (Teófilo).—*Un viaje por España.*
 George.—*Progreso y miseria.* 2 t.
 Id.—*Problemas sociales.*
 Gómez Carrillo.—*Dasfle de visiones.*
 Id.—*Por tierras tejanas.*
 Goncourt.—*La ramera Elisa.*
 Gorki.—*Los ex hombres.*
 Id.—*En la prisión.*
 Grave.—*La sociedad futura.* 2 t.
 Id.—*La sociedad moribunda y la anarquía.*
 Guerin Giniés.—*El fango.*
 Gutiérrez Gamero.—*La derrota de Mañara.*
 Guy de Maupassant.—*El florla.*
 Id.—*La manecía.*
 Hamon.—*Determinismo y responsabilidad.*
 Id.—*Psicología del militar profesional.*
 Id.—*Psicología del socialista-anarquista.*
 Id.—*Socialismo y anarquismo.*
 Hæckel.—*Los enigmas del Universo.* 2 t.
 Id.—*Las maravillas de la vida.* 2 t.
 Haggard.—*El hijo de los boers.*
 Heine.—*De la Alemania.* 2 t.
 Id.—*Los dioses en el destierro.*
 Hugo (Victor).—*El sueño del Papa.*
 Ibsen.—*La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.*
 Id.—*Emperador y Galileo.—Juliano Emperador.* 2 t.
 Id.—*Los espectros.—Hedda Gabler.*
 Id.—*Cuando resucitemos.—Juan Gabriel Borkman.*
 Inchofer.—*La monarquía jesuitica.*
 Ingenieros.—*La simulación en la lucha por la vida.*
 Id.—*Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.*
 Jacquinet (Clemencia).—*Ibsen y su obra.*
 Kropotkine.—*La conquista del pan.*
 Id.—*Palabras de un rebelde.*
 Id.—*Campos, fábricas y talleres.*
 Id.—*Las prisiones.*
 Id.—*El apoyo mutuo. Un factor de la evolución.* 2 t.
 Labriola (Arturo).—*Reforma y revolución social.*
 Labriola (Antonio).—*Del materialismo histórico.*
 Lacos.—*Las amistades peligrosas.*
 Laugel.—*Los problemas de la Naturaleza.*
 Id.—*Los problemas del alma.*
 Id.—*Los problemas de la vida.*
 Leone.—*El Sindicalismo.*
 López Ballesteros.—*Junto á las máquinas.*
 Lubock.—*La dicha de la vida.*
 Mackay.—*Los anarquistas.*
 Mæsterlinck.—*El tesoro de los humildes.*
 Malato.—*Filosofía del anarquismo.*

LAS ILUSIONES DEL PROGRESO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

El porvenir de los Sindicatos Obreros.—Una peseta.

La ruina del mundo antiguo.—Una peseta.

GEORGES SOREL

Las ilusiones del Progreso

(ESTUDIOS SOBRE EL PORVENIR SOCIAL)

Traducción de M. Aguilar Muñoz



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

*Esta Casa Editorial obtuvo Diploma
de Honor y Medalla de Oro en la Expo-
sición Regional de Valencia de 1909.*

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^ª—VALENCIA

PRÓLOGO

Para describir las ilusiones del progreso me he esforzado en seguir los consejos que Marx da á todos los hombres que quieran llegar, dentro de la historia de las ideas, hasta las raíces más profundas que pueda desear una inteligencia razonada.

La indiferencia que generalmente han manifestado los profesionales de la historia respecto á los métodos históricos de Marx, debe explicarse, en primer lugar, en que los gustos del público, por medio del sufragio, aseguran la ilustración, los honores académicos y la fortuna. Este público, más impresionable que estudioso, nada detesta tanto como los trabajos capaces de alterar su quietud habitual. Gusta de leer y de instruirse, pero á condición de que esto no le cause una gran fatiga. Ante todo, pide á sus autores que le ofrezcan distinciones precisas, fórmulas de una aplicación fácil, exposiciones claras, aun cuando esta claridad sea aparente. Le importa poco que estas cualidades cartesianas no se encuentren más que en los trabajos históricos, frecuentemente superficiales; se contenta con esta superficialidad, que está en razón directa de sus cualidades cartesianas.

Cuando se procede á una investigación un poco profunda de la historia, apercibimos que las cosas presentan una complejidad inextricable; que al entendimiento no le es posible analizarlas sin que aparezcan contradicciones insolubles; que la realidad existe protegida por una obscuridad que la filosofía habrá de respetar si no quiere caer en la charlatanería, en la mentira ó en la novela. Una de las grandes ventajas que presenta el método marxista (cuando es bien interpretado) es la de que respeta el misterio fundamental que una ciencia frívola pretende esclarecer.

Los métodos de Marx son, desgraciadamente, más célebres que conocidos. Han sido definidos frecuentemente en fórmulas de difícil comprensión, y sólo se conocen un pequeño número de ejemplos para su aplicación.

Hace una docena de años, un profesor italiano, Antonio Labriola, que ha hecho laudables esfuerzos para introducir las concepciones marxistas en la cultura universitaria de su patria, anunció que no tardaría en publicar estudios históricos siguiendo el método recomendado por Marx, aunque no quería «imitar á este maestro, que enseña desde la costa la forma de nadar definiendo la natación» (1). El que en esto confiase perdería seguramente.

Los comentadores de Marx tampoco han estado muy felices al creer encontrar la expresión clásica de la doctrina de su maestro en el prefacio que éste escribió en 1859 para la *Crítica de la Economía política*. Este famoso texto no tiene por objeto suministrar reglas para

(1) Antonio Labriola, *Ensayos sobre la concepción materialista de la historia*.

el estudio de una época determinada. Todo es cuestión de las sucesiones de civilizaciones diferentes, y así se explica que la palabra *clase* no se encuentre constantemente. Las fórmulas que sirven para señalar el papel de la economía son excesivamente concentradas, simbólicas, y por lo tanto, se prestan á una mala interpretación. No hay que asombrarse, pues, de que se hayan dado muchas libertades con el aludido prefacio, que tantos citan sin haberlo examinado jamás detenidamente.

E. Ferri, que no solamente es el jefe del partido socialista italiano, sino que también tiene la pretensión de ser un filósofo y un sabio, nos ha dicho que Marx resume y completa, por medio de su *determinismo económico*, las dos «explicaciones unilaterales, y por lo tanto incompletas, bien que positivas y científicas», que ha dado la historia.

Montesquieu, Bucklie, Metschnikoff han propuesto un *determinismo telúrico*, mientras los etnólogos proponen un *determinismo antropológico*. He aquí la fórmula que, sobre la nueva doctrina, presenta Ferri: «Las condiciones económicas—que son la resultante de las energías y de las aptitudes étnicas agitándose en un medio telúrico dado—son la *base determinante* de todas las manifestaciones morales, jurídicas y políticas de la vida humana, *individual* y social» (1). Esta notable arlequinada, compuesta de tonterías, de absurdos y de contrasentidos, constituye una de las obras maestras de esa ciencia que los políticos italianos denominan ciencia positiva. El autor se muestra satisfecho de su exposición del marxismo, y prueba, algunos años después, la ne-

(1) E. Ferri, *Socialismo y ciencia política*.

cesidad de ensalzarse á sí mismo por haber descubierto todas estas bellas cosas, sin tener en cuenta que entonces aun no se conocían las cartas en las cuales Engels daba del materialismo histórico una interpretación más amplia que aquella otra dada por él mismo hacía ya mucho tiempo (1). Yo no quisiera comparar á Ferri y á Antonio Labriola, pero opino que este último ha venido á extraer de la obra de Marx reglas capaces de dirigir á los historiadores, aun cuando sólo haya podido dar una idea general de las concepciones marxistas, combinando algunas paráfrasis del prefacio de 1859 por determinadas indicaciones extraídas de otros escritos.

En la época en que publicó sus *Ensayos sobre la concepción materialista de la historia*, no se había aún observado que es indispensable tomar grandes precauciones cuando se trate de refutar las tesis propagadas por Marx, puesto que con frecuencia las cuestiones por él tratadas las consideraba bajo diferentes aspectos históricos, hasta el punto de que existen varios sistemas históricos de Marx. Por lo tanto, no será de más traicionar la filosofía marxista, que pretende combinar afirmaciones que no tienen valor puestas dentro de los mismos sistemas en que ellas figuran.

Es del *Manifiesto comunista* de donde extraigo el siguiente párrafo, que creo se adapta admirablemente á las investigaciones que hago. «¿Es necesaria una pers-

(1) Me parece un poco absurdo decir que la vida individual está determinada por las causas aquí enunciadas, las cuales no son absolutamente individuales. Cuando Marx ha querido hablar de la economía como una base sobre la cual reposan los ideólogos, ha empleado los términos (*Basis, Grundlage*) propios para desviar la idea que esta base hacía activa.

picacia profunda para comprender que las ideas de los hombres, sus observaciones concretas, sus nociones abstractas (*Vorstellungen, Aiaschauungen und Begriffe*), y en una palabra, su propia conciencia (*Bewusstsein*), se modifican (*sich ändert*) con sus condiciones de existencia, con sus relaciones sociales, con su vida social (*Lebensverhältnissen, gesellschaftlichen Beziehungen, gesellschaftlichen Dasein*). ¿La historia de las ideas (*Ideen*) no prueba que la producción intelectual se metamorfosea (*sich umgestaltet*) con la producción material? Las ideas dominantes (*herrschenden Ideen*) de una época no han sido otra cosa que las ideas de la clase dominante» (1).

La teoría del progreso ha sido recibida como un dogma en la época en que la burguesía era la clase conquistadora; por lo tanto, tal teoría deberá ser mirada como una doctrina burguesa, y todo historiador marxista habrá de buscar nuevamente hasta llegar á la conclusión de que ella depende de las condiciones del medio dentro de las cuales se observa la formación, la ascensión y el triunfo de la burguesía. Solamente cuando se abrace toda esta magna aventura social podrán darse verdadera cuenta del lugar que ocupa el progreso en la filosofía y en la historia.

Esta manera de concebir las clases es diametralmente opuesta á las otras concepciones que, universalmente extendidas, encontramos en torno de nosotros.

(1). *Manifiesto comunista*, trad. de Andler, pág. 51. Cualquiera que sea el mérito de esta traducción, es necesario recordar con frecuencia los términos ó palabras alemanes que tienen un sentido técnico (provenientes de la escuela hegeliana), que no pueden traducirse exactamente al francés.—(N. del A.)

Todo el mundo admite sin pena que existe dentro de nuestra sociedad una gran heterogeneidad, que las profesiones, la fortuna y las tradiciones de familia producen enormes diferencias en la manera de pensar de los hombres contemporáneos; todo esto lo describen con minuciosidad muchos observadores. El mismo Proudhon ha escrito—sin aceptar las concepciones marxistas de clase (1)—que una nación moderna importante suministra una «representación de todas las edades de la humanidad», que en los tiempos modernos son figuradas por «una multitud pobre é ignorante, á la que su miseria impulsa constantemente al crimen». Además, afirma que un doble estado de civilización se observa dentro de la «clase media, compuesta de agricultores, artesanos y tenderos» y que una «*élite* formada de magistrados, funcionarios, profesores, escritores y artistas marca el nivel más avanzado de la especie». Sin embargo, después de haber denunciado las contradicciones que existen en el mundo, no puede abandonar la idea de que existe una voluntad general. «Pedid—dice—á estos intereses diversos, á estos instintos semibárbaros, á estos hábitos tenaces, á estas elevadas aspiraciones, pedidles, repito, su pensamiento íntimo; clasificad todas las voces siguiendo la progresión natural de todos los grupos, y

(1) De aquí las grandes dificultades que se ofrecen para interpretar á Proudhon. El lector que espera á cada momento ver aparecer la doctrina marxista sobre las clases, sufre frecuentes desilusiones. Yo creo que Proudhon ha buscado el no entrar en la vía por la cual se desliza Marx con todas sus preocupaciones morales. Él mira la fidelidad conyugal como elemento esencial de la ética y no distingue la relación entre esta fidelidad y las ideas de clase: de esto á llegar á la conclusión de que las ideologías son puras formaciones de espíritu, no hay más que un paso.

obtendréis una fórmula que, abrazando términos contrarios, expresará la tendencia general, y no siendo la voluntad de ningún individuo, será el contrato social, será la ley. Expresado así el problema de la voluntad general, y expresado bajo una fórmula bastante clara, Proudhon reduce al absurdo el dogma unitario que la democracia opone constantemente á la doctrina de la lucha de clases. Por lo tanto, será imposible proceder al trabajo de síntesis que él pide. Cuando la historia habla de una tendencia general, él no deduce ésta de sus elementos constitutivos, pero la construye á la vista de los resultados que se han producido en el curso de la historia. El mismo Proudhon concluye por convenir que las cosas son así, y escribe después del párrafo citado más arriba: «Así es como ha marchado la civilización general en medio de la *ignorancia de los legisladores y de los hombres de Estado*, cobijados por las oposiciones, las revoluciones y la guerra.» La síntesis se ha operado fuera de un pensamiento razonado.

Se puede fácilmente darse cuenta de los movimientos sociales, suponiendo un enorme número de combinaciones; las ideas de los contemporáneos permiten reconocer muchos cálculos prudentes, muchos compromisos, muchos arbitrajes impuestos á los partidos por grupos capaces de ejercer una acción preponderante; la historia no pretende seguir estos cambios en todos sus detalles; á más sólida razón, la filosofía del hombre de Estado no se atreverá á encontrar estos resultados antes de que se manifiesten.

Lo que el historiador se esfuerza en reconocer ante todo, y que en realidad es lo más fácil de conocer, es la ideología de los vencedores; depende ella de todas las aventuras históricas, tiene diversas maneras que se ma-

nifiestan en los instintos, en las costumbres y en las aspiraciones de la clase dominante. Tiene también múltiples relaciones con las condiciones sociales en que se desenvuelven otras clases. Los lazos de unión que se pueden señalar entre la ideología dominante y todos estos puntos dispersos no pueden ser definidos completamente, en virtud del charlatanismo y de la puerilidad con que se habla de un determinismo histórico; todo lo que puede esperarse es cierta protección, cierta luz, que iluminen los caminos que conducen á las fuentes de origen.

La democracia tiene horror á las concepciones marxistas, porque éstas buscan siempre la unidad, han heredado la admiración que el antiguo régimen tenía por el Estado. Cree que el papel del historiador se limita á explicar la acción gubernamental y el medio en el que las ideas triunfan propagadas por los maestros.

Puede decirse que la democracia ha perfeccionado la teoría unitaria: se suponía que en una monarquía perfectamente reglamentada, ninguna voz discordante tiene derecho á elevarse contra el príncipe; ahora se afirma que cada ciudadano ha querido (al menos de una manera indirecta) todo lo que se le ha ordenado, ya que los actos del gobierno reflejan la voluntad general, en la cual cada uno de nosotros tiene su participación. Esta voluntad general es posible porque los pensamientos de los hombres están en cada época subordinados á ciertas ideas que se encuentran libres de todo prejuicio en aquellos personajes emancipados de nociones tradicionales y lo suficientemente desinteresados porque obedecen exclusivamente á la voz de la razón. Ante estas ideas, que no son exclusivas de ninguna persona,

Sari

porque son herencia de todos, se borran las causas reales de los actos humanos, causas que se pueden tomar en conjunto de las diferentes clases que integran la sociedad. Las ideas dominantes suelen tener algo de quiméricas, algo de aquella quimera que el hombre abstracto de José de Maistre declara no haber encontrado jamás, quimera por medio de la cual los legisladores de la Revolución pretendían haber forjado sus leyes. Nosotros sabemos hoy que este hombre abstracto no es completamente fantástico; ha sido inventado para reemplazar, dentro de las teorías del derecho natural, el hombre del tercer estado. Ya que la crítica histórica ha restablecido los personajes reales, también debe restablecer las ideas reales, esto es, renovar la consideración de las clases.

La democracia llegó á lanzar la confusión á los espíritus, impidiendo que muchas inteligencias puedan ver las cosas como ellas son, porque estaba servida por abogados hábiles en el arte de embrollar las cuestiones, gracias á un lenguaje capcioso, á flexibles sofismas y á un cúmulo enorme de declamaciones científicas. Debido sobre todo á los tiempos democráticos, se puede decir que la humanidad está gobernada más bien por el poder mágico de grandes palabras que por las ideas, por fórmulas que por razones; por dogmas cuyo origen nadie se preocupa de buscar, antes que por doctrinas fundadas en la observación.

Yo pienso que sería conveniente someter uno de estos dogmas charlatanescos á una crítica fundamentada sobre un método que nos garantizase contra todo engaño, es decir, una crítica fundada sobre las informaciones de clases. Habiendo encontrado algunas notas sobre la ideología burguesa, yo me he permitido someterlas al

público. Más de una vez he creado escuela; cuando he encontrado la ocasión de esclarecer el origen, el sentido ó el valor de una idea moderna, he temido pararme. Muchas de estas digresiones me serán perdonadas sin dificultad, porque pueden incitar á un espíritu dominado por la curiosidad á hacer nuevas y más profundas aplicaciones del método marxista. Me propongo, más bien que enseñar, mostrar que es posible trabajar en bien de una más grande verdad.

He publicado primeramente estos estudios sobre el progreso en mi obra *Movimiento socialista* (Agosto-Diciembre 1906), y en aquella ocasión he podido demostrar que me falta respeto para los hombres que la Universidad nos ensalza, aun á trueque de herir la susceptibilidad de muchos lectores.

Revisando después mi texto para pulirlo y completarlo, yo hubiera modificado algo si hubiese deseado agradar al público frívolo; pero he conservado el criterio que adopté, no para imitar á Marx, que siempre se muestra acerbo en la polémica, ni para llamar la atención por medio de un lenguaje rebuscado, sino porque encuentro, reflexionando, que entre todas las ilusiones que la burguesía propaga, la más absurda es la que pretende imponer por medio de santos laicos muy poco respetables.

Entre los escritores que se tienen por los representantes oficiales de la democracia francesa, se encuentra A. Comte; lo que ante todo se admira en éste es al hombre que pretende restaurar en Francia el respeto para la religión *neofetichista*. Hoy pocas personas son bastante tontas para suponer que las oraciones, los sacramentos y los sermones positivistas puedan tener gran influencia sobre el pueblo; pero se pone especial cuidado

en inculcar la veneración hacia los hombres más ó menos ilustres que la democracia ha adoptado como sus héroes. Muchas gentes esperan que si las masas aceptan este culto propagado por los pretendidos representantes de la humanidad, éstas también guardarán respeto para los oradores que hacen profesión de propagar este culto, tanto más cuanto hay muy poca distancia entre los nuevos santos y sus sacerdotes.

Estos son los intereses que nuestros demócratas cuidan con tanta precaución como se cuidan las glorias del siglo XVIII. Restablecer la verdad histórica no es sólo una cuestión científica, sino también una cuestión de interés práctico inmediato.



LAS ILUSIONES DEL PROGRESO

CAPITULO PRIMERO

Primeras ideologías del progreso

I

Discusiones entre los antiguos y los modernos.—Cuestión de buenos modelos en religión y en literatura.—Las *gens du monde* contra Boileau.—Triunfo de los buenos obreros del lenguaje.

Los historiadores hacen remontar los orígenes de la doctrina del progreso á las discusiones entabladas entre los antiguos y los modernos, que tanto ruido metieron durante los últimos años del siglo XVII. Parecerá muy extraño á más de un hombre del presente siglo que una discusión puramente literaria haya podido engendrar tal consecuencia. Ello es debido á que actualmente no estamos muy dispuestos á admitir que exista un progreso artístico.

No nos parece nada tan extraño como el mal gusto de Perrault, poniendo sistemáticamente á sus contemporáneos por encima de los genios del Renacimiento y colocando preferentemente, por ejemplo, á Lebrun sobre Rafael.

Se habrá podido creer que esto es sencillamente una tontería del empleado de Bellas Artes (1). El primer manifiesto de Perrault, leído en la Academia en 1687, se titulaba *El siglo de Luis el Grande*. Brunetiére ha dicho con mucha justicia: «Hay que convenir en que Boileau, cuando ensalzaba al príncipe, usaba un estilo muy diferente, y que á falta de la independéncia de espíritu, de la que nadie se avergonzaba, en aquel entonces imperaba un gusto más seguro, que inspiró á los antiguos, preservándoles de la tontería de la adulación» (2). Pero la discusión adoptó bien pronto un sistema más general gracias á la intervenció de Fontenelle, y entonces Perrault, después de haber expuesto sus ideas en verso, desenvolvió en tres volúmenes de prosa las razones que existen para preferir los modernos á los antiguos.

Para comprender bien todo esto, es necesario saber que los hombres del siglo XVII estaban muy lejos de sentir hacia sus contemporáneos la admiración piadosa que la posteridad les ha dispensado.

El mismo Bossuet, á quien tanto gustaba figurar como el verdadero tipo de la época, no fué apreciado en su justo valimiento ni siquiera por el rey; sus auditores creían que no hacía la suficiente ostentación de las bellezas del lenguaje, como Fléchier, ni sabía, como Bourdaloue, despertar la curiosidad que en toda ocasión busca la aristocracia dominada por la maledicencia.

Podrá creerse que Boileau ha sido un maestro

(1) Perrault era jefe del servicio *des bâtiments* del rey.

(2) Brunetiére, *Evolution des genres dans l'histoire de la littérature*. Citaré con frecuencia los libros de Brunetiére, porque me parecen la guía más segura para el conocimiento de los siglos clásicos.

universalmente respetado si nos limitamos á examinar su influencia sobre las obras de primer orden. La Fontaine, Molière y Racine le deben mucho, según la opinión de Brunetière; pero no debe juzgarse un siglo por los personajes que le han sobrevivido, porque con frecuencia éstos han conquistado la inmortalidad por sus mismas contradicciones.

Nosotros creemos de buena voluntad que los contemporáneos de Boileau se hubiesen conceptuado felices con sólo que éste les hubiese libertado del yugo de Chapelain. «Boileau, en sus *Sátiras*—dice Brunetière—, bromea á costa de *La Pucelle*, pero no obstante, reconoce que la obra es hermosa y está perfectamente escrita.» Chapelain, siendo el maestro indiscutible de las letras francesas, contemplaba orgulloso cómo muchas gentes de elevada posición se disgustaban al ver que se le vilipendiaba y que muchos esperaban una ocasión favorable para tomar parte en la guerra contra la crítica. La observación de Brunetière es muy importante, siendo así que, mirando en Boileau á un representante del espíritu burgués, se oponía «al espíritu de los salones y de las callejuelas». Y no fué sin pena como Boileau entró en la Academia, convertida en ciudadela de los amigos de Chapelain.

El gusto francés ha continuado siendo fiel á los principios de Boileau. Nosotros, como él, queremos el buen sentido, la claridad, la naturalidad en el lenguaje; reducimos los excesos de la imaginación y daremos un término medio entre el lenguaje rebuscado y el habla popular. Los pueblos extranjeros admiraron esta literatura y se esforzaron durante mucho tiempo en adaptar su espíritu á las reglas francesas. Por eso nosotros deploramos la resis-

tencia que nuestro siglo clásico ofrece á la estética de Boileau.

Para darse exacta cuenta de las razones á que obedece el respeto un poco supersticioso que Boileau siente por los antiguos, es necesario someterse al método que Le Play aconseja seguir para constituir una ciencia que ilumine á los hombres que se preocupan de reformar las sociedades contemporáneas.

Le Play sentía el más profundo desprecio por todas las discusiones abstractas y quería que se abriesen *enquêtes* para determinar cuáles eran las naciones más prósperas y cuáles los principios que en el curso de la historia habían determinado el engrandecimiento de estos pueblos. Hubiese querido que los franceses se apropiasen *les modèles excellents* que les hubiesen permitido descubrir, por la constitución de la familia, la organización del trabajo y la jerarquía política. Nuestro espíritu está formado de tal manera, que razonamos mucho más por analogías que por silogismos; no comprendemos bien un principio después de haber podido evocar una representación clara del sistema que él resume escolásticamente; nosotros estamos dispuestos á admitir las ventajas que dicho principio pueda proporcionar reproduciendo entre nosotros las cosas que por una causa cualquiera hayan obtenido éxito en otros pueblos. Así es como nos han sido importadas tantas instituciones de Inglaterra, América, y más recientemente de Alemania.

Los hombres del Renacimiento y de la Reforma han procedido de esta manera. Estaban familiarizados con las antiguas literaturas y creían poseer un conocimiento experimental: primeramente de las costumbres griegas, de las inclinaciones apos-

tólicas después. Pedían á sus contemporáneos que les siguiesen en esta restauración del pasado. Ron-sard no creía difícil hacer revivir el genio helénico, y Calvino pensó que podía ser un discípulo de San Pablo. El juego de estas dos tentativas no influyó directamente en los principios, porque en realidad no era más que exageración de los reformadores. Los modelos, por excelentes que ellos sean, no deben ser nunca más que modelos en los que es necesario aprender á servirse con arte. . . .

Los jansenistas adquirieron una gran popularidad, con asombro de más de un autor moderno. Creían poderse remontar hasta San Agustín, rechazando todas las tonterías y todas las impurezas introducidas, bien por los doctores del tiempo de la ignorancia, ó bien por los casuistas cortesanos. San Agustín, alimentado por las tradiciones clásicas, creyó llegar á los discípulos de Cristo. El éxito inmenso alcanzado por *Las Provinciales* (1656-1657) demostró que el público estaba dispuesto á aceptar una dirección agustiniana. Después de Brunetiére, La Fontaine y Molière fueron los únicos escritores notables que escaparon á esta influencia, que tanto se dejó sentir sobre el jesuita Bourdaloue, cuyos sermones hubiesen podido ser escritos por Port-Royal (1).

¿Por qué una reforma inteligente de la litera-

(1) Brunetiére, *loc. cit.*, 164-165.—Sainte-Beuve dice que Bourdaloue empleaba mucho la práctica «de las máximas de penitencia restauradas por Port-Royal» y que estos sermones satisfacían por completo á los solitarios. (*Port-Royal*, tomo II, págs. 155-156.) Además, hablando del sermón sobre el escaso número de los elegidos, escribe: «¿Pido yo que diga otra cosa M. de Saint-Cyrán á San Vicente de Paúl, que, á lo que parece, le sorprende como un juego la eficacia de los sacramentos?» (Pág. 190.)

tura no podía alcanzar el mismo éxito que el conseguido por la reforma de la moral? En los dos casos se tendía á combatir las influencias italianas y españolas. Los escritores franceses tenían mucho que admirar en el caballero Marin, que sobresalía entre las más preciosas habladurías del «autor de este *Adone*, al que Chapelain ensalzó en un prefacio memorable», y en Góngora, «cuyo nombre ha concluído por ser sinónimo de galimatías» (1).

Boileau, queriendo imponer á sus contemporáneos, alucinados por estos modelos, el buen sentido, les propuso *les modèles excellents* que presenta la antigua literatura. Puede sostenerse que Boileau volvió á tomar una concepción de Ronsard y abundó en el sentir de los «reformadores» de la Pléyade, á la que tan cruelmente había juzgado. Mas si él admitió nuevamente la obra de sus antecesores, como Port-Royal admitió la de Calvino, fué creyendo que de esta manera creaban algo diferente y hacían la Reforma adaptable al espíritu de los franceses.

Todos los grandes escritores del siglo XVII se pusieron de parte de Boileau cuando estalló la querrela entre los antiguos y los modernos, entretanto que Perrault defendía calurosamente á todos los autores que Boileau consiguió destrozar, tales como Chapelain, Cotin y Saint Amant. La estética de Boileau era demasiado incómoda para los mediocres, porque podía ser aceptada por las gentes habituadas á una gran libertad de sistema. Es difícil encontrar entre los escritores partidarios de los modernos un hombre tan sabio como Bayle; pero conviene no olvidar que éste, falto de gusto, había

(1) Brunetière, *Evolution des genres*, pág. 88.

conservado todos los defectos del siglo anterior y que se mostraba indiferente ante el valor literario de los libros que leía. Se ha cometido la injusticia de explicar su actitud por un sentimiento de hostilidad, por una estética protegida por Luis XIV.

Las *gens du monde* tenían para los modernos razones que aun se encuentran hoy como base de todas las determinaciones de estos personajes. «Estos jueces mundanos sienten un instintivo horror hacia todo lo que es grave y serio. El arte para ellos no es más que una distracción y un pasatiempo» (1). Las mujeres, en su mayoría, tomaron el partido de Perrault. La décima sátira de Boileau fué provocada quizá por el malhumor que le produjo la oposición de las mujeres. Sus enemigos, por el contrario, aplaudían con entusiasmo á jueces tan indulgentes. Brunetière estima que la mujer ha tenido una influencia nefasta sobre nuestra literatura, mientras no ha permanecido alejada de aquellos asuntos serios de su incumbencia y de las cuestiones verdaderamente graves de la vida.

Perrault, distribuyendo con excesiva largueza los privilegios de inmortalidad, aumentaba el número de sus amigos. He aquí un ejemplo de sus decisiones literarias:

*Combien seront chéris par les races futures,
les galants Sarrazins et les tendres Voitures,
les Molières-naïfs, les Rotrous, les Tristans,
et cent autres encor, délices de leur temps!* (2).

(1) Brunetière, *Evolution des genres*.

(2) ¡Qué admirados serán—por las futuras gentes los Sarrazins galantes—y los Molière ingenuos los Tristan, los Rotrus—y los tiernos Voitures, y cual ellos cien más,—delicias de su tiempo!

No es, pues, sorprendente que Perrault tuviese para él las gacetas literarias y la inmensa masa de gentes que se preocupaban de las letras. *Le Journal de Trévoux* nos suministra preciosos datos sobre las tendencias de aquel tiempo.

Los jesuitas no tenían motivos para simpatizar con Perrault, porque el hermano de éste, profesor de la Sorbona, tuvo grandes discusiones con Arnauld. Boileau hizo toda clase de esfuerzos para obtener gracias de los jesuitas influyentes, pero nada pudo conseguir por la causa antes anotada.

Se habrá podido suponer que las gentes haciendo profesión de humanismo hubieran vencido á los antiguos, pero hay que tener en cuenta que siempre que los jesuitas han querido apoderarse de Francia y dominarla, propagaron el partido de la mediocridad. De esta manera estaban seguros de tener á su lado la mayoría de las *gens du monde*. Los jesuitas defendían, frente á los jansenistas, la mediocridad moral. Se les acusa á los primeros de haber popularizado la mediocridad en la devoción. Los procedimientos educativos por ellos empleados son jactanciosos y tienen por objeto desenvolver en sus alumnos la mediocridad del carácter. Sus colegios, que se han hecho célebres como *boîtes à examens*, recuerdan la mediocridad científica y la mediocridad literaria que defendían contra Boileau.

El principal defecto de éste fué el de ser demasiado completo. «Pudo ver cómo la belleza renacía en torno suyo, cómo las callejuelas se transformaban en salones, cómo los Fontenelle y los La Motte aceptaban la tradición de los Balzac y de los Voitures. Más aún. Algunos años después contempló primero el triunfo de la marquesa de Lambert y después el de Mme. de Tencin. Los primeros

años del siglo XVIII, recuerdan los principios del XVII.»

Después de Fontenelle, Mme. de Tencin y el abate Trublet, La Motte fué uno de los más esclarecidos genios que ha poseído Francia. He aquí un ejemplo de la poesía filosófico-científica de La Motte, que tanto admiraba Fontenelle:

*La substance de ce vide
entre ce corps supposé
se répand comme un fluide;
ce n'est qu'un plein déguisé.*

La revancha de Boileau ha sido completa, y mucho más en nuestros días. Los ataques que le dirigían los románticos, ataques violentos que guardaban cierta amargura, tendían á rehabilitar á algunas de sus víctimas.

Proudhon, por el contrario, no le regatea su admiración, seducido «por la integridad de su razón» (1). Yo creo que esta revancha se explica por causas que tienden más bien á la materialidad de la lengua que al contenido del pensamiento.

Una revolución moderna ha dado origen á cierta escisión entre dos grupos de escritores: los unos son los que se vanaglorian de ser *los buenos obreros de las letras*. Están formados por un largo aprendizaje y trabajan extraordinariamente su prosa. Los otros son aquellos que continúan escribiendo según los gustos del público.

Las razones de este fenómeno se encuentran probablemente en el cambio que ha sobrevenido

(1) Proudhon, *De la justice dans la Révolution et dans l'Eglise*, t. III, pág. 390. Proudhon dice que la gloria de Boileau aparece «á medida que la nueva generación se desembaraça de la escrófula romántica». (T. V, pág. 125.)

en la misma materia del arte. Brunetière define de una manera fácil el estilo del autor en la siguiente forma: «Una especie de maestría que el genio ejerce sobre la materia del arte de escribir.» Y después añade: «Todas las grandes revoluciones literarias son revoluciones del lenguaje.» Estudiando la historia de la literatura francesa, se ve cómo en el fondo lo que todos los innovadores han revolucionado es el lenguaje: Ronsard, Malherbe, Boileau, Juan-Jacobo, Chateaubriand, Víctor Hugo, dan buena prueba de ello.» El idioma contemporáneo ha ido haciéndose más difícil á medida que abandonaba las expresiones vagas para ir describiendo las imágenes bien determinadas.

Nuestros modernos estilistas son verdaderos sucesores del Boileau tanto tiempo despreciado. «En este ciudadano—dice Brunetière—existió un artista, quiero decir, un *notable obrero* y un *teórico consciente* de su arte... Si alguien ha sentido verdadero respeto por la forma en poesía, es Boileau... Esto explica la estimación sincera que Boileau sintió siempre hacia Voiture. Esperó á que éste muriese para decir que el juego de palabras empleadas en su *Satire sur l'Equivoque* eran insípidas y después lamentaba haber escrito sus obras tan escrupulosamente.»

Los hombres que dedican á sus escritos una paciente labor, se dirigen voluntariamente á un público reducido; los otros escriben para los cafés-conciertos y para la prensa. Existen actualmente dos públicos diferentes perfectamente separados y dos géneros literarios que no se confunden. Hoy causa pena cuando se comprende el gran valor que nuestros padres atribuían á Beranger. Este fué un intermediario entre Parny y los *chansonniers* de café-concierto. La posición media que ocu-

paba no corresponde á nuestros actuales hábitos literarios. Nosotros queremos ó un poeta que se preocupe de su arte ó un coleccionador de vulgares refranes para el *Eldorado*. Sus maestros del siglo XVIII estaban olvidados como él porque no pasaron de ser obreros mediocres:

Las consecuencias de esta transformación fueron de gran trascendencia para el pensamiento moderno. Los primeros folletos que Voltaire lanzó contra el cristianismo han pasado de moda; poco á poco se ha descendido desde los enciclopedistas á M. Homais y los redactores de *La Lanterne*, en tanto que la literatura consagrada á la historia se ha vuelto grave y austera. El inmenso éxito obtenido por las primeras obras de Renán se debe á que supo encontrar y adoptar el tono serio que convenia á nuestras ideas contemporáneas (1).

Se ha creído con frecuencia que el espíritu volteriano desapareció el día en que la burguesía conceptuó conveniente para sus intereses el ponerse de acuerdo con la Iglesia, mas esto es una explicación ideológica y soberanamente superficial. El espíritu volteriano desapareció cuando una revolución literaria hizo ridículo *l'outillage* que empleaba Voltaire. Se encontraron pocos ejemplos tan notables como este, que muestren más claramente la influencia que la materia ejerce sobre el pensamiento.

(1) Podría preguntarse si Renán no se ha inspirado en gran parte en Rousseau, que también habla del cristianismo de una manera diferente al sentir de sus contemporáneos y cuida prodigiosamente del estilo.

II

Costumbres del final del siglo XVII.—Filosofía de Fontenelle.—Origen político de las ideas sobre la Naturaleza.—Pascal contra el racionalismo superficial.—El cartesianismo y las *gens du monde*.

La querrela entre los antiguos y los modernos ha tenido consecuencias que traspasan el dominio del arte. La sociedad francesa—orgullosa de sus nuevas condiciones de existencia y convencida de que para ella habían pasado los famosos tiempos tan celebrados por los historiadores—cree que no había modelos en el extranjero y que en adelante era ella la que debía servir de modelo á todos los pueblos civilizados. Su gusto decidía del valor de todas las obras del espíritu; ella creía gozar en todas las cosas de los frutos de su propia civilización, sin ser censurada por nadie.

A últimos del siglo XVII, las cuestiones religiosas, que habían apasionado al país, inspiraron indiferencia á todos, hasta el punto de que Bossuet y Fenelón desistieron de publicar importantes obras de controversia que tenían escritas. Los sermones de Massillon sólo tratan de la moral (1). Se supone frecuentemente que las persecuciones ejercidas contra los jansenistas y las cuestiones demasiado

(1) Brunetière, *Estudios críticos*, 5.ª serie, págs. 162-163. Brunetière llama á esta moral una *moral casi laica*.

vanas del quietismo tuvieron influencia sobre esta decadencia de las ideas religiosas.

Durante los últimos quince años del siglo XVII todo el mundo sentía la alegría de vivir. En tanto los jansenistas encontraron el medio de plantear los problemas del destino del cristianismo y de combatir las soluciones aportadas por los casuistas, predicando la religión fácil y justificando una disciplina austera. Hoy en día se querría aprovechar la felicidad que ofrece la nueva era, y que el jansenismo, cuyos protectores en la clase alta disminuyen diariamente, se ofendiese por ello. A Port-Royal se le dejó abandonado al furor de sus enemigos. Yo no creo que pueda atribuirse á las persecuciones contra los jansenistas el rebajamiento del nivel moral; por el contrario, opino que el argumento debe aplicarse al revés. Existen algunas familias que conservan las viejas costumbres y afectan una moral arcaica con tanta más seriedad cuanto se encuentran aisladas. En estas familias perdura el jansenismo como una protesta frecuentemente fanática.

Todo el mundo se escandalizó entonces, no solamente de la disolución de las costumbres femeninas, sino también de la indulgencia con que trataba la alta sociedad á los emancipados. «Mlle. de la Force (que había perdido la vergüenza, como la querida del comediante Baron) estaba familiarizada con las Vendôme tanto ó más que con las princesas de Conti.» En una carta escrita con fecha de 19 de Noviembre de 1696, Dubos decía á Bayle que las damas no querían tener lacayos niños, sino «los mejores y más fornidos mozos»; nada de doncellas, sino ayudas de cámara (1).

(1) Dubos señala que el cambio de costumbres se produjo

Boileau tuvo el valor de atacar á las mujeres, y su sátira produjo un escándalo enorme. Arnauld, que residía en Bélgica, informando los actos de su vida en las tendencias de las antiguas ideas, aprobó el rigor empleado por el poeta, pero sus amigos le previnieron que su aprobación producía los más malos efectos. Hay que suponer que Bossuet se pronunció contra Boileau porque sintió el peligro de desafiar abiertamente la opinión de las *gens du monde*. Se sabe que Bossuet ha sido acusado en más de una ocasión de guardar ciertas complacencias para las costumbres de los grandes, que no conocía bien porque ignoraba lo que pasaba en la corte.

Es muy notable que Bayle conservase del cristianismo la concepción primitiva del hombre hasta el extremo de que Brunetiére dijo respecto á este punto que Bayle había sostenido la moral religiosa al iniciarse su descristianamiento. Según él, el hombre debe resistir á la Naturaleza, lo que pareció escandaloso más tarde. Con Fenelón la idea de la bondad del hombre entra en la alta literatura, correspondiendo á las tendencias muy arraigadas de los contemporáneos, de acuerdo en afirmar que el optimismo no tardaría en dominar en todas partes. Puede decirse que á últimos del siglo XVII el terror al pecado, el respeto á la castidad y el pesimismo, desaparecieron casi al mismo tiempo, desvaneciéndose por consiguiente el cristianismo.

Esta sociedad no podía pasarse sin una filosofía, porque de las generaciones que le precedieron había

después de diez años, aproximadamente; el consumo de alcohol se cuadruplicó y la pasión del juego llegó á ser verdaderamente extraordinaria.

adquirido el hábito de razonar, y particularmente el de aplicar en todas las cuestiones razonamientos jurídicos. Así se comprende que las discusiones sobre la gracia, sobre la predestinación, sobre los sacramentos, hayan podido ocupar durante medio siglo un lugar preponderante en la historia de Francia. Una tal sociedad no habría podido entregarse á su felicidad sin buscar una justificación á su conducta. Consiguientemente ella estaba obligada á demostrar que tenía derecho á no seguir las viejas máximas, porque si no podía demostrarlo, habría derecho á compararla al hijo de familia que, impaciente por gozar la herencia paternal, devora la fortuna que ha de corresponderle. Entonces se fué feliz al encontrar abogados hábiles que establecieron doctoralmente el derecho á alegrarse sin miedo á las consecuencias (1). Este fué el origen de la doctrina del progreso. Fontenelle tuvo el mérito de revelar á sus contemporáneos la posibilidad de tal filosofía.

No es admisible el argumento de que bajo el reinado de Luis XIV las condiciones de vida eran mejores para la clase alta que lo fueron bajo el reinado anterior, porque entonces cabría preguntar: ¿Es que las fuerzas que produjeron esta mayor cantidad de bienestar no eran fuerzas resultantes de la nueva constitución social, y por consecuencia tan naturales como las del mundo físico? Pues que

(1) No es inútil observar que la necesidad de una apología estaba tanto más indicada cuanto los signos de decadencia se hacían sentir en la época en que Perrault escribía sus *Parallèles*. El precio de las tierras principió á disminuir, y esta baja debía continuar más allá del reinado de Luis XIV. (D'Avenel, *Historia económica de la propiedad, de los salarios, de los géneros y de todos los precios en general, desde el año 1200 hasta 1800*, t. I, págs. 387 y 388.)

si esas fuerzas continuasen obrando, ¿no originarían un movimiento acelerado en el mundo social, como el pensador lo produce en el mundo material? ¿Por qué, si es así, preocuparse de la suerte de las nuevas generaciones destinadas á un bienestar superior al actual? Brunetiére ha observado muy bien que la idea de estabilidad de las leyes de la Naturaleza es un elemento de la teoría del progreso; pero será necesario saber si esta idea arranca de la física ó bien si debe explicarse únicamente por medio de razones históricas. Esta segunda hipótesis me parece ser la que más se aproxima á la verdad.

Los contemporáneos de Fontenelle—que fué el que popularizó la idea de la estabilidad de las leyes naturales—estaban sorprendidos de ver hasta qué punto la majestad real había podido elevarse por encima de todos los accidentes de una manera definitiva. Indudablemente miraban las instituciones reales como una fuerza constante que diariamente aportaba una nueva mejora á las ya adquiridas. La concepción de una aceleración debió imponerse á ellos, por lo tanto, de una manera poco menos que evidente y necesaria. Podría preguntarse si la ley de aceleración de los graves no se presentó á Galileo por una serie de analogías políticas, porque ya en su tiempo la pujanza de las monarquías era bastante absoluta para que pudiese existir un tipo de fuerza constante (1).

Según Brunetiére, de la idea del progreso se desprenden dos tesis cartesianas relativas á la

(1) La idea de aceleración, después de haber descendido de la política á la física, buscó inmediatamente el camino contrario, de forma que la teoría de la caída de los graves ha contribuido á precisar la idea de progreso. Podrían encontrarse ejemplos de hechos análogos en la historia de las ideas.

ciencia que son de mucha importancia: la ciencia no se separa jamás de la ciencia, y ésta crece y se desarrolla constantemente. Parece, en efecto, que de tales premisas se debe sacar la conclusión del progreso indefinido; pero yo creo que existe equivocación cuando se atribuye á estas tesis el alcance científico que podría darle un escritor moderno. En el siglo XVII no tenían más valor que el que resultaba de las razones políticas sobre las que el espíritu podía fundarlas. Por lo tanto, su importancia histórica debe medirse partiendo de la observación de los fenómenos políticos.

Desde los tiempos de Descartes, se veía bien que los gobiernos de nuevo modelo, con su poder concentrado y su administración regular, estaban en condiciones de ejecutar sus planes de una manera casi exacta y de poder realizar así la unión de la teoría y de la práctica.

Por otra parte, la pujanza real parecía infinita. Se habían visto después del Renacimiento tantos cambios extraordinarios que se producían por capricho del soberano—particularmente en materia religiosa—, que se llegó á creer que nada había imposible para la realeza: la ciencia no podía jamás faltar á los principios que habían afirmado la plenitud de su derecho divino; la ciencia debía crecer constantemente, al mismo tiempo que el poder de aquellos que tenían necesidad de ella para reinar. Después de la revocación del edicto de Nantes, estas consideraciones tuvieron más sólido fundamento que en tiempo de Descartes. La querrela entre los antiguos y modernos estalló dos años después de este gran acontecimiento, que puso de manifiesto de una manera espléndida la omnipotencia real.

Yo no concibo la influencia de las vulgariza-

ciones en la historia como las concebía Brune-
tière. Después de él, los hombres del siglo XVII
estaban maravillados de saber tantas cosas. En
lugar de ocuparse como sus padres del cuidado de
su conciencia, hubiesen preferido la ciencia á la
religión y abandonar los puntos de vista de Bos-
suet por los de Fontenelle. Estimo que la vul-
garización científica tiene un gran espacio en la
formación de la filosofía moderna, pero no una
influencia directa. La tendencia á vulgarizar ha
contribuido sobre todo á establecer una estrecha
relación entre el pensamiento de las *gens du monde*
y el cartesianismo. De aquí resulta que las discusio-
nes literarias sobre los antiguos y los modernos
han tomado un alcance inesperado, pudiendo de-
cirse que adivinan un momento de la historia de
la filosofía. Fontenelle, que era al mismo tiempo
un espíritu partidario de los modernos, un habili-
simo vulgarizador y un cartesiano fanático, pudo
ejercer sobre la marcha de las ideas una acción
que está en singular contradicción con su medio-
cridad.

Para comprender bien esta cuestión es necesa-
rio detenerse un momento, lanzar una rápida mi-
rada sobre el cartesianismo y buscar las razones
que le hayan podido obligar á concluir siendo una
filosofía de las *gens du monde*. Nosotros tenemos el
ejemplo admirable de la adopción de una ideolo-
gía por una clase que encuentra fórmulas capaces
de expresar sus tendencias. Hay pocos fenómenos
más importantes que estas adopciones para la ver-
dad filosófica que estudia las doctrinas bajo el
punto de vista del materialismo histórico. El crea-
dor de un sistema opera como un artista que inter-
preta con una extrema libertad lo que observa á
su alrededor. Si este sistema tiene suficientes pun-

tos de unión con las ideas corrientes, puede perdurar y llegar á ser la doctrina favorita de una generación ulterior, que encontrará en ella tal vez otra cosa muy diferente á la de sus contemporáneos. Sobre esta adopción se constituye el juicio definitivo de la historia, pero este juicio trastorna frecuentemente el orden de los valores que los primeros discípulos habían atribuido á las diversas partes de la doctrina. Puede colocarse en primer lugar lo que ellos miraban como secundario.

El reinado de Descartes principió demasiado tarde. El mismo Brunetière dice que «la influencia del cartesianismo en el siglo XVII es una de las invenciones y uno de los errores con los que Víctor Cousin ha infestado la historia de la literatura francesa». Durante largo tiempo los grandes teólogos no parecían haber comprendido qué papel había de jugar la filosofía cartesiana. Ellos veían que las *gens du monde* incrédulas, á las que calificaban de *libertinas*, no eran sensibles á los argumentos empleados por los escolásticos para probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Creían que los razonamientos cartesianos tendrían más éxito, y bajo este punto de vista escribió Bossuet su carta de 21 de Mayo de 1687 dirigida á un discípulo de Malebranche y la de 18 del mismo mes de 1689 dirigida á Huet (1). Una vez aceptados los principios fundamentales, los teólogos creían que el conjunto de la religión no presentaba muy grandes dificultades.

(1) En esta segunda carta Bossuet parece mirar á Descartes como si hubiese seguido á los Padres de la Iglesia en muchos puntos. Brunetière estima que este juicio es bastante exacto.

Es muy probable que Pascal escribiese sus *Pensamientos* contra los cartesianos. Pascal no era un profesional de la teología, y no tenía, por consiguiente, gran confianza en las demostraciones escolásticas. Se colocó en el terreno de la experiencia, que exige un *Dios siempre presente*, y vió que el cartesianismo no conocía más que un Dios ausente. Las razones que Bossuet creía suficientes para vencer al ateísmo, le parecían á Pascal muy débiles. Así es como el obispo juzgaba á todos los hombres, sin ver la extrema diferencia que existe entre el sacerdote que vive en medio de los sacramentos y el hombre laico.

El piadoso obispo, realizando diariamente la experiencia religiosa, encontró razones convincentes para él, pero que resultaban débiles para el hombre que vive en el mundo y está colocado lejos de esta experiencia. Pascal escribía para gentes que han guardado una gran parte de las costumbres del siglo XVII. Estos *nuevos paganos*, violentos, imperiosos y llenos de caprichos, no eran del todo refractarios á una posibilidad de retorno al cristianismo, ya que admitían el milagro como una cosa muy posible, y el milagro es una experiencia material de la presencia divina en el mundo. El milagro no puede encontrar sitio en el cartesianismo, que quiere someterlo todo á una matemática universal.

Descartes parecía animar á aquellos que miraban esta experiencia como imposible, arrancando de aquí la siguiente frase: «Yo no puedo perdonar á Descartes, porque él hubiese querido en toda su filosofía superar á Dios (1), pero no pudo impedir

(1) *Filosofía* quiere decir *física*, y este sentido se le da todavía en Inglaterra.

que le obligase á dar un papirotazo para poner el mundo en movimiento, después de lo cual nada más había que hacer de Dios.» (Fragmento 77 de la edición Brunswigg.)

Sainte-Beuve comprendió perfectamente que el hombre se alejaba de Dios y que la filosofía del siglo XVII combatía á Pascal. A sus ojos fué Buffón quien, creando una ciencia de la Naturaleza, ha refutado á Pascal. Nosotros sabemos que Diderot ha estudiado con pasión la Historia Natural alentado por la esperanza de hacer á Dios completamente inútil. Descartes preparó el camino á los enciclopedistas, reduciendo á Dios á bien poca cosa y buscando empequeñecer á Pascal. Condorcet era maestro en el arte de poner en ridículo á un genio cubriéndolo de flores. Sainte-Beuve ha dicho: «Pascal ha sido presentado como la víctima de un fanatismo sórdido, y su piedad viva y tierna desaparece cubierta por sus extravagancias. De entonces data el *amuleto* tan respetado.»

No creo que los admiradores de Pascal estuviesen siempre felices al interpretarle. Brunetiére, por ejemplo, cree que Pascal tendía á rebajar la razón. Es necesario no confundir el empleo científico de la razón con lo que generalmente se llama *racionalismo*. Es esta la práctica ilusoria que Pascal ataca rudamente, no sólo porque él es cristiano, sino porque su espíritu no puede admitir el empleo mal entendido de los métodos matemáticos en las cuestiones morales. «Yo he pasado mucho tiempo dedicado al estudio de las ciencias abstractas, y la poca comunicación que se puede tener hame disgustado. Cuando yo he comenzado el estudio del hombre, he visto que las ciencias abstractas no son propias de él, y entonces me he enorgulle-

cido de mi ciencia porque los demás la ignoraban.» (Fragmento 144.) Debe entenderse con esto que á los ojos de Pascal las ciencias matemáticas forman un islote que restringe la unión de los conocimientos y que expone á infinidad de errores cuando se trata de imitar los razonamientos matemáticos.

El espíritu eminentemente riguroso de Pascal chocaba con los procedimientos fantásticos y á la vez charlatenescos empleados por los cartesianos para explicar el mundo. Pascal habla con un soberano desprecio de los *Principes de la philosophie* que él reconcilia con las tesis de Pico de la Mirandola de *omni re scibile* (fragmento 72), y escribe este pensamiento despectivo: «Descartes es inútil é incierto.» (Fragmento 78.) Más aún: «Aquello se demuestra por figura y por movimiento, porque es verdad. Mas decir cuál y componer la máquina, es ridículo, porque es inútil, incierto y penoso. Y aun cuando fuese verdad, nosotros estimamos más una hora de felicidad que toda la filosofía.» (Fragmento 79.)

Pascal protesta en nombre de la verdadera ciencia contra una física que sólo sirve para satisfacer la curiosidad de las *gens du monde*.

Más tarde, Newton se coloca bajo el mismo punto de vista que Pascal é invita á los geómetras á no inventar hipótesis para explicar la gravitación. Nosotros sabemos que esta reforma newtoniana provocó muchas objeciones, y no faltan hoy *esclarecidas gentes* que deploran nuestra ignorancia sobre las *causas de las leyes* de la mecánica celeste. Pascal se vió obligado á decir á sus contemporáneos: «La prueba de que toda vuestra pretendida filosofía es inútil y no vale ni siquiera una hora de pena, es que yo resuelvo sin ella todos los

problemas astronómicos» (1). Pascal oponía á las ilusiones que veía esparcidas en torno de él la protesta de un hombre de genio. Como escribía sólo para él, no se cuidaba de ocultar el malhumor que le producía el entusiasmo provocado por las bellas y engañosas maquinaciones del cartesianismo.

Es difícil adivinar á qué fórmulas hubiese llegado Pascal si hubiera podido llevar sus trabajos hasta el final. Su pensamiento aparece en más de una ocasión algo obscuro, lo que ha permitido á sus comentadores atribuirle opiniones que no es fácil fuesen suyas. Yo no encuentro gran misterio en su famoso pasaje del fragmento 233, al que se conceptúa frecuentemente como un desvío de la razón. «Seguid—dice á los *libertinos*—la manera como los creyentes han comenzado. Todo lo hacen como si efectivamente ellos creyesen con sólo tomar el agua bendita, mandar decir misas, etc., etc. Naturalmente, esto os hará creer y os *entontecerá*.» Pascal opone las prácticas de piedad al espíritu bello. Hasta es probable que emplease una expresión que era familiar á los *libertinos* hablando de

(1) Newton expresó en más de una ocasión la incompetencia de la ciencia ante los mecanismos cartesianos. «*Virium causas et sedes physicas jam non expendo.—Rationem harum gravitatis proprietarum nondum potui deducere et hypotheses non fingo.*» Sin embargo, no se atrevió á negar de una manera rotunda el interés que ofrecen las consideraciones sobre dichas causas. Se ha encontrado la prueba en una carta dirigida á Bayle y otra á Bentley. (Stallo, *La matière et la physique moderne*, págs. 31 y 34-35.) Estos son los sucesores que, provistos de un excelente instrumento, no veían el interés de la *filosofía cartesiana* y se emanciparon por completo. Côtés fué el primero en hacer una declaración radical en su carta fecha 18 de Octubre de 1760 (*á una princesa de Alemania*). Euler protestó contra esta simplificación.

la devoción. El *libertino* dice: «¿Qué es lo que yo creo? ¿Y por qué?» Pascal dice: «¿Qué perdéis con ello si así disminuirán vuestras pasiones, que son los más grandes obstáculos?» El no intenta con esto rendir al *libertino* estúpido, sino obligarle á reflexionar friamente. Al final del fragmento habla de la *bajeza* de la vida cristiana, y yo veo en ello un sinónimo de *entontecimiento*. «Huiréis de los malos placeres, de la gloria y de las delicias.» Lo importante aquí sería saber hasta qué punto esta práctica devota puede producir los efectos que creía Pascal; tal vez fuese ella verdaderamente eficaz para los hombres habituados á vivir en una sociedad en donde se haga alarde de incredulidad, en cuyo caso se debe procurar cambiar de relaciones. En todo caso, esto no reporta ningún desprecio para la razón.

Yo no he podido descubrir en el fragmento 218 el menor signo de indiferencia con el cual hubiese considerado Pascal la teoría del movimiento planetario. «Yo concibo—dice—que no se profundice la opinión de Copérnico... ¡pero esta otra, no! Importa mucho á toda la vida saber si el alma es mortal ó inmortal.»

Pascal hubiese querido que las *gens du monde* empleasen el tiempo en reflexionar sobre los destinos de ultratumba, en vez de disertar á propósito de problemas astronómicos que estaban fuera de su competencia.

Observando todo esto en conjunto, se ve claramente que Pascal había chocado con el carácter superficial de las concepciones cartesianas, que son infinitamente menos adaptables á la conversación que á la verdadera ciencia.

¿Mas por qué esta necesidad de conservación científica? Ello debía obedecer á que los hombres

del siglo XVII se habituaron á razonar sobre las causas ó los sofismas empleados por los casuistas y por la física de los cartesianos. Tanto en un caso como en otro se tendía á hacer desaparecer la realidad bajo un cúmulo de quimeras explicables y que esquivando las verdaderas dificultades se creían razones plausibles. La ciencia cartesiana no estaba demasiado embarazada de técnica matemática para que las *gens du monde*, habiendo recibido una buena educación liberal, no pudiesen discutir con los profesionales. Descartes era admirable para improvisar explicaciones sobre hechos naturales conocidos ó sobre aquellas experiencias nuevas que se le presentaban. Un hombre de espíritu familiarizado con los razonamientos cartesianos podía encontrar respuestas á todo. Esto es lo que constituye el carácter esencial de una buena filosofía para los habituales de los salones, ya se trate de física ó de moral.

Formulando su famosa regla sobre la duda metódica, Descartes no hizo más que introducir en la filosofía las costumbres aristocráticas. Brunetiére observa muy justamente que los escritores de origen noble tienen muy poco respeto para las tradiciones. Parece ser que esta analogía entre el cartesianismo y el escepticismo ha sido una de las más importantes razones que han contribuido al éxito de la nueva filosofía.

Las personas extrañas á los procedimientos de la ciencia experimental no se dan por muy satisfechas de que se haya llegado (de una forma que nada tiene de particular) á unir estas explicaciones, que su buen sentido acepta sin gran esfuerzo y sin comprender que tal manera de obrar reporta una gran equivocación. Taine cita como característica del espíritu cartesiano esta frase de Male-

branche: «Para buscar la verdad es necesario entregarse atentamente á las *ideas claras que todos llevamos en nosotros mismos*» (1).

De esta manera las gentes de espíritu no dudaron en abrazar con ardor el cartesianismo cuando éste les fué importado. Esta filosofía justifica la pretensión que siempre han tenido los hombres de mundo de hablar—en virtud de sus *luces naturales*—con una seguridad imperturbable de cosas que no han estudiado.

Próximamente treinta años después de redactar sus *Pensamientos*, Bossuet descubrió el peligro que este racionalismo parlanchín hacía correr á la religión. «A pretexto de que sólo se debe admitir lo que se entiende claramente (lo cual, reducido á ciertos límites, es muy cierto), cada uno se toma la libertad de decir: «Yo entiendo esto y yo no entiendo aquello... Sin respeto á la tradición avanza temerariamente todo aquello que se piensa. El padre Malebranche sólo escucharía á los aduladores ó á aquellos que, *habiendo penetrado en el fondo de la teología, se han sentido impresionados por sus bellas expresiones*. No habrá remedio para el mal que yo preveo.»

Esta carta tiene una gran importancia para nosotros, porque ella nos presenta al obispo indignado por la audacia de los que trataban la teología como una cosa frívola. Estos se atenían más á la belleza del lenguaje que á los razonamientos, renunciando á profundizar las cuestiones que ellos querían juzgar con sólo el sentido común. Nosotros queremos consignar aquí una protesta contra la vulgarización. Todo lo que se atribuía al cartesianismo presenta el mismo carácter ya reconocido

(1) Taine, *Viejo régimen*.

por Pascal, y es la literatura que no conduce á nada útil y cierto. En la elegancia de las exposiciones consiste todo el valor de esta filosofía.

Nosotros vemos, por los términos que emplea Bossuet, que persigue un hecho completamente nuevo. El autor se apercibe de que él *prepara un gran combate* contra la Iglesia, bajo el nombre de filosofía cartesiana. En esta época es cuando Fontenelle publicó su famoso libro sobre la pluralidad de los mundos. Estamos, pues, en los comienzos del reinado de Descartes.

Y mirando hacia atrás se reconoce sin pena que las concepciones fundamentales de la filosofía cartesiana correspondían al estado de espíritu de las gentes de aquel tiempo. El cartesianismo era resueltamente optimista, lo que debía agradar á una sociedad deseosa de divertirse libremente, á una sociedad que estaba horripilada del rigor del jansenismo.

Por otra parte, no existe una moral cartesiana. Descartes redujo la ética á una regla de conveniencia que prescribe respetar las costumbres establecidas, y esto era muy cómodo una vez que aquéllas devinieron un poco severas. Descartes parece que no se preocupaba mucho del sentido de la vida. En su calidad de antiguo discípulo de los jesuitas, no reflexionó mucho sobre el pecado, y sus discípulos pudieron suprimirlo, como hizo Renán. Sainte-Beuve dice que Descartes había relegado la fe, «como los dioses de Epicuro, en yo no sé qué intermundos del pensamiento». Esto convenía en gran manera á los que aspiraban á romper el yugo cristiano.

III

Idea de una pedagogía de la humanidad.—Los vulgarizadores.—Condorcet concibe la instrucción popular bajo un modelo aristocrático; sus ilusiones relativas á los resultados de la instrucción.

En adelante la filosofía francesa tendrá un carácter marcadamente racionalista, especial, que la harán agradable á las *gens du monde*. La ética cartesiana podrá ser abandonada y declarada ridícula por el siglo precedente, pero el cartesianismo será siempre el tipo de la filosofía francesa, porque está perfectamente adaptado á las tendencias de una aristocracia espiritual, ansiosa de razonar y deseosa de encontrar los medios justificativos de su superficialidad.

El progreso será siempre el elemento esencial de la gran corriente que llegará hasta la democracia moderna, porque la doctrina del progreso permite gozar con toda tranquilidad de los bienes de hoy sin preocuparse de las dificultades que puedan presentarse mañana. Agradará siempre á los políticos recordándoles que de la democracia, ascendida hasta el poder, quieren aprovecharse sus amigos, valiéndose para ello de las ventajas que procura el Estado.

Actualmente, como en tiempo de Fontenelle, la sociedad dominante quiere que se le ponga en posesión de una *ciencia completa del mundo* que le permita emitir sus opiniones sobre todas las cosas, sin

tener necesidad de someterse á una instrucción especial. Lo que ella llama ciencia es una forma de conceptuar la Naturaleza á la manera, de Descartes y no guarda ninguna relación con el estudio detallado y profundo de los problemas que plantea la verdadera ciencia fundada sobre la prosaica realidad (1). Las tesis cosmológicas de Spencer ó de Hæckel divierten á las personas letradas, como si se tratase de cuentos mitológicos. El entusiasmo producido por éstos es considerable, debido á que sus lectores creen que el espíritu es capaz de resolver todas las dificultades que se presentan en la vida diaria, después de haber solucionado todas aquellas que existen en la cosmología. De aquí proviene la confianza insensata en las decisiones de las gentes cultas, confianza que ha venido á ser una de las bases ideológicas de la superstición del Estado moderno.

Actualmente, la idea de que todo puede ser sometido á una exposición clara y perfecta no es menos intensa que en el tiempo de Descartes. Si se dice que hay que protestar contra la ilusión del racionalismo, cae sobre uno el dictado de enemigo de la democracia. Yo he oído á muchas personas que se jactan de trabajar por el progreso deplorar las enseñanzas de Bergson y señalarlo como el más

(1) Renán escribió á este propósito las siguientes líneas, muy significativas por cierto: «Acontecerá hoy lo que sucedió en Babilonia si los *charlatanes científicos, sostenidos por las gens du monde y por la prensa*, invaden el Instituto, el Colegio de Francia y las facultades. Existen entre nosotros ciertas necesidades superiores á los caprichos de las *gens du monde*: la artillería, la fabricación de substancias explosivas, la *industria apoyada sobre la ciencia*, sostendrá la ciencia verdad. Babilonia quedará para los juglares.» (*Historia del pueblo de Israel.*) En los siglos XVII y XVIII no existían las industrias científicas.

pernicioso de cuantos combaten el espíritu moderno (1).

Para nuestros demócratas, lo mismo que para ciertos espíritus cartesianos, el progreso no consiste en la acumulación de medios técnicos ni en los conocimientos científicos, sino en el ornamento del espíritu que, libre de prejuicios, seguro de sí mismo y creyente en el porvenir, se forja una filosofía que asegura la felicidad á todos los que poseen medios para vivir mucho. La historia de la humanidad es una especie de pedagogía que impulsa á pasar del estado salvaje á la vida aristocrática. «El género humano—decía Turgot en 1750—, considerado desde su origen, aparece á los ojos de la filosofía como un todo inmenso que tiene, al igual que cada individualidad, *su infancia y su progreso.*» Condorcet, continuando la obra inacabada de Turgot, llega más adelante en este orden de ideas: es la historia pedagógica de la humanidad lo que él intenta describir.

Colocados ya en este punto de vista, la cuestión primordial que preocupa á los hombres es la de aprender á bien razonar. De aquí arranca la importancia atribuida á la lógica. Condorcet presenta á Locke como uno de los bienhechores del espíritu humano. «Locke fué el hilo que debía guiar á la filosofía»; «su método fué bien pronto adoptado por todos los filósofos, y con su aplicación á la moral, á la política y á la economía política, siguieron estas ciencias una marcha tan segura como la de las ciencias naturales».

Entre los proyectos que soñaba Condorcet para

(1) Podrían establecerse muchos puntos de contacto entre Bergson y Pascal.

una humanidad regenerada por la Revolución, figura el perfeccionamiento del lenguaje, «vago y obscuro todavía».

Condorcet estimaba que los hombres tenían necesidad de un lenguaje tanto más preciso cuando se había recibido una educación menos completa. El esperaba reformar, sin duda, el habla popular, adoptando el modelo que empleaba la buena sociedad. Esperaba también que se podría crear una lengua científica universal que llegaría á hacer «el conocimiento de la verdad fácil y casi imposible el error».

Estas preocupaciones eran muy naturales entre los hombres que querían hacer un resumen de los conocimientos, ponerlos al alcance de las *gens du monde* y transformarlos en sujetos agradables de la conversación. Condorcet creía que la vulgarización es una de las obras que más honran al siglo XVIII. La extensión y tono del pasaje demuestran bien claramente la importancia que el autor atribuía á la difusión de la filosofía: «Se está formando en Europa una clase de hombres más atentos á descubrir y profundizar la verdad que á difundirla; que trabajan más por su gloria que por destruir los errores populares; todo antes que limitar los conocimientos humanos, lo que es una manera indirecta de servir á su progreso, que no es el menos peligroso ni el menos útil.

»En Inglaterra, Collins y Belingbroke, y en Francia, Bayle, Fontenelle, Voltaire y las escuelas formadas por estos hombres célebres, combatieron en favor de la verdad... empleando todas las formas, desde la patética hasta la de la burla, y siguiendo con las de la religión, costumbres, administración, leyes, todo, en fin, lo que tenía carácter de tiranía, de dureza ó de barbarie... El grito de

guerra de estos pensadores fué: Razón, tolerancia, humanidad» (1).

No se ha celebrado en términos bastante entusiastas el paso de la literatura al periodismo, de la ciencia al racionalismo de los salones ó de las asambleas y de la rebusca original á la declamación.

Cuando Condorcet gozaba ya de gran consideración dentro del gobierno, creyó llegado el momento de hacer participe al pueblo de todos los progresos. Sus ideas sobre la instrucción pública tienen para nosotros una importancia considerable. Estudiándolas podemos darnos cuenta exacta de lo que era la noción exacta del progreso para los hombres del siglo XVIII, y conocemos dicha noción en sus aplicaciones sociales y en toda su realidad compleja y viva. Un examen somero de los proyectos de Condorcet se hace indispensable al llegar á este punto.

Condorcet miraba como una cosa evidente que si el pueblo razonaba siguiendo las modas recibidas de los salones del viejo régimen, la felicidad del mundo estaría asegurada. El plan que él trazó, consecuente con esta opinión, para la enseñanza secundaria, no ha sido conceptuado como muy feliz por los especialistas contemporáneos. Compayré, que admiraba mucho las ideas del autor, estima que la Convención estuvo mal inspirada siguiendo sobre este punto las indicaciones de Condorcet. Las *escuelas centrales* no triunfarán porque son «establecimientos mal definidos, en los que la enseñanza es demasiado extensa, los programas excesivamente confusos y los alumnos parece que

(1) Condorcet, 9.^a época. Se comprenderá el rencor de Condorcet contra Buffón, que no figura en esta enumeración.

son preparados é instruidos para discutir de *omni re scibile*» (1). Creo que Compayré no había comprendido bien el pensamiento de Condorcet.

Este no se proponía formar agricultores, industriales, ingenieros, geómetras ni sabios; él quería formar «hombres esclarecidos», y en su información expuso que se inspiraba, para seleccionar los objetos que habían de ser la finalidad de estudio, en la filosofía del siglo XVIII, «libre de toda cadena, emancipada de toda autoridad, de toda vieja costumbre. Su propósito era iluminar la generación contemporánea y preparar con anticipación la razón superior á la cual llama el progreso de las generaciones futuras».

Inspirarse en la filosofía del siglo XVIII, formar espíritus cultos: fácil es comprender lo que esto significa. Significa vulgarizar los conocimientos de forma que los jóvenes republicanos puedan colocarse en condiciones de alcanzar una plaza honoraria en una sociedad constituida según las concepciones del viejo régimen; significa querer que la democracia se vacíe en los moldes de la desaparecida nobleza; significa, por último, colocar á los nuevos maestros en el rango mundano que ocupaban sus predecesores. Era necesario, para obtener este resultado, dar á los hombres un baño de toda clase de conocimientos, y bajo esta concepción fueron creadas las *escuelas centrales*.

Condorcet habla con un profundo desprecio de las lenguas antiguas. El griego y el latín no deben servir más á los que tienden á brillar en una sociedad democrática que á los que brillan en los salo-

(1) Compayré, *Condorcet, Rapport y proyecto de decreto sobre la organización general de instrucción pública.*

nes (1). Aquí tenemos el primer eco de la querrela entablada entre los antiguos y los modernos. Estos triunfaron en el mundo frecuentado por Condorcet, y nuestro reformador toma sus ideas en el pasado.

Condorcet creía que sería muy fácil obtener en la nueva sociedad resultados mucho más satisfactorios que aquellos que obtenían en los antiguos colegios por medio de cuadros sinópticos (2), que entretenían de la forma siguiente: «Esperamos que, con la ayuda de un corto número de estos cuadros, será fácil aprender su uso á los hombrés que no han podido elevarse por encima de la más elemental instrucción, y dándose cuenta por sí mismos de los conocimientos útiles á la vida común, podrán encontrarlos á voluntad aquellos de que tengan necesidad. El uso de estos métodos puede facilitar la instrucción elemental en todos los géneros en que se funda esta instrucción, ya sean sistemáticos de verdad, ya sean una serie de observaciones y de hechos.»

Es posible, en efecto, que tal método pueda hacer que los alumnos recorran toda una enciclopedia y que si se les ha acostumbrado á hablar

(1) Las razones que daba Condorcet no eran para detenernos. Es muy raro, en efecto, que en cuestiones de esta índole se hagan valer los verdaderos motivos. El pretendía que los libros de los antiguos estaban llenos de errores y que una gran elocuencia, que es muy buena para un pueblo que se gobierna á sí mismo por medio de asambleas generales, resulta perniciosa para otro pueblo sometido al régimen parlamentario. No deben los representantes dejarse arrastrar por sus sentimientos personales.

(2) Dupont de Nemours ha dejado un cuadro de este género con el título *Compendio de los principios de economía política*. (Fisiócrates, colección Daire, págs. 367-385.) Este ejemplo no da una idea muy elevada de lo que puede aprenderse por el procedimiento que tan ingeniosamente admiraba Condorcet.

injustamente á través de *omni re scibile*, lleguen hasta escribir un artículo periodístico sobre materias que no conocen bien.

De esta manera llegaremos hasta el último término de la vulgarización. Los medios que indica Condorcet son los mismos que emplearían los cangrejos para preparar los exámenes: he aquí un bello ideal democrático.

Nuestro autor nos ha indicado los resultados que podían esperarse de la enseñanza popular; decía: «Se puede instruir la *masa entera* de un pueblo dándole todo aquello que cada hombre necesita saber para la economía doméstica; para la administración de sus negocios; para el libre desenvolvimiento de su industria y de sus facultades; para conocer sus derechos, defenderlos y ejercerlos; para ser instruido en sus deberes y poderlos cumplir bien; para juzgar sus acciones y las de aquellos otros, y para no ser extraño, en fin, á *ninguno de los sentimientos grandes y elevados que honran á la Naturaleza humana.*» Detengámonos al llegar aquí.

Taine se admira al ver la uniformidad que el siglo XVIII supone en la humanidad: «Los personajes no son más que maniqués perfectamente enseñados y frecuentemente trompetas de que se vale el autor para soltar al público sus declamaciones. Griegos, romanos, caballeros de la Edad Media, turcos, árabes, bizantinos, etc., todos tienen la misma mecánica. Y el público fabrica un éxito, lo mismo para unos que para otros.» «No parece sino que para la literatura sólo existen salones y gentes de letras.» Se trata de vulgarizar en forma tal la manera de expresar «los sentimientos elevados ó tiernos que honran á la Naturaleza humana», que

hasta en la más insignificante tertulia de un cualquier pueblecillo se encuentra una sucursal de los salones de Mad. Geoffrin. De esta manera el mundo se transformará según el modelo que las novelas y las tragedias han formado con el aplauso de un público frívolo y letrado.

Tomemos ahora la serie de bienhechores de la instrucción elemental: «No depende ciegamente de aquellos que están obligados á confiar el cuidado de sus negocios al ejercicio de sus derechos, en estado de escogerlos y vigilarlos.» La experiencia moderna demuestra que la vulgarización de los conocimientos no hace al pueblo capaz de escoger y vigilar á sus pretendidos representantes. No tiene esto nada de paradójal. Cabe preguntar si en el camino de la democracia se avanzará más cuanto menos eficaz sea esta crítica.

La opinión política se fabrica por medio de los periódicos, como se fabrica una moda cualquiera, una reputación literaria ó el valor comercial de un producto farmacéutico. La democracia no ha hecho más que sistematizar los procedimientos ya existentes; ella, por sí misma, nada ha inventado. Se limita, como en todas las cosas, á ser la heredera ideológica del siglo XVIII. La identidad de la prensa actual y del mundo de los antiguos salones no nos sorprende, porque estamos acostumbrados á la rudeza de nuestros periódicos contemporáneos y porque solemos ver el pasado un poco demasiado á través de la leyenda. No existe una gran diferencia en el fondo entre nuestros grandes periodistas actuales y los enciclopedistas. En cuanto á sus costumbres, se parecen de una manera sorprendente. Tanto en un tiempo como en otro, se satisface con razones frívolas, se hace una gran exhibición de nobles sentimientos y se admira á la ciencia. No

hay ninguna razón para que la opinión formada por la prensa sea mejor que aquella otra formada en los salones filosóficos.

No aventuraremos mucho si decimos que toda educación que tenga por objeto hacer participar al pueblo de las mismas razones prestadas por la burguesía á la antigua nobleza, no serán útiles al proletariado. Creo que nuestros grandes pedagogos, en el fondo, piensan como yo, y que es por esta razón por la que ellos envenenan con infinidad de viejas ideas la escuela primaria.

Condorcet creía que la instrucción haría desaparecer todas aquellas ilusiones que tienen una especie de carácter mágico. «No ser nuevamente engañados por estos errores populares que atormentan la vida de los creyentes supersticiosos ó las esperanzas quiméricas, defenderse contra los prejuicios con sólo las fuerzas de la razón, escapar, en fin, á los prestigios del charlatanismo que tienden un lazo á la fortuna, á la salud, á la libertad de sus opiniones y de su conciencia, bajo el pretexto de enriquecerlas, de curarlas ó de salvarlas.»

En estas últimas palabras, el autor hace alusión indudablemente á Cagliostro, á Mesmer y á los Iluminados, que tanto éxito alcanzaron en las postimerías del siglo XVIII. El charlatanismo de este género no ejerció una gran influencia sobre el pueblo, quizá porque éste no tenía un gran conocimiento de él. Es, en efecto, muy dudoso que la clase de enseñanza que se le dió fuese capaz de obligarle á perseverar en estas locuras. Los más grandes sabios de nuestra época han sido engañados y no supieron contestar á Crookes y á Richet, afirmando ó demostrando su conocimiento del método científico. Nosotros no sabríamos prever á lo

que daría lugar una hábil vulgarización del ocultismo realizado por la gran prensa. Conviene no olvidar que Benito Malon era un adepto á estas extravagancias y no se apartó mucho de anexionarlas al «socialismo integral», que no hubiese perdido mucho con esta mezcla.

La facilidad con la cual todos los inventores de nuevos remedios se hacen una numerosa clientela dentro de la pequeña burguesía, demuestra que las más absurdas creencias pueden alcanzar crédito con sólo que tengan una poca apariencia científica.

Parecerá que Condorcet era mejor profeta cuando tocaba cuestiones católicas. A él se hace alusión en las primeras líneas del último fragmento. Se admite generalmente que el desenvolvimiento de la escuela primaria es sumamente pernicioso para la Iglesia. Renán escribía hace veinte años: «El racionalismo popular, consecuencia inevitable de los progresos de la instrucción pública y de las instituciones democráticas, deja los templos desiertos y multiplica los matrimonios y los entierros civiles.»

La política escolar seguida por la tercera República promovió diarios conflictos entre el clero y las representaciones oficiales de la democracia. La Iglesia hizo causa común con las congregaciones dedicadas á la enseñanza, que veían perjudicados sus intereses con la enseñanza laica. Promovió campañas violentas con la esperanza de obtener la abrogación de leyes que los republicanos miraban como intangibles. Ninguna derrota le desanimó, y esperó el momento para tomar revancha. Así es como el clericalismo se mantiene constantemente enemigo de la democracia y trabaja para aumentar su clientela. Los republicanos han sido denuncia-

dos como los *enemigos de Dios*, hasta el punto de que la concurrencia escolar ha engendrado una lucha á propósito de las creencias. La incredulidad ha venido á ser un elemento esencial del programa republicano, desde el momento en que las instituciones escolares de la República no han podido ser defendidas más que por un programa anticatólico.

La Iglesia ha hecho fácil esta propaganda porque ha confiado su defensa á los Homais de sacristía, que conceptuaban como una habilidad dar al pueblo una enseñanza que los cristianos instruídos encontrarían escandalosa si se aplicase á sus hijos. La doctrina de la Providencia ha descendido al nivel de la inteligencia de los salvajes. Su concepción de la Naturaleza es la misma de los fetichistas. El milagro ha sido desacreditado por un charlatanismo digno de un comerciante de drogas. La instrucción primaria ha permitido poner en manos del pueblo libros y periódicos que le han enseñado que las gentes de *La Croix* y del *Pèlerin* se burlaban de él. La prensa clerical, en su ceguera, ha dado á sus adversarios medios fáciles para demostrar la estupidez, la mala fe y la ignorancia crasa de los *amigos de Dios*.

La vulgarización de los conocimientos científicos ha creado indudablemente serias dificultades al cristianismo que, demasiado ligado á su filosofía, conserva concepciones medioevales de la Naturaleza; pero estas dificultades han tomado entre nosotros caracteres graves, á consecuencia de las condiciones de lucha planteadas por la Iglesia para defender á las órdenes religiosas dedicadas á la enseñanza. Aquella parte de la burguesía que tiene una cultura algo elevada es mucho menos hostil á la Iglesia que el pueblo. Obedece esto á que ella

no se ha visto en el caso de elegir entre el Evangelio y el *Pèlerin* (1). Cuando los obispos se dirigen á esa burguesía tienen siempre la precaución de declararse adversarios de los Homais de sacristía, que son los que llevan la campaña política dentro de las clases pobres.

(1) Los católicos instruidos sólo conocen de la teología lo que han podido adivinar en las obras literarias del siglo XVII que no les parecen indignas del hombre moderno.

CAPÍTULO II

La burguesía conquistadora

I

Creación de las administraciones reales.—Crecimiento de una clase de dependientes.—Importancia de la buena administración.—Necesidad de la tranquilidad.—Crítica fiscal de los Parlamentos.

Para comprender bien las ideas que se fueron formando en el siglo XVII, es necesario partir del hecho de que Francia fué poco á poco conquistada por una oligarquía burguesa creada por la realeza para su servicio, y la cual se encargó de lanzar á ésta á la ruina.

Cournot, que fué frecuentemente un filósofo de la historia muy perspicaz, ha señalado la locura que empujó á los Borbones á hacer desaparecer todo lo que sujetaba su poder absoluto. «Una vez destruido el poder de la realeza, las demás instituciones verdaderamente gubernamentales fueron también heridas de muerte, y no quedó más que una máquina administrativa igual á la de todos los gobiernos. Cuando se quiere divinizar la realeza y adaptarla á los moldes de un tipo más asiático que europeo—Luis XIV—, se obtiene un ídolo expuesto al desprecio de los pueblos, que dejan de profesarle

un culto sincero (1). Se ha fundado en Francia, quizá para siempre, la monarquía administrativa, y cuando se creía que con ella sólo se hacía un instrumento, resultó que perdía la realeza, que era su objeto. En este sentido, el reinado de Luis XIV ha sido el fuerte de la Revolución francesa.

Por regla general, nuestros autores razonan diferentemente á Cournot y admiran lo que éste deplora, porque no ven en el estudio de la historia de Francia más que una preparación para el triunfo de su clase. Se impacientan viendo que tardan demasiado en triunfar las instituciones que á ellos mismos les serian desagradables si hubiesen de sufrirlas hoy. Juzgan el pasado como abogados del régimen burgués, y en consecuencia, elogian ó critican á los hombres políticos según que éstos se hayan mostrado favorables ó adversos á los futuros intereses de la burguesía. Cuanto más ciegos han estado un soberano ó un ministro ante los intereses del momento y más han mirado á los del porvenir, tanto más agradables han sido á los ojos de la burguesía.

Así es como Richelieu recibe los más entusiasmados elogios de nuestros escritores contemporáneos. «Gran nivelador y precursor de la obra democrática, abolirá los poderes intermediarios que obstruyen con su perniciosa inutilidad las relaciones entre el rey y los pueblos.» En estos términos resume su programa Gabriel Hanotaux, que puede contarse entre los pedantes más distinguidos de la literatura contemporánea.

(1) Creo que Cournot, al escribir esto, pensaba en las curiosas reflexiones que Tocqueville ha hecho sobre el carácter especial que presentaba, según él, la sumisión de los franceses á su rey: ellos obedecían más pronto por amor que por fuerza. (*El antiguo régimen y la Revolución*, pág. 184.)

Los creadores de la monarquía administrativa no tuvieron ningún presentimiento de las consecuencias que tendría el sistema que imponían á la Francia feudal con violencia tanta. En ningún caso podrá el historiador aplicar más exactamente esta frase de Renán: «*On ne sait jamais se que l'on fonde.*» Los primeros reyes que quisieron hacer absoluto su poder, creían que lo mejor era copiar las instituciones eclesiásticas. Tenían ante su vista un absolutismo consagrado por la experiencia. Tendían á honrar el mérito antes que el rango y el nacimiento. Desarrollaban la instrucción. Se atraían á todos los hombres de talento, de cualquier condición que ellos fuesen. Entregaban á los tribunales la administración de justicia. Concedían los más elevados cargos, hasta entonces reservados á los nobles y guerreros, á los hombres de ley y á los eclesiásticos. Los príncipes que con más discreción jugaron este papel fueron Enrique VII de Inglaterra, Luis XI de Francia y Fernando el Católico. De estos *tres magos*, como les llama Bacon, Fernando fué maestro en habilidades. Parecíase á Maquiavelo, el tipo viviente de un *príncipe de la nueva escuela*, al que su perspicacia le llevaba á conocer el remedio necesario de aquel tiempo.

La política real no producía en todos sitios las mismas consecuencias. En Francia fueron éstas extraordinarias, porque el poder tuvo más espíritu de consecuencia, y ante todo, porque el número de dependientes era bastante considerable para formar el núcleo de una clase administrativa.

La Iglesia, escogiendo los dignatarios entre las gentes más humildes, no modificó la estructura moral del país más de lo que la modificaron los soberanos orientales aboliendo la esclavitud y transformando sus servidores en poderosos visires. Algunos

adquirieron cierta importancia aprovechándose de felices azares; pero por último perecieron sin que las clases se alteraran.

Conviene no olvidar que la finalidad perseguida por la Iglesia de una manera más ó menos consciente, y casi siempre uniforme, ha sido después de Gregorio VII la de inculcar algo del espíritu monástico en el clero secular. De esta manera impedía que sus fuerzas se difundiesen entre los grupos sociales que vivían junto á ella, para mejor poder explotarlos. Podrá decirse que la política real en Francia tuvo una tendencia opuesta y que buscaba provocar esta difusión; pero las funciones no fueron transformadas en privilegios transmisibles como los patrimonios, sino que se reservaron en su mayoría para los hombres de cierta clase que elevaban sus hijos en vista de los servicios del Estado y de que encontraban protectores entre los dignatarios. Los dependientes reales engendraron familias y clases de funcionarios. Su número fué cada vez mayor y su solidaridad más intensa. Y este fenómeno aparecía ante nosotros en cualquier otra parte, hasta en las compañías de ferrocarriles, que tendían á reclutar su personal entre las familias de sus empleados.

Cuando la autoridad real se constituyó en tribunal, y así que los funcionarios tuvieron la seguridad de una existencia más tranquila, apareció tan estable como si una constitución hubiese protegido el advenimiento al poder de algunas familias.

Aquellos que suministraban dependientes al Estado, se encontraron poseedores de una especie de derecho al trabajo, creyéronse necesarios y adquirieron cierta manera de pensar en consonancia con su papel. Los fundadores del régimen quisieron

crear una jerarquía de empleados hábiles, independientes de las tradiciones feudales é incondicionalmente sumisos al rey, que les había sacado de la nada. Creían que podrían desembarazarse de las trabas que la nobleza y los viejos privilegios oponían á su absolutismo, pero poco á poco se fué levantando enfrente de ellos una fuerza nueva que les torturaba más que las antiguas. De una manera casi económica, los dependientes del rey consiguieron hacerse con la riqueza, el poder y los honores de una clase soberana. El poder real se paralizó en este instante ante la resistencia de los palaciegos, que querían obstinarse en tratarlos como simples servidores, pero que por fin se vieron obligados á tomar el partido de imponer su voluntad á sus maestros.

Las palabras de Luis XV eran tan imperiosas como aquellas de su abuelo, pero jamás se resolvió á poner sus actos en relación con sus altas declaraciones. Por ejemplo, en 1766, el rey decía á los miembros del Parlamento: «Los magistrados son mis oficiales, encargados de reemplazarme en el deber verdaderamente real de administrar justicia, función que los liga á mi persona y los hace altamente respetables á mis ojos... En mi persona reside el poder soberano, cuyo carácter propio es el espíritu de consejo, de justicia y de razón; es de mí de quien las Cortes reciben su existencia y su autoridad y la plenitud de esta autoridad que ejercen en mi nombre, y que siempre reside en mí solo, á mí me pertenece, lo mismo que el poder legislativo, sin dependencia ni restricciones... El pueblo sólo es uno conmigo y los derechos y los intereses de la nación, de los que se quiere hacer un cuerpo separado de la monarquía, están necesariamente unidos á los míos y sólo en mí descansan.»

No es posible presentar una teoría más completa del poder autocrático. El gobierno, para dar mayor solemnidad á estas declaraciones, las envió á todos los Parlamentos (1), pero al año siguiente todo se olvidó y el Parlamento creyó de más importancia el pleito en el *affaire* de Bretaña, origen de todo este escándalo.

No es difícil darse cuenta de las razones que dieron una fuerza tan grande como paradójal á estos rumbos de la justicia que formaron el núcleo de la oligarquía burguesa. Dichas fuerzas fueron:

a) La administración del antiguo régimen tuvo como base la necesidad de los procedimientos de justicia que todo el mundo intentaba hacer penetrar en las distintas manifestaciones de la actividad humana. En vista de los caprichos de los grandes señores y de la arbitrariedad del contencioso eclesiástico, se elevó una nueva fuerza con la misión de corregir los abusos, empezando por las viejas autoridades, cuando éstas cometiesen excesos capaces de indignar á los hombres instruidos. El prestigio de los funcionarios reales recibía de los que ellos representaban una justicia relativamente clara, esencial, que se preocupaba de los intereses generales. Resultaban de esta situación graves complicaciones en la práctica. La mezcla continuada de las atri-

(1) Rocquain, *El espíritu revolucionario antes de la Revolución*, pág. 257. Ya en 1759 había una información muy análoga del poder absoluto. (Pág. 217.) Tocqueville cree que «el Parlamento jamás había oído de labios del rey palabras tan firmes» como las de 1766: «La irreductible oposición de los Parlamentos, fuente de las revoluciones futuras, hubiese sido dominada si el monarca hubiera perseverado en un sistema de firmeza.» (*Historia filosófica del régimen de Luis XV*, páginas 445-446.)

buciones administrativas y judiciales choca con nuestras costumbres modernas y fué uno de los elementos fundamentales de esta historia. Los empleados actuales del Estado no tienen la autoridad que de su carácter de jueces extraían sus antecedentes.

En un país en que no existan leyes políticas, todo reposa sobre la regularidad de los servicios administrativos; la independencia de los funcionarios por sí sola es una garantía para los ciudadanos. Bien es verdad que esta independencia ha disminuído mucho y que nuestros *jouissions des bienfaits* del régimen parlamentario y la relativa independencia del funcionario es todavía un elemento importantísimo de nuestra vida nacional. Se comprende el inmenso desarrollo que llevaron á los espíritus las medidas tomadas por el gobierno contra los primeros dignatarios de la administración y contra los miembros del Parlamento de París. Era muy fácil hacer miedo á Luis XV, pero no es muy dudoso que no se le engañaba cuando se le decía que el descontento provocado por tales medidas confundía á toda Francia.

Creo que en la historia no se tiene en cuenta un hecho singular: hasta los últimos días del viejo régimen se continuó creyendo en la obligación de seguir ciertas tradiciones que á nosotros nos parecen con frecuencia un tanto absurdas (1). Choiseul

(1) Turgot se sorprendía de las leyes de inercia que arrastran á los pueblos y á los gobiernos muy lejos del objeto que corresponde á sus verdaderos intereses. Estimaba, por ejemplo, que el odio de Europa contra Luis XIV pudo ser funesto para los mismos enemigos y que la reina Ana, haciendo la paz, «salvó á Europa entera más que á Francia». No obstante—observa—, «su pueblo le acusó de debilidad y de traición». (Turgot, tomo II, pág. 673.)

se atrajo muchos enemigos por haber abandonado los principios de Richelieu y de Luis XIV y querer reconciliar á Francia y á Austria. María Antonieta fué objeto de odios que tendían á defender los juicios antiaustriacos de la corte. Para respetar los principios imperantes en el siglo XVII se creía que era necesario perseguir á los protestantes y jansenistas, aun cuando todo el mundo fuese incrédulo. Tocqueville observa que la realeza, después de la Revolución, continuó temiendo á la nobleza viéndola iniciar de nuevo los desórdenes de la Fronda, que cada cual razonaba después de tres viejas situaciones sociales. Así se comprende que la realeza tuviese miedo de tocar un edificio administrativo que tantos servicios le había prestado y tanto podía ayudarle aún para vencer fuerzas particulares.

b) Los hombres del siglo XVIII amaban ante todo la tranquilidad. Bajo este punto de vista, Luis XV no era una excepción. Todavía hoy vemos nosotros á las clases altas de la sociedad sacrificarlo todo á su tranquilidad y ocuparse exclusivamente de asegurarse un porvenir, aunque sea para poco tiempo. Fué sólo en la época de Maupeou cuando el rey demostró bastante energía para hacer frente á la tempestad. Después de dos años de una violenta oposición, se produjo en la opinión una especie de laxitud y sólo se pensaba en el golpe de Estado de 1771, que debía de suprimir la vieja magistratura. Muchos opinan que estas cuestiones no valían la confusión que llevaban á la alegría de vivir (1), y fué el rey el primero que se cansó de ellas.

(1) Rocquain.—Rousseau afirma que en 1753 los diputados que protestaron contra la introducción de las óperas italianas desviaron la atención del conflicto que entonces existía entre

En 1753 fué suprimida la Gran Cámara y se creó una Cámara de vacaciones para reemplazarla, pero el Châtelet se negó á acatar y á hacer obedecer sus órdenes; «la realeza se siente vencida por la fuerza de inercia que encuentra en todas partes; es necesario, pues, tratar con el Parlamento», y entonces se aprovechó el nacimiento de un hijo del rey para volver á llamar á los magistrados, llegándose hasta abandonar á los obispos que sostenía la corte. Esta fué la querrela religiosa que dió origen al conflicto.

En 1756 el rey tomó la antigua política que originó nuevas dificultades y la dimisión de los parlamentarios. Al año siguiente tuvo lugar el atentado de Damiens y se olvidaron estos hechos por algún tiempo. En 1759 reaparecieron nuevamente. Los males de la guerra obligaron al gobierno á obrar con mucha prudencia, resultando los jesuitas las víctimas de la reconciliación. (Sentencias de 1761 y 1762 y edicto de 1764.) Ya he apuntado anteriormente que la ley de justicia de 1766 no produjo resultados durables.

Durante estos conflictos la autoridad perdía todos sus prestigios, hasta el extremo de verse obligada á afectar apropiarse los más altos sistemas. El ceremonial de justicia era profundamente humillante para magistrados de un orden tan elevado, que la opinión general llegó á dispensarles un gran

el Parlamento y el clero. Su *Carta sobre la música francesa* hubiese sido un gran acontecimiento político. Toda la nación protestó contra los despreciadores de las óperas nacionales. «Cuando se vea que este asunto ha estado á punto de promover una revolución en el Estado, creerán que se trata de un sueño.» (*Confesiones*, libro VIII.) No obstante la habitual exageración en Rousseau, entonces tuvo una observación exacta de las costumbres contemporáneas.

respeto. El rey les trataba como el maestro de escuela trata á los niños revoltosos. Mas la humillación llegó á ser demasiado degradante y el público aplaudió las atrevidas protestas que arrancaban tales ceremonias. «No hay nada peor para un gobierno débil—dice Tocqueville—que desplegar una fuerza que después no sabrá ó no podrá sostener»; pero yo creo que es mucho peor querer humillar á los que la nación colma de honores, á los que han sabido salir engrandecidos de todas cuantas pruebas han necesitado pasar para ascender.

Podrá contestarse á todo esto que el artículo fundamental de las leyes francesas era que el gobierno debía detenerse ante la menor resistencia que le opusiese la oligarquía burguesa, pues esto era la práctica corriente.

c) Las familias que suministraban los dignatarios para los grandes Parlamentos eran ricas y podían soportar pérdidas considerables cuando su orgullo se ponía en juego. Los destierros de los parlamentarios eran incómodos y onerosos, pero se llegaba á ellos por un punto de amor propio. Se vió en muchas ocasiones á los magistrados amenazar con su dimisión y hasta presentarla definitivamente. Estas son las costumbres que nosotros no comprendemos fácilmente. Sin duda alguna podían notarse en estos hombres de leyes debilidades y hasta cobardías, pues la independencia absoluta sólo era una excepción. Así es, sin embargo, como ordinariamente se forman las ideologías del progreso, y no sobre hechos medios.

En un gran número de casos la oposición del Parlamento se sustrajo á las medidas fiscales. Los autores modernos se preguntan frecuentemente en virtud de qué mandato podía justificarse esta opo-

sición. Creó que nadie ha estado en mejores condiciones para defender los intereses generales de los contribuyentes que los hombres del tercer estado. No había ninguna necesidad de mandato explícito para esto. El título económico justificaba sus protestas.

Llegaron ocasiones en que los intereses de los magistrados se encontraban en pugna con los del país. Esto se manifestó, más que en ninguna otra ocasión, en el reinado de Luis XVI, cuando Turgot quería aplicar las ideas fisiócratas y hacer reformas favorables á la producción. En este momento apareció claramente la insuficiencia de la crítica del cuerpo de justicia que representaba los intereses de una oligarquía urbana poco dispuesta á sufrir reducciones en sus privilegios.

Turgot aconsejó al rey que no debía crear de nuevo los Parlamentos suprimidos por Luis XV, pero se encontró en el Consejo con que sólo le apoyaba el mariscal Muy. Propuso la constitución de una asamblea por elección, encargada de discutir la repartición del impuesto entre las provincias, de decidir los grandes trabajos públicos y de acordar las subvenciones á las autoridades locales, bien en razón de sus calamidades, bien en razón de las obras de interés general, demasiado difíciles de realizar para sus presupuestos.

Turgot quería que las diversas asambleas electivas representasen una oligarquía burguesa muy restringida. La Asamblea real estaba formada de delegados de asambleas provinciales y estas otras de delegados de asambleas de distrito que hubiesen sido nombrados por las municipalidades. Estas últimas hubiesen estado compuestas de un corto número de personas: en los campos por los jefes de familia que disfrutasen de una renta líquida de

600 libras y en las poblaciones por los que poseyesen tierras valuadas en 15.000 libras como minimum (1).

Muchos hubiesen dispuesto con creces de la renta mínima, y aquellos que poseían menos hubiesen podido agruparse para nombrar delegados en relación con los derechos del grupo.

En los sindicatos de mejoras agrícolas, constituidos según la ley de 21 de Junio de 1865, funciona un sistema de representación análogo al que había imaginado Turgot. El delegado de una municipalidad local en la asamblea del distrito hubiese tenido un voto proporcional á la importancia de su municipio. No se tendría en cuenta la distinción histórica en órdenes, y los nobles no tendrían participación en las deliberaciones sobre la repartición de tasas, á no ser que se acordase lo contrario por excepción. «El primer principio—decía Turgot—es el de que nadie se inmiscuya más que en aquello que le interese y en la administración de su propiedad.»

Bien claramente se ve que esta administración estaba concebida siguiendo el plan de una sociedad industrial, y que era el confinante de todas las ideas que podían forjarse los hombres de gobierno, deseosos de resumir la conquista del Estado para la burguesía productora.

(1) Esta diferencia estaba fundada en la economía. Las casas no son fuerzas productivas; sus propietarios son *ciudadanos*, pero no verdaderos *ciudadanos*, como los propietarios rurales; una familia urbana no está «fundada en el Estado». Turgot opinaba que no existían en París más de cien personas que dispusiesen de la renta mínima fijada por él.

II

Caracteres de la ideología de una clase de dependientes.—
Libertad excesiva concedida á los teóricos.—Paso á la práctica en tres grandes corrientes.

La ideología del siglo XVIII es aquella que conviene á las condiciones de vida de una clase de auxiliares de la realeza. Yo me separo por completo de Taine cuando toma por base de una ideología la vida de una «aristocracia *descœuvrée* por la monarquía invasora, de gentes bien nacidas, elevadas, que, fuera de la acción, se dedican á gustar todos los placeres serios ó delicados del espíritu». Taine opone á la aristocracia inglesa, preocupadísima en la administración de los grandes intereses, que no se deja engañar por los teóricos, la aristocracia francesa, que «ligeramente, atrevidamente, marcha sobre los pasos de los filósofos», porque en realidad es extranjera. Le sorprende que las más temerarias doctrinas del siglo XVIII, habiendo sido importadas de Inglaterra, no hayan podido tomar un gran desenvolvimiento en su país de origen y que, por el contrario, lo hayan tomado en Francia, en el país del buen lenguaje.

Una *clase de dependientes* no puede construir su ideología sobre el mismo tipo que la adoptada por una *clase de amos*, porque aquélla no razona tanto sobre sus propios negocios como sobre los de los otros. Su ideología tiende á tomar un carácter de *consultas* dadas por los juristas, por los historiado-

res ó por los sabios, sobre aquellos problemas que se les proponen. Para proceder fácilmente en este trabajo, es necesario someter todas las cosas á procedimientos escolásticos. Así es como en Francia se creó la costumbre de inculcar toda opinión de fórmulas abstractas, de teorías generales, de doctrinas filozóficas. Estas maneras de razonar no convienen á las gentes que resuelven por sí mismas sus propios negocios y que están, por lo tanto, habituadas á subordinar su conducta á las condiciones de prudencia que su experiencia personal les ha hecho descubrir. Me parece conveniente al llegar aquí recordar un hecho que sorprendió á Sumner Maine. Es el siguiente: la lengua vulgar se emplea más en la legislación inglesa que en ningún otro pueblo.

Entre nosotros, una vez que ya las asambleas parlamentarias dictan las leyes sin un gran concurso de juristas profesionales, la redacción es mucho más popular, y de aquí resultan las discrepancias de interpretación entre las Cámaras y los Tribunales, que no hablan la misma lengua (1).

Cuando se reflexiona sobre las condiciones especiales que se impusieron durante largo tiempo á la literatura francesa, se comprende fácilmente el modo de exposición que adoptó Montesquieu en su obra *El espíritu de las leyes*. «Hablabá, como un oráculo—dice Taine—, por sentencias y por enigmas. Pasaba como sobre ascuas cuando trataba cosas de su país y de su tiempo.» No es que Montesquieu pudo ser más atrevido que peligroso, sino que esta manera le parecía más digna de su carác-

(1) La lengua parlamentaria en Francia es un galimatías formado de expresiones comunes y de términos jurídicos empleados á capricho.

ter y de su público. Su género ha sido imitado por escritores que en el siglo XIX no tenían que temer mucho, pero que creían un deber parecer extranjeros ante las preocupaciones comunes.

Los empleados creían siempre despertar la sensibilidad de sus amos, y consecuentemente llegaron á tratar cuestiones y sujetos muy distantes de la realidad para no penetrar en los dominios reservados á los jefes. Sabemos que la Iglesia ha demostrado generalmente una gran tolerancia por las tesis escolásticas, retóricas y poéticas, cuyo fondo le parecía que no tenía una relación directa con las cuestiones que le preocupaban. G. Boissier nos presenta á los profesores del siglo VI dando á sus alumnos temas de composiciones puramente paganas y pareciendo ignorar que 200 años después el cristianismo era la religión del Estado. Los apologistas actuales del papado se encuentran frecuentemente en un verdadero compromiso para explicar la protección que la Santa Sede acordó dispensar á los humanistas del Renacimiento. Estos favores de la corte de Roma son, en realidad, bien impíos, pero los modernos descubren doctrinas filosóficas altamente saludables en las que las gentes del siglo XVI sólo veían literatura.

Poco después la realeza siguió el camino trazado por la Iglesia, sin que le asustase ver á sus empleados y dependientes fabricar teorías sobre el derecho natural, hacer elogios entusiastas de las virtudes republicanas ó proponer á sus contemporáneos abandonar todas las instituciones tradicionales para ir á vivir á una ciudad utópica. Los libros que nuestros contemporáneos miran hoy como atrevidos manifiestos sociales, parecían entonces tanto más inofensivos cuanto estaban totalmente divorciados de la realidad. Hubiese podido

ser pernicioso criticar los abusos del individualismo, pero era mucho peor ensalzar el comunismo.

Los obispos del siglo XVIII denunciaban de vez en cuando la audacia de los innovadores, pero la reprimenda era demasiado blanda y más aparente que real. Se prohibía un libro, pero dejaban que se vendiese. La *Enciclopedia* se imprimió en París después de su supresión legal. La administración pidió solamente que se procurase distribuir con éxito los diez volúmenes que fueron encontrados en 1765. Los autores que escribían diatribas contra la sociedad encontraron protectores entre los mismos magistrados encargados de juzgarlos. De 1750 á 1763, Malesherbes se ocupó constantemente de la suerte de los «precursores de la Revolución» para impedir que cometiesen imprudencias y para atenuar la aplicación de las sentencias que recaían sobre ellos.

Los historiadores modernos se escandalizan al ver que Freron, el enemigo de los filósofos, no era tan bien tratado como los precursores de la Revolución. Malesherbes le conceptuó como censor de los amigos de los enciclopedistas y suprimió su periódico en 1754, porque había criticado el discurso de recepción de D'Alembert en la Academia. Autorizó las injurias de Freron, pero se defendió de dar á conocer sus adversarios cuando él le contestó.

La conducta de Malesherbes se explica perfectamente colocándose en la situación en que él se encontraba y considerando la filosofía del siglo XVIII como un simple ejercicio retórico.

Hasta la venida de la Revolución continuó siendo práctica esta singular manera de escribir. La segunda edición de *L'Histoire philosophique de deux Indes*, que apareció en 1780, valió á Raynal más

de una persecución; pero conviene advertir que esto ocurrió después de la caída de Necker y que se acusaba á Raynal de haber colaborado en la Memoria del ministro caído sobre las asambleas provinciales. Durante la Revolución, Raynal manifestó sentimientos tan poco revolucionarios, que parece imposible admitir que hubiese dado un sentido realista á las declamaciones que Diderot introdujo en dicha edición. Era cuestión de una ley como la de Ceylán, imponiendo la pena de muerte al rey que violase la Constitución. En dicha ley se decía: «La ley no es nada si no es una cuchilla que amenace indistintamente á todas las cabezas, y sobre todo á aquella que sobresale por encima del plano horizontal del que forma parte.»

Durante la Revolución, esta literatura cambió de sentido; tomó con frecuencia una serie de simples paradojas escolásticas, dió un valor realista á los cuentos y borró la diferencia que la antigua sociedad había establecido entre la teoría y la práctica. En general, el pueblo no comprendía nada de todas estas sutilezas literarias. Cuando se le habla de fabricar «con las tripas del obispo un cordón para el último rey», adivina que Diderot ha hecho comprender á las gentes la necesidad de destripar á los curas y ahorcar á los soberanos para poder asegurar la felicidad de los hombres.

Como quiera que nosotros vivimos en un país sometido á las instituciones parlamentarias, nos parece sumamente raro que se puedan hacer proposiciones que no estén destinadas á ser un programa de partido, y consiguientemente, realidad. Con frecuencia es necesario un esfuerzo para comprender el sentido de la literatura irreal, que tanto gustaba á nuestros padres. Sin embargo,

hacia falta que muchos de sus hábitos fuesen desapareciendo, porque el socialismo parlamentario no reclutaría tantos prosélitos en las clases ricas de la sociedad si las arengas revolucionarias de Jaurés fuesen tomadas en serio en los salones burgueses, que buscan modelarse sobre las tonterías de la antigua nobleza.

Este desorden de abstracciones había sucedido á las intensas querellas sobre los dogmas y preparó un período completamente ocupado de soluciones prácticas. Los positivistas no dejarán de encontrar aquí una aplicación de su famosa ley de los tres estados. A sus ojos, la más alta ciencia es la sociología, y antes de la Revolución, los franceses sólo razonaban á propósito de ella. Esta evolución se explica fácilmente sin recurrir á altas consideraciones. La decadencia de la realeza permitió al tercer estado alentar y considerar las reformas como posibles, sin encerrarlas exclusivamente en el dominio de las disertaciones escolásticas.

El continuador de Baehaumont dice que los enciclopedistas perfeccionaron la metafísica, disiparon las tinieblas en que la había envuelto la teología, destruyeron el fanatismo y la superstición y pudieron en seguida los economistas ocuparse de moral y de política práctica para hacer felices á los hombres; que «los tiempos de vergüenza y de opresión habían producido los *patriotas* que, remontándose hasta el origen de las leyes y de la constitución de los gobiernos, han discutido las obligaciones recíprocas de los individuos y sus soberanos y fijado los grandes principios de la administración. Estas fueron las reformas de Maupeou, que originaron la última transformación. El gobierno estaba entonces muy desacreditado y podía temerse un próximo trastorno del Estado. Algunos

años más tarde, bajo el ministerio de Turgot, las más grandes esperanzas se hicieron posibles con la aparición de una literatura destinada á hacer comprender á las masas la ciencia social tal y como la filosofía de entonces la había constituido. El *catecismo del ciudadano*, de 1775, vulgarizó las doctrinas de Montesquieu y Rousseau que, según el mismo cronista, «se ahogaron en una metafísica sumamente difícil de entender». Se ve como la evolución ideológica fué la consecuencia de la historia de la realeza francesa.

Vamos ahora á examinar detalladamente la ideología de la clase que nos ocupa y distinguiremos con ello muchas fuentes:

1.^a Una primera corriente depende de las condiciones de existencia, del conjunto del tercer estado, que es el depósito que suministra hombres á la oligarquía pensante, auxiliar de la realeza y destinada á suplantarla. Está en estrechas relaciones con la economía que produce la riqueza en una sociedad de comerciantes y manufactureros, gracias á las ideas de esta categoría, que toman una importancia mayor á las teorías hostiles á las corporaciones, al régimen feudal, á la arbitrariedad administrativa. Muchas importaciones inglesas alcanzaron gran éxito en esta época, porque supieron resistir á las ideas de producción mercantil. Dichas importaciones contribuyeron notablemente á introducir principios de libertad.

2.^a La segunda corriente depende de las funciones administrativas y judiciales confiadas á la oligarquía burguesa. Aquí no encontraremos muchas tendencias liberales. Se trata de reforzar, de regularizar y de atender á la pujanza del Estado, que dicha oligarquía mira como de su propiedad,

una vez que disminuyó el prestigio de la nobleza guerrera. Cuanto más grande sea esta pujanza, tanto más considerados estarán los funcionarios.

3.^a La tercera corriente se origina por la necesidad de los *parvenus* de imitar á la aristocracia. El tercer estado no se muestra satisfecho de la *riqueza* y de la *pujanza*. Le faltan los *hombres*. Taine se sorprende tanto de este fenómeno, que creía que toda la ideología del siglo XVIII derivaba de las costumbres de las *gens du monde*. No vió que es necesario buscar, no lo que piensan los nobles, sino lo que piensan burgueses deseosos de tener la elegancia de los nobles. Bien claro se ve que entre estos dos problemas sólo existe un matiz.

Si Taine hubiese buscado en primer lugar las condiciones dentro de las cuales se formaron las ideas en el siglo XVIII, no habría encontrado paradójal la situación que él definía así: «Una aristocracia imbuida de máximas humanitarias y radicales y compuesta de cortesanos hostiles á la corte, de privilegiados que contribuían á minar los privilegios... Es necesario ver en los testimonios de aquel tiempo este extraño espectáculo... Desde el más alto al más bajo, en las asambleas, en los pueblos pequeños, sólo se encuentran entre los privilegiados, reformadores y opositoristas.» Era que la nobleza no tenía en aquella época la ideología que le era propia. Prestó al tercer estado los elementos de disertación, y ella se divertía á costa de los proyectos de renovación social, como si tratase de cuentos narrativos de países desconocidos.

Dos neologismos que hirieron vivamente á Taine debieron ponerle en el camino de la solución. La palabra *energía*, «que hace ridículo á la moda y es siempre oportuna». El origen plebeyo de este término no puede ser dudoso. «Una palabra for-

midable, la de *ciudadano*, importada por Rousseau, entró en el lenguaje ordinario, y de esto, que es decisivo, las mujeres se amparan como de una escarapela.» Firmando sus libros con el título de «ciudadano de Ginebra», Rousseau quiso seguramente remarcar á sus lectores franceses que él pertenecía á la primera clase de los ginebrinos y que era apto para ejercer las primeras magistraturas (1). Después marchó á su país, de par con la nobleza, pero continuó siendo artesano, como el más grande hombre de los ciudadanos de Ginebra. Yo creo que la palabra *ciudadano* quiere decir hombre que por su trabajo productivo es útil á su país. A este propósito no estará de más hacer mención de la Memoria de Turgot sobre las municipalidades. El autor llama «un ciudadano entero al hombre franco y tenaz con derecho eminente á la ciudadanía y que posee renta suficiente para atender á todas las necesidades de una familia». Un poco más adelante habla de la «familia ciudadana» y del propietario. Tenía Turgot un sentido filosófico de la economía que correspondía muy bien á las condiciones de existencia del tercer estado.

En la primera categoría están colocadas las teorías que sobre los contratos fundó la sociedad, teorías que ejercieron en otro tiempo una gran influencia y que parecen hoy muy difíciles de com-

(1) En Ginebra había cinco clases: los *ciudadanos*, electores elegibles; los *burgueses*, no elegibles, pero cuyos hijos nacidos en Ginebra eran ciudadanos; los *naturales* y los *sujetos*. Después de la séptima *Carta escrita desde la montaña*, la Asamblea general no llegó á componerse jamás de 1.500 ciudadanos y burgueses en una ciudad cuya población era próximamente de 20.000 almas. Rousseau no pidió jamás la unidad de derechos en Ginebra. (J. Vuy, *Origen de las ideas políticas de Rousseau*.)

prender. Será necesario detenernos en esto bastante tiempo para poder profundizar las cuestiones que parecen estar demasiado oscuras.

III

Teorías contractuales.—Obscuridad del libro de Rousseau.—
Causas que motivaron el éxito de una doctrina abstracta.—
Origen de las ideas contractuales y el sistema de Locke.
—Concepción de los asociados.—La voluntad general.—
Interpretaciones contradictorias del *Contrato social*.

Las causas que nos hacen un tanto inteligibles las doctrinas que parecían simplísimas á nuestros padres, son múltiples y evidentes. Se han hecho en nuestro tiempo muchas indagaciones sobre las sociedades primitivas y no se ha encontrado nada que pueda hacer suponer que principiaron por los contratos. Por el contrario, se sabe que la magia ha jugado un gran papel, y nada hay menos parecido á los libres acuerdos que las servidumbres mágicas. Los estudios hechos sobre la Edad Media han demostrado que nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestras instituciones dependen del antiguo gobierno de la Iglesia; el contrato social no tiene ninguna cuenta de esta tradición. Nosotros sentamos que la economía nos encadena estrechamente á la nación de la que los azares del nacimiento nos obligan á formar parte. Es muy visible la idea de los fisiócratas, según la cual cada vez que se adquiere un terreno se «forma libre y voluntariamente una sociedad con el soberano».

Siguiendo el curso de las ideas del siglo XVIII, causa pena el ver cómo los contemporáneos de Montesquieu se dejaron arrastrar hasta reducir la sociedad á una cosa más simple que la hecha por Rousseau. Podrá decirse que no comprendemos bien el *Espíritu de las leyes* y que lo leemos con preocupaciones originarias de escuelas históricas que están aún por nacer; pero los hombres del siglo XVIII tenían ante sus ojos la monarquía prusiana y veían en Federico II el tipo del soberano filósofo. Y como conclusión podría preguntarse si los admiradores de la teoría contractual no querían proceder por *grand écart*, como dijo más tarde Fourier, que colocado fuera de toda hipótesis podía razonar sobre las reformas sucesivas. Este estado de espíritu se formó hartó tarde, y á propósito de él observa Taine que Rousseau no rechazó las consideraciones históricas.

a) Para comprender esta paradoja es necesario recordar que la doctrina del contrato social ha sido importada á Francia bajo los auspicios del gran nombre de Locke.

Una ideología de importación puede existir muy bien al mismo tiempo que los hechos que podían impedir su nacimiento. Rousseau le da su relieve definitivo condensándola en un opúsculo, que es una obra maestra de exposición literaria y maravillosa obscuridad. La experiencia de la teoría marxista sobre el valor nos demuestra la importancia que puede tener la obscuridad para dar fuerza á una doctrina. Las gentes avisadas no se atreven á declarar que no comprenden los razonamientos que puede presentar en un idioma un escritor ilustre.

La obscuridad del *Contrato social* es tal, que Rousseau no se apercibió de las incoherencias que se le han reprochado más tarde. Hay una cuya

importancia debía ser muy grande, y á la cual no se le ha concedido toda la importancia que merece.

El principio fundamental del *Contrato social* es «la enajenación total de cada uno de los asociados con todos sus derechos á la comunidad». Esto es el porvenir del régimen feudal de las comunas; esta enajenación es la recomendación para llegar al *señorío colectivo* de la villa. La sociedad recibe todos los bienes de los asociados, sin que éstos, en realidad, sean despojados de ellos, pues como propietarios expuestos á mil contratiempos, se transforman en feudatarios de un potente señorío. «El derecho de soberanía es á la vez real y personal, lo que hace de las fuerzas de sus poseedores garantía de su fidelidad.»

Mientras los fisiócratas se esforzaban en reducir el régimen feudal á medidas fiscales (1), Rousseau lo rehacía, hasta el extremo de que pudo hacer aceptar su tesis, gracias á la gran obscuridad de su exposición. El jacobinismo debía de extraer de aquí terribles consecuencias, que hubieran causado horror á Rousseau.

Nuestros padres no se sorprendían de que el contrato social no correspondiese bien á la realidad, porque estaban acostumbrados á una ciencia física que, con la experiencia, tomaba las más grandes libertades. No estaban muy lejos de admitir que para razonar sobre los verdaderos principios de la Naturaleza no hacía mucha falta detenerse en los datos suministrados por la observación, y que la inteligencia tenía por misión descubrir verdades superiores á los hechos. La física cartesiana había sido tan fantástica como la del *Timée*. Se continuó

(1) El rey era la «autoridad tutelar», que tenía derecho á una parte de la renta líquida.

queriendo traducir los fenómenos simples, que jamás se presentan. Algunas veces, ciertas intuiciones felices, como las de Coulomb sobre la electricidad, han permitido crear leyes con cantidades conocidas deficientes (1). ¿Por qué no razonar de la misma manera para las ciencias políticas?

Nuestros padres estaban dispuestos á realizar los más grandes sacrificios para llevar la claridad á las primeras representaciones, de las que se originaron los principios. A esto se debió, en gran parte, el éxito que alcanzaron las teorías atomistas. Pueden simplificarse las sociedades como la física y encontrar una claridad atomística, suprimiendo las tradiciones nacionales, la génesis del derecho y la organización de la producción, para no considerar más que gentes que van al mercado á cambiar sus productos, las cuales, fuera de estos encuentros accidentales, conservan por completo su libertad de acción. Son éstos *átomos sociales* que se obtienen *idealizando el derecho comercial*. En el siglo XVIII existía una alta idea del comercio, que hacía pensar si el derecho natural, obtenido por una abstracción del derecho comercial, llegaría á ser el derecho real, sujeto á infinidad de influencias históricas.

b) Vamos ahora á buscar de dónde puede originarse la ideología contractual.

Los obreros de un mismo oficio y los pequeños burgueses de las villas industriales concebían todos los grupos civiles bajo el modelo de las sociedades

(1) H. Poincaré envidia la libertad de que gozaban los antiguos sabios, libertad que se debía á la imperfección de sus aparatos. «Es una desgracia para una ciencia nacer demasiado tarde, cuando ya los medios de observación han llegado á una gran perfección. Hoy nos aproximamos ya á la fisico-química.» (*Ciencia é hipótesis*.)

que ellos formaban para su recreo, para su seguridad ó para la defensa profesional. Estas sociedades dependían de las condiciones históricas tanto ó más que los antiguos artesanos, y tenían hábitos nómadas. Rousseau nos previno de esto, pero no siempre tuvo en cuenta este hecho en su *Contrato social*. «De todas las condiciones, la más independiente de la fortuna y de los hombres es la del artesano.

»El artesano sólo depende de su trabajo; es tan libre como esclavo el labrador. Este tiene su campo, pero su campo puede oprimirle de mil maneras. El artesano, no. El artesano cuando se le quiere oprimir puede coger sus herramientas y buscar su vida en otros sitios.» Un personaje tal no difiere mucho del átomo social ó del ciudadano abstracto que forma parte de un gran número de las antiguas teorías.

Las sectas protestantes, no establecidas como religión del Estado (1), han suministrado un segundo tipo de sociedades constituidas sobre el acuerdo fugitivo de las voluntades. Estas sectas se parecen más á las órdenes monásticas que á las de la Iglesia, y como las primeras, buscan formar pequeños Estados dentro de los Estados. Las primeras colonias de América se constituyeron por medio de pactos de establecimiento (2). El 11 de Noviembre de 1620, los cuarenta jefes de familia que llegaron á bordo del *Mayflower* se empeñaron en someterse á las leyes votadas por la mayoría y á los magistrados que fueron elegidos. Estas colonias eran ver-

(1) Una gran parte del personal de estas sectas pertenece en cualquiera otra parte al pequeño mundo de arriba.

(2) Laboulaye, *Historia de los Estados Unidos*. No comprendo por qué Laboulaye no quiere que esto sea un contrato social.

daderos conventos, que durante mucho tiempo expulsaron á las personas extrañas á su confesión. Los puritanos ingleses cuidaron de fundar el gobierno de su patria á base del contrato social. En 1647 los *levellers* presentaron á la asamblea de la armada un proyecto de declaración que hubiesen querido hacer firmar á todos los ciudadanos.

Las sociedades por acciones con fines lucrativos suministraron un tercer tipo, que vino á fundirse con los dos aludidos anteriormente para concluir con la fundación de la doctrina. Aquí todavía encontramos el acuerdo fugitivo de las voluntades, ya que cada asociado puede retirarse cuando le convenga y vender sus acciones en la Bolsa. La colonia de Massachussetts se organizó en 4 de Marzo de 1629 por una Carta, bajo la forma de corporación comercial, y hasta que pocos años después el tribunal de administración fué transferido en América, esta Carta era la ley de la colonia, el contrato privado con el Estado.

Estas prácticas explican suficientemente la teoría que Locke expone en los capítulos VII y VIII del *Gobierno civil*. Los hombres que son naturalmente libres, iguales é independientes forman las sociedades para afirmar su seguridad y la de sus bienes principalmente. Las ventajas que esto proporciona son considerables; en primer lugar, porque proporcionan leyes positivas, jueces y una fuerza pública capaz de hacer reinar el orden. Los contratos perdieron la facultad que tenían de hacer obrar á su fantasía en la defensa de sus intereses y en el del derecho á castigar; la sociedad que toma á su cargo el servicio de seguridad no debe traspasar los límites de lo que sea necesario hacer para remediar los defectos que presenta el estado natural de las

cosas. El gobierno únicamente debe proponerse la tranquilidad, la seguridad y el bien del pueblo. La constitución social no hace ninguna falta á aquellos otros hombres que pueden vivir, si así les place, en plena Naturaleza.

La doctrina de Locke debía pasar casi por completo á la enseñanza de los fisiócratas, que le daban menos relieve, si esto es posible, que las sociedades políticas dan á los sindicatos de propietarios de tierras y el gobierno da á su «autoridad tutelar que vela por todos, en tanto que cada uno descansa de sus negocios». Así es como el *Espíritu de las leyes* no permitió concluir los análisis ingeniosos hechos por Montesquieu, y así es también como deseaban que fuese el principio de toda legislación futura los hombres del tercer estado.

Actualmente hemos de conceder un gran mérito á Montesquieu por no haber razonado sobre el origen de las sociedades, aun cuando sus contemporáneos tenían necesidad de un tal razonamiento para justificar la introducción de sus reformas en la vieja sociedad. La burguesía sólo deseaba que sus títulos de propiedad fuesen primas para los privilegios concedidos por los antiguos soberanos ó por las supervivencias feudales, á las que miraba fuera del derecho civil. Con este espíritu fué la burguesía, algunos años más tarde, á liquidar el viejo régimen, liquidación que se preparó largo tiempo después.

Rousseau, en razón de sus recuerdos de artesano viajero, consideraba la sociedad bajo una fórmula mucho más abstracta que la consideraban los fisiócratas. Esto era debido á que él no se preocupaba como ellos de las fuerzas productivas; razonaba á propósito de los hombres que están siempre fijos

por culpa de las necesidades económicas. También encontraba muy natural que las sociedades puedan desterrar á las gentes que se resistan á aceptar la profesión de fe de la religión civil. Este destierro era una medida poco rigurosa en lo relativo á los artesanos nómadas, pero se hacía necesaria á fin de hacer más fácil *l'entente* entre los ciudadanos.

La cuestión de *l'entente* es la gran piedra de toque para todas las teorías contractuales. Parece que Rousseau no ha tenido gran cuidado de esta dificultad, porque él era gran admirador de las costumbres suizas, cuyas ventajas para armonizar las relaciones entre gentes de una misma profesión pudo apreciar diferentes veces.

Para comprender el estado de espíritu de Rousseau, lo mejor es consultar el libro de Paúl Bureau sobre Noruega. La región de los fjords estudiada por el sabio francés ha resultado muy arcaica y se parece mucho á los viejos países suizos que tanto admiraba Rousseau.

En Noruega los grupos se forman muy fácilmente y la disciplina se acepta sin discusiones por lo mismo que es razonable. «Desde el instante en que muchos hombres se juntan en un barco, en una empresa cualquiera de trabajo ó de placer, escogen un jefe y dictan un reglamento. Solamente que cuando el noruego no había dictado el reglamento ó la ley, se negaba á aceptarlo.» «Muy refractario el noruego á toda disciplina que viniese de fuera, no obedecía hasta que no había comprendido la razón y el sentido de lo que se le ordenaba y se convencía de que una tal imposición le respetaría á él mismo.»

Rousseau creía además que el hombre se transformaba para vivir en la ciudad. «La voz del deber sucede á la impulsión fisiológica, el derecho

al apetito, y el hombre que hasta entonces no había mirado más que á sí mismo, se ve obligado á consultar á su razón antes de escuchar sus inclinaciones.» Sería más exacto decir que la teoría contractual supone á los individuos enteramente dominados por la reflexión calculadora, lo que es muy natural, ya que ésta está fundada sobre la hipótesis de que los ciudadanos son asimilables en los principales actos de su vida á los comerciantes.

c) Lo que parece singularmente paradójal en la doctrina de Rousseau, es la hipótesis de una voluntad siempre rectilínea. Taine observa que así se llega fácilmente al despotismo, y Sumner Maine cree que la ciudad de Rousseau reproduce el absolutismo de los reyes de Francia. Aquí todavía la obscuridad del *Contrato social* tiene una gran influencia. Se podrían encontrar las fuentes de su doctrina de la manera siguiente:

Las comunidades protestantes han creído, durante largo tiempo, que estaban inspiradas por el Espíritu Santo, de tal forma que ninguna duda podía surgir de la rectitud de sus decisiones.

Después del Renacimiento existía una admiración supersticiosa por los pueblos de la antigüedad clásica y por sus leyes. Se debería, pues, admitir que en la época de su esplendor, las antiguas repúblicas formularon la razón en sus asambleas populares (1). Nadie hubiese puesto en duda en aquel entonces que el consentimiento universal fué una

(1) Creo útil citar un paisaje de Vico que tomo de la adaptación de Michelet: «El espectáculo de los habitantes de Atenas, uniéndose para legislar, persiguiendo un interés general que fuese común á todos, ayudó á Sócrates á formar los géneros inteligibles ó universales abstractos por medio de la inducción, operación del espíritu que recoge las particularidades uniformes capaces de componer un género bajo el *rappor*t de

prueba irrefutable en favor de las tesis que todo el género humano había aceptado. El mundo sabe que para formar un medio que defina el estado normal de un fenómeno meteorológico nos contentamos con las observaciones hechas durante un tiempo muy limitado. Para conocer la opinión del género humano sobre una cuestión, no es necesario de ningún modo interrogar á todos los hombres. La sola precaución que hay que tomar es la de evitar que los hombres consultados no repitan las palabras de orden que les han sido transmitidas; por esto Rousseau estaba persuadido de que «cuando el pueblo suficientemente informado delibera no teniendo los ciudadanos ninguna comunicación entre ellos, gran número de pequeñas diferencias resultan siempre la voluntad general, y la deliberación es siempre buena».

En el momento en que apareció el *Contrato social* no hubo grandes preocupaciones para su aplicación; hoy sí que nos parece considerable que este libro haya concluído por no ser mirado como poseedor de un valor doctrinal cualquiera. En 1762 se pedía, ante todo, á los escritores que demostrasen que el régimen existente estaba condenado á morir. Veinte años después se produjo en Francia una agitación extraordinaria, y llegó á creerse, en muchas ocasiones, que una revolución era inminente, pero la agitación no trascendió fuera de un pequeño número de teorizantes. Estos no habían retenido probablemente del *Espíritu de las leyes*

su uniformidad. En seguida Platón hizo notar á base de esto que los espíritus de los individuos, apasionado cada uno por su interés, se reunirían desinteresadamente en bien de la utilidad común. Así fué preparada la definición verdaderamente divina que Aristóteles ha dejado de la ley: *Voluntad libre de pasión.*» (Vico, *Ciencia nueva*, lib. IV, cap. VII.)

más que la sola necesidad de mejor respetar la legalidad, lo que ya era una grave protesta en aquellos tiempos en que todo era caprichoso. El *Contrato social* agradó porque exaltaba el papel de la voluntad general, cuyo secreto creía poseer cada salón.

Cuando el círculo de lectores de Rousseau se agrandó, el sentido de sus doctrinas cambió. Estaban fundadas sobre la hipótesis de una sociedad de artesanos administrada por ellos mismos, y fueron tomadas en serio por las gentes pobres cuando éstas fueron llamadas á ejercer una gran influencia en la formación de la opinión. No se ha tenido en cuenta al discutir la historia del siglo XVIII que una misma tesis ha podido tener tres aspectos esencialmente diferentes, según las condiciones de las personas que la sostenían.

La doctrina contractual, conforme á los mayores intereses del tercer estado, debió ser recibida por la alta burguesía como un procedimiento escolástico encaminado á buscar en la legislación fines económicos conformes con las aspiraciones de la propiedad territorial.

Transportada, gracias á Rousseau, al dominio de la buena literatura, resultó una brillante paradoja, en medio de la cual los habladores espirituales, divertidos y traviesos, pudieron denunciar en los salones de la aristocracia frívola las locuras del gobierno real.

Cuando el libro de Rousseau cayó en las manos de la pequeña burguesía, se deformó, para concluir siendo un programa de acción inmediata.

Han podido extraerse del *Contrato social* las más opuestas conclusiones. Sieyès copia cuando reivindica un papel más importante para el tercer estado; la Constituyente se nutrió de sus axiomas.

«Chateaubriand asegura que Rousseau, más que ningún otro, condenaba á los terroristas; Buzot, que dividió la suerte de los girondinos; Duhem, que era aristócrata y merecía ser guillotinado.» Pero por otra parte, los jacobinos descubrieron en el *Contrato social* la justificación de todos los movimientos tumultuosos del pueblo; poseían la voluntad general. «El gobierno—decían con Juan Jacobo—es la obra y la propiedad del pueblo; los funcionarios no son más que los dependientes del pueblo y los diputados sus comisarios. El pueblo, por lo tanto, es el club... En nombre de las doctrinas de Rousseau, los jacobinos acusaron á la Asamblea de usurpaciones; la Asamblea les faltó al respeto y hasta se burló de la majestad nacional.» Los clubs jacobinos razonaban como en los salones en los que el *Contrato social* tanto éxito había obtenido.

Toda fórmula escolástica de política abstracta tendrá los mismos destinos, y después de haber divertido á los letrados, acabará por suministrar justificaciones á los partidos cuya existencia ignoraban sus mismos autores.

IV

Los fisiócratas.—Sus concepciones administrativas.—Su teoría de la propiedad y de las fundaciones.—Éxito de su sistema jurídico después de la Revolución.

A mitad del siglo XVII apareció una literatura económica, que Taine ha confundido injustamente con la literatura política. Los fisiócratas son mucho menos célebres, quizá porque se ocuparon de cuestiones de orden más práctico. No es cierto que su

influencia haya sido considerable, pero no puede negarse que representan perfectamente la segunda corriente de que nos hemos ocupado más arriba. Ellos nos enseñaban cómo la burguesía, en constantes disputas con los *affaires* del Estado, entendía la potencia gobernante. En una carta escrita á J. B. Say en 1815, Dupont de Nemours cuenta que en el momento de la Revolución se encontró solo con Abeille y Morellet para conservar la tradición de Quesnay; que la Constituyente no dejó de burlarse de las teorías de la escuela, y que á pesar de todo, concluía frecuentemente decidiéndose con arreglo á sus principios.

Esto encierra para nosotros una gran importancia, ya que nos permite comprender cuál fué el papel de estos escritores, que sabían expresar muy bien las opiniones de la clase administrativa, que estaban convencidos de que las reformas traídas por la Revolución eran resultado de sus demostraciones y que constituían el confinante de una corriente que se unía á sus sistemas como un simple accesorio teológico.

Después de Condorcet no pudieron «conquistar para sus doctrinas más que un pequeño número de partidarios. Asustaban la generalidad de sus máximas y la inflexibilidad de sus principios. Ellos mismos obscurecieron la bondad de su causa afectando un lenguaje dogmático y obscuro, y pareciéndoles demasiado olvidar por los intereses de la libertad de comercio aquellos de la libertad política, presentaron de una manera demasiado absoluta y demasiado magistral algunas partes de su sistema que ellos mismos no habían profundizado». Su éxito principal lo consiguieron condenando enérgicamente el régimen fiscal y las aduanas.

Es este el testimonio de un enemigo, y encierra

una gran verdad. Los enciclopedistas detestaban á los fisiócratas. Grimm los acusaba de sentir «cierta inclinación por la devoción y por lo inútil, bien contrarias al espíritu de la filosofía». El gran éxito obtenido por los libros del marqués de Mirabeau pudo hacer temer por un momento las declamaciones que la clientela letrada propagaba. También hicieron un gran reclamo á los diálogos de Galiani sobre el comercio de los granos, para hacer frente á los fisiócratas, partidarios de la libertad de comercio. Morellet escribió serios argumentos para responder al polichinela napolitano, pero Diderot, encargado como censor de leer este libro, hizo cuanto pudo para impedir la respuesta. «Si la refutación del abate Morellet se imprime—dijo Brunetiére—, nó será porque no se hayan puesto en práctica todos los medios necesarios para impedirlo.»

Nécker, que tenía un gran empeño en formarse una reputación, aunque fuese adulando á los filósofos, se declaró enemigo de los fisiócratas, y fué acusado de haber aconsejado á los enemigos de Turgot; á su libro sobre la legislación de los granos se le dispensó un éxito como no se le había dispensado al de Galiani. Turgot, aun cuando frecuentó asiduamente los salones de Mad. Geoffrin, no adoptó jamás las ideas de los filósofos.

Si á pesar de las cábalas de los salones y de los enciclopedistas, que se entendían perfectamente unos y otros para destruir reputaciones, los fisiócratas consiguieron crearse la suya, fué debido á que sus ideas correspondían á una gran corriente de opinión.

El réproche que les dirigió Condorcet á propósito de su poco cuidado de la libertad política, está

bastante fundado. No debe llamarnos esto la atención, pues hay que tener en cuenta que sus doctrinas estaban basadas sobre la tradición de la Francia realista. Con un tal estado de espíritu sólo podían sentir desprecio por las divisiones del poder y sus vaivenes. Le Trosne afirmaba que Francia ocupaba mejor posición que Inglaterra para que sus reformas no corriesen el riesgo de ser entorpecidas por los partidos políticos.

Se creará que empleaban un lenguaje napoleónico. Nada de esto. Hablaban del Estado como de un poder impersonal que, en derecho, está subordinado á los ciudadanos y en hecho es su maestro. Es «el producto y la representación de todos, y debe sujetar el derecho de cada uno á la voluntad de todos». Ellos sueñan, como lo vió Tocqueville, en «un despotismo democrático». Los mandatarios hacían cuanto tenían que hacer, sin seguir los impulsos de las asambleas políticas y guiados únicamente por una razón pública que carece de órganos para expresarse.

Turgot propuso á Luis XVI la creación de cuerpos electivos, pero imaginó que sería muy probable que éstos enfermasen en funciones puramente administrativas. No podía desconocerse la ventaja de esta medida aportada al espíritu del tiempo, observa Tocqueville, pero añade luego que esto se hizo después de la Revolución, cuando ya el país estaba fatigado de tanta política. Al llegar aquí, todavía los fisiócratas anunciaban el imperio, mas su equivocación estaba en que no veían que, entre el viejo régimen y Napoleón, el país tenía ganas de ensayar la libertad.

Los fisiócratas tenían confianza en un poder que estableciese la igualdad jurídica, gobernase siguiendo reglas uniformes y diese importancia á la

enseñanza. Según Quesnay, «el despotismo es imposible si la nación está instruída». La escuela sólo dispone de un medio eficaz para combatir el despotismo: «una enseñanza pública general y continuada de la justicia por esencia y del orden natural». Es esta ilusión muy análoga á aquella que propagaron los utopistas, según la cual esperaban conducir á la burguesía hasta el socialismo. Una administración instruída y bien informada ha sido siempre la garantía del contribuyente, como una burguesía humanitaria será la del proletariado. «Con la ayuda de este pequeño galimatías literario, creían suplir todas las garantías políticas.» Hay derecho para preguntarse si los socialistas oficiales creen que sus galimatías pueden conducirlos á una seria organización del trabajo.

Los fisiócratas no fueron, como Rousseau, á buscar sus modelos en las repúblicas de artesanos protestantes. Nada más instructivo para comprender sus doctrinas y la gran corriente que ellos representan que el siguiente pensamiento frecuentemente citado por Tocqueville: «No encontrando en torno de ellos nada que les pareciese conforme á este ideal, van á buscarlo en el fondo de Asia. No exagero si digo que no hay ninguno que no haya hecho, en algunos de sus escritos, los más entusiastas elogios de la China. Leyendo sus libros es seguro encontrarlos en algunos de ellos, junto con la afirmación de que la China es aún una nación muy poco conocida. Nos la pintan como si se tratara de una conseja, con la que sólo consiguen distraernos. Aquel gobierno imbécil y bárbaro les parece el más perfecto modelo que podían copiar todas las naciones del mundo. Ellos se sienten emocionados y como transportados á un país en el que soberanos absolutos, pero exentos de prejuicios, laboran la

tierra una vez por año para honrar á las artes nobles; en el que todos los cargos y empleos se adquieren mediante concursos literarios; en el que, en fin, no existe más religión que una filosofía, ni más aristocracia que la de las letras» (1).

Las concepciones jurídicas de los fisiócratas tienen una importancia capital en la historia de nuestras instituciones.

En el siglo XVIII, todo el mundo estaba de acuerdo en Francia, excepto los fisiócratas, en que la propiedad es una creación social. Montesquieu, Mirabeau, Tronchet, Nécker, Mallet du Pan, no difieren de Robespierre ó Rousseau en lo que se refiere á este principio (2).

Los fisiócratas introdujeron una doctrina que encontraron en Locke, según la cual, la propiedad es fuente de todo derecho. «Los ciudadanos—escribía Turgot en sus artículos sobre las fundaciones—tienen derechos y deberes sagrados para con la sociedad. Los ciudadanos son elementos independientes de la sociedad, pero son necesarios á ésta y deben formar parte de ella con todos sus derechos y deberes y bajo la protección de sus leyes, que aseguran su propiedad y su libertad.»

Como muchos juristas modernos, no pensaban

(1) Tocqueville. Rousseau también cita á la China en uno de sus capítulos de la *Enciclopedia*, que trata sobre la economía política, y dice que es un país modelo para el cobro de impuestos.

(2) Lichtenberger. Es muy útil observar que Rousseau, en su *Emilio*, ha sentado una tesis sobre la propiedad, que más tarde parece inspiró las doctrinas de Lassalle: «El soberano no tiene ningún derecho á los bienes ni de uno ni de muchos, pero puede legítimamente ampararse en los de todos, como se hizo en Esparta en tiempos de Licurgo. La abolición de las deudas que decretó Solón fué un acto ilegítimo.» (Taine.)

que los cuerpos morales pueden ser considerados como verdaderos propietarios. Aquí y allá, y en todas partes, no puede existir más que *un solo género jurídico*, y ellos veían *dos géneros jurídicos*, afirmando, además, que el derecho debía seguir los mismos caminos y reglas que la economía.

Tocqueville sufrió evidentemente una equívocación sobre su pensamiento cuando creyó poder supeditar sus opiniones relativas á las fundaciones á aquellas otras que se referían á las relaciones civiles. «Los contratos—dice Tocqueville—de ellos inspiran muy poco respeto; á los derechos privados nadie les concede importancia, á menos que representen una utilidad general.» Sorprende que una concepción tan revolucionaria haya podido ser fácilmente aceptada por «hombres de costumbres tranquilas, por gentes de bien, por honestos magistrados y hábiles administradores».

En su calidad de honestos magistrados, los discípulos de Quesnay conceptuaban el derecho privado como una cosa sagrada y se encontraban prestos á defenderla contra la arbitrariedad, pero miraban las fundaciones como pertenecientes al dominio del derecho administrativo. Ellos se encontraban llenos de los defectos que presentan los cuerpos encargados de administrar las fundaciones, y en su calidad de hábiles administradores querían que todos los rendimientos destinados á los intereses públicos fuesen empleados de una manera eficaz. Debido á esto, ellos no juzgaban respetables las fundaciones en las que los gastos generales eran frecuentemente muy excesivos.

Turgot opinaba que el gobierno tenía el derecho innegable «de disponer de las antiguas fundaciones y emplear los fondos en nuevas obras, ó en último caso suprimirlo todo. La utilidad pública es

la ley suprema, y no debe ser conculcada ni por un respeto supersticioso, ni alegando la intención de los fundadores, como si estos ignorantes hubiesen querido encadenar á su voluntad caprichosa á las generaciones sucesivas, ni por el temor de herir los pretendidos derechos de ciertos cuerpos, como si éstos tuviesen derechos paralelos á los del Estado. Los cuerpos particulares no existen ni para sí ni por sí; han sido formados por la sociedad y deben morir cuando dejen de serle útiles» (1).

El lenguaje del administrador está aquí en perfecta armonía con el pensamiento del economista, según el cual la tierra debe ser administrada siguiendo la idea de los vivos, no el pensamiento de los muertos. Si, como pensaba Turgot, se pudiesen satisfacer las necesidades públicas con los ingresos del presupuesto ó con los de las fundaciones, éstas no serían más que un tormento.

Los procedimientos administrativos del viejo régimen eran frecuentemente demasiado cabalerosos. Así nos sorprendía que los hombres que estaban relacionados con la administración no conociesen el respeto de las tradiciones que se introdujeron en Francia en tiempos de la Restauración. «El pasado—dice Tocqueville—es para los economistas objeto de un desprecio sin límites. No existe ninguna institución vieja en nuestra historia, aunque esté bien fundada, que no pidan su abolición, por poco que les incomode y estorbe á la simetría de sus planes.»

La Revolución iba á liquidar bien pronto al viejo régimen, con una sangre fría digna de la rea-

(1) En el caso de que la Iglesia tuviese intereses en estas fundaciones, Turgot opinaba que debía marchar de acuerdo con el Estado.

leza francesa. Durante el período terrorista, el poder cayó en manos que no estaban suficientemente preparadas para cumplir las pesadas obligaciones que consigo llevaba entonces el gobierno. Se empujó hasta los más grandes excesos los procedimientos más nocivos del viejo régimen. Era necesario luchar contra el hambre; se fijó el precio de los géneros; no se cesaba de hacer requisas para alimentar á las grandes poblaciones; se perseguía por todos los medios á los que la opinión denunciaba como acaparadores; para poder alimentar las armadas se trató á los países como ciudadelas sitiadas, en las que todos los ingresos están á disposición del gobernador, y como la guerra civil vino á complicar la situación del Estado, á los rebeldes les fueron confiscados sus bienes. Estas circunstancias produjeron un eclipse total de ideas jurídicas, y la administración degeneró en policía política, como sucede siempre que se le confía á hombres que no se sienten con fuerzas para tener á raya la opinión de los legalistas y moderar la arbitrariedad que les ha sido confiada (1). La legislación fiscal fué en más de una ocasión dirigida por conveniencias de policía política; los ricos confiaban en el poder de su fortuna para poder perjudicar á la República, que entonces les trataba como enemigos.

Cuando la calma comenzó á renacer, todo el mundo sintió la necesidad de tener seguridad contra la posible vuelta de medidas arbitrarias; los que adquirieron bienes nacionales eran los que más deseaban ver proclamada la inviolabilidad de la propiedad. Todo el mundo sabe cuánta importancia se ha concedido á los intereses en el curso de

(1) La moderación arbitraria es la que da origen al derecho administrativo, creación muy frágil por cierto.

nuestra historia; la vuelta de los Borbones se hizo imposible, porque éstos no aseguraron la validez de las ventas revolucionarias. Así se comprende, pues, que la doctrina de los fisiócratas obtuviese, después de las experiencias terroristas, una autoridad que hasta entonces le había faltado. Parece que la Constitución del año III se inspiró en sus ideas, no solamente en el art. 5.º de la declaración de los derechos que define la propiedad, sino también en la declaración de los deberes. El art. 8.º afirma que en el sostenimiento de la propiedad reposa todo el trabajo y todo el orden social; el art. 9.º impone á cada ciudadano la obligación de defender la patria, la libertad, la igualdad y la propiedad.

Este es verdaderamente el triunfo de los fisiócratas, triunfo que tuvo una larga duración y que es debido á razones históricas, cuya existencia futura no hubiesen podido ellos suponer.

V

Las gentes de letras.—Su influencia se origina del lugar que les asigna la nobleza.—Su verdadero papel entre la aristocracia.—Ausencia del espíritu crítico.

Los historiadores no han venido para explicar convenientemente el papel paradójal que desempeñaron los literatos durante el siglo XVIII. Esto obedece á que se ha considerado la sociedad en bloque, en vez de examinar las relaciones de los literatos con cada una de las clases que la integra-

ban. Nosotros hemos determinado por qué el tercer estado les escuchó como oráculos, aunque sus conocimientos no les designasen por regla general los consejos que había de dar á la burguesía. Es necesario recordar aquí lo que yo llamaba tercer corriente ideológica del siglo XVIII, corriente que se origina de la imitación á las costumbres aristocráticas. La nueva clase conquistadora dispensó una confianza absoluta á los hombres que veía eran objeto de la amistad de la alta nobleza y de los soberanos; ella no se preguntaba cuáles eran las causas que explicaban estos favores, que la admiraron, la fascinaron y la engañaron.

La opinión extranjera jugó entonces un papel importantísimo en nuestra historia. Cuando Voltaire salió para Berlín no tenía la reputación de Montesquieu y de Fontenelle; Grimm se sorprendió extraordinariamente cuando en 1749 llegó á París al ver que á Voltaire se le admiraba menos en Francia que en Alemania. Voltaire, según Brunettière, fué á Potsdam «á buscar la consagración, la gloria y la popularidad que se le había negado en su patria»; sus esperanzas no fueron defraudadas, y á su vuelta apareció considerablemente engrandecido, á pesar de sus desventuras en la corte de Prusia.

Encontramos un testimonio precioso del papel de los extranjeros en una singular Memoria de Diderot, dirigida á Sartine, que le había consultado sobre una pieza de Palissot. Diderot escribía: «Si usted hace de manera que no pueda decirse que con su permiso se ha insultado en público á aquellos conciudadanos suyos que son honrados en todas las partes de Europa, que los viajeros creen un deber visitarlos y un honor el conocerlos, creo que obrará sabiamente.» La alta sociedad france-

sa era demasiado sensible á los juicios que el extranjero formaba sobre sus grandes hombres, y la burguesía sentía por ellos un respeto casi supersticioso.

No parece que esta situación esté en peligro de desaparecer; la democracia ha continuado la tradición del tercer estado, y siempre que las gentes de letras quieran podrán ejercer sobre ella una verdadera dictadura. Reciente aún el *affaire* Dreyfus, hemos visto un delicado regocijo de los *boudoirs* de la llanura Monceau, transformada por algunos badoques en oráculo del socialismo. Parece ser que Anatole France se sorprendió mucho de esta metamorfosis y concluyó por preguntarse inocentemente si en contacto en estas insignificantes truhanerías las lindas damas y los gentilhombres, no había él descubierto el enigma de la cuestión social.

Si el movimiento que llevaron durante algunos años los obreros más inteligentes á las universidades populares hubiese tomado en la burguesía todo el arraigo que era de suponer, el socialismo hubiera caído en el berengenal democrático.

La democracia, teniendo por objetivo la desaparición de las clases y la mezcla de todos los ciudadanos en una sociedad que conserve fuerzas capaces de empujar á cada individuo inteligente á un rango superior al que ocupa por su nacimiento, hubiese ganado la partida si los trabajadores, más enérgicos, aspirasen á parecerse á la burguesía, conceptuándose dichosos de recibir sus lecciones y pedir á las personas de reputación que les suministrasen ideas. Entonces no hubiese habido ninguna razón para que una estructura democrática así no fuese estable. Hubiese sido amenazada por dis-

turbios nacidos de las ambiciones de algunos hombres; pero hoy no estarían en peligro sus principios por las teorías socialistas. Los demócratas inteligentes tienen razón para hacer toda clase de esfuerzos encaminados á defender el prestigio de los literatos; con ello buscan dirigir la instrucción popular en un sentido favorable al mantenimiento de este prestigio. A este objeto, en lugar de enseñar á los obreros lo que tienen necesidad de saber para su vida de trabajadores, se esfuerzan en despertar en ellos una viva curiosidad por las cosas que solamente se encuentran en los libros escritos por los burgueses.

El éxito de una pedagogía tal será tanto más cierto cuanto los obreros tengan un sentimiento más humilde de su inferioridad actual; que miren ellos los grupos en medio de los cuales viven los literatos con la esperanza de un viejo retorno al hogar provinciano: verán la distancia que existe entre los planes fracasados de los admiradores, que son los más, y entonces el grupo de los forjadores de reputaciones será menos numeroso. A partir de este momento, muchos de nuestros más finos y aristocráticos escritores muestran tanto celo por ensalzar las ventajas de la enseñanza popular, que más que su *amor á los humildes*, hay que admirar en ellos la perspicacia con la cual comprendían el arte de crearse una clientela. Las universidades populares fueron durante mucho tiempo un gran reclamo para obligar á leer los libros de los dreifusistas, y si este reclamo no se hubiese hecho de una manera tan escandalosa, los resultados hubiesen sido más duraderos.

En el *Elogio* de Montesquieu, d'Alembert dice que «la parte del público que *enseña* dicta á la otra parte que *escucha* lo que debe pensar y decir» sobre

el *Espíritu de las leyes*. Esta distinción entre una *Ecclesia docens* y una *Ecclesia discens* es todavía fundamental en nuestras democracias; si ellas querían suprimir las clases, entendían muy necesario sostener y perfeccionar las jerarquías de cultura.

Veamos cuál era entretanto la situación de los literatos relativamente á la aristocracia del siglo XVIII. Es esta una cuestión muy importante á resolver, porque de ella depende toda la interpretación de esta literatura.

La vieja tradición de la corte imponía que ésta tuviese hábiles preceptores agradables por su conversación brillante y capaces de inculcar como por encanto en la inteligencia del príncipe todos los conocimientos. A estos preceptores se les hacía partícipes del lujo que debe rodear á los ricos. Esta tradición no desapareció en las casas aristocráticas, sino que, por el contrario, llegó á formar una corte compuesta de seres excepcionales.

«Todas las noches cenaban en la ciudad, viendo el adorno y la alegría de los salones que frecuentaban. En las casas donde se dan fiestas no faltaba un filósofo, y un poco más tarde el economista ó el sabio. Se les veía constantemente de salón en salón ó de castillo en castillo.» Era «una especie de ópera superior por la que desfilaban y se rozaban, ya grave ó ya cómicamente, todas las grandes ideas que podían interesar á una cabeza pensadora». «Por casa del barón d'Holbach desfilaban todos los extranjeros, desde los más letrados hasta los más ignorantes. Allí—dice Morellet—había la pretensión de que se escuchase la conversación más libre, más animada y más instructiva que se hubiese oído. Nada de cuestiones políticas ó religiosas sin antes discutir su pro y su contra... Frecuentemente un solo individuo tomaba la palabra y

exponía su teoría, sin que nadie le interrumpiese. Otras veces era un combate singular, en el que el resto de la concurrencia hacía de espectador. ¡Qué martirio para los nobles que no pasaban su vida murmurando de no encontrar quien hablase bien! Esto equivale á tanto como prohibir á sus esposas, que todas las noches van al teatro y representan comedias en casa, que alternasen con los actores y demás artistas de renombre.»

Había otra razón que daba gran importancia á las buenas relaciones que la alta aristocracia sostenía con los literatos más conocidos, y era que después de la invención de la imprenta los autores de sátiras no dejaron de ser temidos en gran manera. Sabida es la impudicia con que el Aretino explotaba el terror que llegó á inspirar. En una carta se jactaba de poderse burlar del universo entero, gracias á una pluma de ganso y unas cuantas cuartillas, que además le proporcionaban el medio de enriquecerse.

Los filósofos del siglo XVIII llegaron á ser verdaderos maestros en el arte de calumniar. Cuando tenían ocasión de descargar su verbo satírico sobre cualquiera, se revelaban siempre como superiores á cuando escribían en serio; esto puede observarse fácilmente en Voltaire. Nada respetaban, aun cuando estaban rodeados por las tranquilas y apacibles gentes. Un miembro de la Academia de Inscripciones, al que Malesherbes pidió su opinión sobre *El padre de familia*, de Diderot, se excusaba en su correspondencia de mostrarse discreto, porque «no quería tener tratos con gentes que se creían únicas y exclusivas herederas de la razón humana y á las que tenía tanto miedo como á los teólogos».

Los soberanos extranjeros que subvencionaban

á algún filósofo, no lo hacían solamente por admiración á su sabiduría. Federico miraba á Voltaire como un hombre extraordinariamente peligroso, del que tenía especial cuidado en guardarse. Catalina fué principalmente quien más interés demostró de atraerse á las gentes que entonces disponían de la opinión. Después del asesinato de su marido preguntó al embajador de Francia si conocía á Voltaire y si podría explicarle el *affaire*. Voltaire parece que se resistió durante algún tiempo, pero no tardó en confundirse entre los admiradores de la Semiramis del Norte, hasta el punto de llegar á escandalizar á Mad. de Choiseul y Mad. du Defand; Walpole escribía á ésta: «¿Cómo reparas tú un homicidio? ¿conquistando á los poetas? ¿pagando historiadores mercenarios? ¿reteniendo á ridículos filósofos á miles de leguas de su país? Todos son unas almas viles que cantan á un Augusto y se rien de sus proscripciones.»

No obstante todo esto, se tendrá una idea muy limitada de la literatura si nos ceñimos á estas consideraciones. Es necesario recordar también el papel que los bufones jugaban en las cortes de la Edad Media. Todavía hay de aquel tiempo verdaderos clowns en nuestros salones, como un tal «Galiani, hermoso enano del genio, especie de Platón y de Maquiavelo con el verbo y los gestos de Arlequín, inagotable de ingenio, admirable bufón, perfecto escéptico, que no creía en nada, ni en nadie, ni para nada, y que con su peluca en la mano, las dos piernas cruzadas y sentado en un sillón, trataba de demostrar á los filósofos, por medio de un apólogo cómico, que razonaban ó *resonaban*, si no como un *cántaro*, al menos como una *campana*».

Los hombres del primer término no se aperci-

bían siempre del papel ridículo que se les atribuía en la alta sociedad. La historia de las relaciones entre Federico II y Voltaire son para nosotros incomprendibles, debido á la diferencia enorme que existe entre las costumbres del siglo XVIII y las nuestras. La obligación que el rey mandó firmar al gran escritor cuando los altercados de éste con Mauvertuis, nos parece hoy de insolencia intolerable; bien que Federico no establecía una gran diferencia entre un hombre ilustre y cualquier doméstico (1). Mucho después de su reconciliación es verdaderamente curioso ver en qué tono se expresa el librepensador soberano á propósito de la ejecución del caballero La Barre: «No es necesario que la filosofía anime á cometer acciones parecidas, ni que vitupere á los jueces, que no han podido fallar de manera diferente á como han fallado.» Como Voltaire formó el proyecto de reunir en Clèves á todos los escribanos amenazados por un despertar del fanatismo religioso, el rey le hizo esta recomendación irónica: «Todos serán bien recibidos con tal que estén *moderados y tranquilos.*»

Podrá objetarse que Voltaire pertenecía á una generación un poco vieja, que se había desenvuelto en las ideas de respeto hacia los grandes y que esto explica ciertas cobardías que sus contemporáneos conceptuaban como vergonzosas; pero

(1) «Yo prometo á V. M. que en cuanto me haga habitar en un palacio no escribiré contra nadie, ni contra el gobierno de Francia ni sus ministros, ni contra los soberanos de otros países, ni contra los literatos ilustres, para los cuales guardaré todas las consideraciones que les son debidas. No abusaré de las cartas de S. M., y me *governaré de la manera que conviene* á un literato que tiene el honor de ser chambelán de S. M. y que vive en medio de gentes honestas.» En todo el volumen *Voltaire y Federico*, de Desnoiresterres, pueden encontrarse infinidad de bufonadas parecidas.

esto no puede admitirse en Diderot. Este es el tipo exacto del literato de nuevo sistema, hasta el punto de que nuestros burgueses contemporáneos lo han colocado en el Olimpo democrático. J. Reinach emplea las más exageradas expresiones admirativas cuando habla de él. Diderot no dudaba de que si la emperatriz Catalina le concedía cierta familiaridad, era porque él respetaba la tradición que permitía á los bufones una gran confianza con los grandes, en vez de agudizar su numen.

Taine no se ha equivocado mucho al reconocer cuál era la situación verdad de Diderot en los salones; pero le ha detenido la admiración que sentía por el admirable precursor de la burguesía contemporánea. El retrato que nos da de Diderot es muy favorable, lamentándose de las circunstancias atenuantes en su favor de la siguiente manera: «Este es un advenedizo, un medrado en el verdadero mundo; veis en él un plebeyo, un poderoso pensador, un infatigable obrero y un gran artista al que las costumbres del tiempo han introducido con ocasión de una cena de vividores á la moda. El inicia la conversación, conduce la orgía, y por contagio, por apuesta, dice él solo más porquerías y pone más apuestas que entre todos juntos.» Si Taine no hubiese estado cohibido por el respeto que profesaba á los escritores del siglo XVIII, habría dicho que á Diderot se le juzgaba en la alta sociedad como un saltimbanqui de las letras.

A una época como esta no podían serle agradables las reglas del buen sentido, de la moderación en el lenguaje y de la sagacidad práctica que Boileau quería dar como código. Diderot debía servir aún como tipo.

«No solamente—dice Taine—descendió hasta el fondo de la doctrina antirreligiosa y antisocial con toda la rigidez de la lógica y de la paradoja, sino que más impetuosa y más fuertemente que d'Holbach, cayó en el cenagal del siglo, que era la indecencia, y en el gran berengenal de la época, que era la declamación. En sus grandes novelas desenvuelve extensamente el equívoco obsceno ó la escena lúbrica. La crudeza en él no aparece velada por la malicia ó recubierta por la elegancia. José Reinach está fuertemente atormentado por la moral de sus héroes, que «supuran al final el desenfreno del estado natural», que se sumergen «fuertemente en el fango de la bestialidad primitiva», en la que encuentra con repugnancia «el panegírico del incesto, de la prostitución, de la promiscuidad de los sexos». El admirador de los enciclopedistas comprueba con dolor que Diderot, que no quiere reconocer nada fuera de las leyes de la Naturaleza, sólo reconoce en éstas dos fines: «La conservación del individuo y la propagación de la especie.» Nosotros podemos aproximarle á aquellos burgueses librepensadores que en el siglo XIX acogieron con entusiasmo el darwinismo, porque creían encontrar en él un medio que justificaba sus apetitos groseros invocando la herencia simiesca.

Toquemos ahora el fondo de la psicología de los hombres del siglo XVIII. Esta fanfarronada de lubricidad no interesa solamente á la moral, sino también á la producción intelectual; ella prueba que la reflexión ejercía en estos hombres un muy débil contrapeso á los excesos de la imaginación. Los historiadores perdían el tiempo cuando querían *penetrar* en el pensamiento de los filósofos del siglo XVIII, que son habladores, marchantes de

sátiras, y sobre todo bufones de una aristocracia degenerada. De casi todos puede decirse lo siguiente, que dijo Brunetièrre de Diderot: «Lo difícil es saber lo que él piensa, y os parecerá plausible el razonamiento si yo digo, como lo creo, que él tampoco lo ha sabido jamás.»

La clase media leía sus obras con un espíritu diferente al de la nobleza y tomaba en serio lo que escribía sobre las gentes con las que sostenía relaciones; cuanto más paradójal era una opinión, tanto más admiraba el genio del pensador bastante atrevido y profundo para libertarse de las cadenas de la tradición; cuanta más confianza tenía en las luces que podía adquirir en sus lecturas, tanto más estaba dispuesta á realizar ensayos análogos. El inconmensurable disparate de M. Homais es el producto natural de la influencia de los literatos sobre la burguesía francesa. Durante más de un siglo, las gentes un poco iluminadas discutieron sobre la incapacidad en que se encontraban para comprender los libros que creían venidos del cielo porque procedían de los salones aristocráticos.

La ausencia del espíritu crítico en nuestros padres no debe sorprendernos, pues tampoco se encontraba en las gentes letradas que concluimos de examinar. No hay que soñar en pedir á los nobles que sólo se ocupen de reír ó de maquinari cariñosamente contra las gentes que les displacen.

La experiencia nos enseña que el espíritu crítico falta siempre en aquellas clases que no piensan en las razones de su propia condición de vida. Faltaba al tercer estado, y la historia de los escritores de la antigüedad y de la Edad Media ilustra esta proposición de una manera bastante

notable. La experiencia del siglo XIX suministra la contraprueba.

Desde el día en que el pasado ha sido examinado por gentes que querían encontrar una enseñanza para comprender las luchas en las que su clase estaba empeñada, la historia ha tomado otro aspecto igual al que Renán había distinguido cuando escribió sobre Agustín Thierry: «El sentido de las cosas humanas sólo se obtiene mediante la inteligencia del presente, y éste no nos descubre su secreto en proporción al interés que se pone en conocerlo. Es necesaria para interpretar los textos de la historia medioeval una práctica de la vida profana que no dan ni la vida monástica ni las pesadas investigaciones de la paleografía. Un joven de veinte años, colocado en un medio apasionado, pero dotado de la perspicacia que da el hábito de las cosas políticas, puede destruir al primer golpe la gran obra de sus maestros los benedictinos y secar muchas lagunas y destruir muchos errores.»

Debido á esto, mis amigos y yo no cesamos de predicar á la clase obrera que no se deje encadenar ni siga el carril de la ciencia ó de la filosofía burguesas. En el mundo se producirá un gran cambio el día en que el proletariado haya adquirido, como la burguesía después de la Revolución, el sentimiento de que es capaz de pensar sobre sus propias condiciones de vida. Este fué el régimen parlamentario que reveló á los grandes historiadores de la burguesía moderna su vocación. «Las ideas que la restauración calificó con el nombre de liberales han sido el alma de la historia.» Agustín Thierry se explica así que «al más hermoso movimiento de estudios seriamente científicos sucediese casi sin intervalo la efervescencia revolucionaria». Esto no tenía solamente todo lo que las gue-

rras imperiales han demostrado y las enseñanzas imprevistas, como dice Renán, sino que contaba con lo que sentía la burguesía y con lo que se creía capaz de sentir.

El proletariado—se ha dicho muchas veces— posee un sistema de instituciones que le son propias, como el régimen parlamentario lo es para la burguesía. Del movimiento sindical puede surgir la manumisión intelectual, que desembarazará a las clases obreras de todos los respetos que le inspira la burguesía.

CAPÍTULO III

La ciencia en el siglo XVIII

I

La ciencia como objeto de curiosidad.—La *Enciclopedia*.—Conocimientos generales necesarios á los administradores.—Descubrimientos que hicieron concebir grandes esperanzas.

La doctrina del progreso había de arrancar necesariamente de las aspiraciones de una clase conquistadora que, teniendo confianza plena en su porvenir, se conceptuaba suficientemente preparada para tomar el poder y tenía además muy bien madurados grandes proyectos y reformas. No podremos darnos una exacta cuenta de sus concepciones si antes no nos capacitamos de la idea que á ellos le merecía la ciencia.

En nuestro tiempo, la ciencia es una disciplina austera en la que cada individuo busca un rincón solitario para cultivarla durante toda la vida. Se llega á ser hábil en ciertos momentos y determinadas ocasiones cuando se ha sufrido un largo aprendizaje y se está al corriente de las innovaciones y de los procedimientos de investigación especial. La distribución de los trabajos científicos entre los grupos independientes nos parece tan natural y fecunda, que no vacilamos en preguntar si una tal estructura social ha podido promover algunas objeciones.

Nuestros padres miraban esta especialización como una rutina propia de hombres relajados, como una degradación del espíritu, como un atentado al noble destino del hombre. «La mayor parte de los mejores espíritus del siglo XVIII se enorgullecían de comprender la geometría, y junto á ellos las sociedades científicas se jactaban de hacer literatura.»

Fontenelle se encontró decidido á dar una fórmula filosófica, cuyos felices resultados, encaminados á producir la coordinación de las ciencias, él mismo había ensalzado. Brunetiére creyó infundadamente que esto constituía un gran descubrimiento, cuando debía haber dejado una tal tontería para los positivistas. La pretendida coordinación de las ciencias no es de ningún modo la finalidad suprema de las tendencias modernas, sino la expresión de los usos y costumbres de la antigua sociedad francesa, de la que dependen en gran parte las costumbres de los salones.

Toda la cuestión consistía en aquellos tiempos en poder sostener una conversación con los grandes sabios que se encontraban en la buena sociedad. Si la coordinación de las ciencias fascina aún á la burguesía democrática, es porque no tiene ideas propias y porque persevera en la manía de alimentarse en las fuentes del antiguo régimen.

Las concepciones que nuestros padres tenían relativas á la subjetividad de la ciencia, van unidas á muchísimas razones; pero su origen primero va siempre unido á la curiosidad de las gentes de calidad.

a) A últimos del siglo XVII el mundo se apasionó por una multitud de sujetos que vivieron totalmente ignorados en tiempos anteriores. El *honnête homme* tenía un horizonte excesivamente

limitado. Ahora se quiere tener claridad en todo. El curso sobre química de Lémery, publicado en 1675, alcanzó gran número de ediciones y fué traducido á varios idiomas. Las lecciones de anatomía de Verney merecieron la predilección de las damas. Este sabio, recomendando á Mlle. de Launay á la duquesa de Maine, escribía que era «la hija de Francia que mejor conocía el cuerpo humano». Tomás Diafoirus hubiese podido entonces, sin caer en el ridículo, invitar á su novia á presenciar una disección.

Turgot conceptuaba la curiosidad como el gran motor del progreso, y esta teoría correspondía perfectamente á los sentimientos de sus contemporáneos, que siempre buscaban conocimientos nuevos y no consentían jamás encerrarse en las estrechas fronteras de una especialidad científica. «Buffón, como hombre de mundo que busca la reputación y que no tiene el don de los pequeños versos, principió por querer hacer matemáticas, después experiencias de física sólo accesibles al hombre rico, hasta que, por último, encontró su orientación en la plaza de intendente de los jardines del rey. Allí se dió á conocer como un gran naturalista, como un gran escritor y como uno de los más útiles vulgarizadores.» Cournot hace observar que el siglo XVIII siguió un poco este ejemplo, ocupándose de la geometría, después encontrando las demostraciones de física y química, y por último fijando su atención en la Historia Natural.

En una nota sobre Clairaut, insertada en la correspondencia de Grimm, Diderot da el siguiente cuadro de las variaciones de la curiosidad antes de 1765: «Los metafísicos y los poetas han tenido su tiempo; les sucedieron físicos sistemáticos; éstos dejaron el campo á la física experimental y ésta á

la geometría; la geometría á la Historia Natural y á la química, que estuvieron en boga en los últimos tiempos y que dividieron los espíritus orientándolos hacia los negocios del Estado, del comercio, de la política, y sobre todo hacia la agricultura, sin que se pueda predecir cuál será la ciencia que la *ligereza nacional pondrá en moda después.*» Clairaut se resistió á seguir la corriente y perdió toda su reputación. En tanto, las damas distinguidas querían á su vez «un geómetra». Ahora «un geómetra ha de tener un editor para sus obras, y cuando lo tenga, no encontrará un lector que las abra». Hay que fijarse bien en las modas que se creaban en los salones. Una ciencia era tanto más interesante cuanto más tecnicismo la informaba. En los *Pensamientos sobre la interpretación de la Naturaleza*, Diderot nos enseña que, á su juicio, las matemáticas habían llegado á tal punto, que ya no era posible pudiesen avanzar más. «Me atrevo á asegurar—decía—que antes de un siglo no podrán encontrarse en toda Europa más de tres geómetras.» Es necesario entender en esto que las matemáticas estaban ya cerradas para los *amateurs* y Diderot no podía concebir cultura científica fuera de aquella que les parecía á los *amateurs*.

La química fué un verdadero éxito, tanto más cuanto hasta entonces sólo era del dominio de la farmacoepa. Diderot, en 1770, hablaba de Rouelle con un entusiasmo que nos sorprendería si no supiésemos la triste idea que Diderot tenía de la ciencia. Rouelle «quería ser poeta, filósofo, teólogo, político, músico», y era «un gran sabio, profundo teórico», pero «creía en la alquimia» y resultó «un torpe manipulador».

La fisiología, en su infancia entonces, llamaba poderosamente la atención de Diderot, que se con-

formaba con ligeras nociones. Diderot llegó hasta á insistir cerca de la emperatriz Catalina para que ésta hiciese dar lecciones de fisiología á las jóvenes nobles, con objeto de moralizarlas. En ocho días podrian aprender «el peligro que representa aproximarse al hombre», el deber conyugal y el acto del coito. Su hija, después de tres ó cuatro lecciones sobre anatomía, leyó *Cándida*, sin que «nada de este libro perverso hiciese trabajar su cabecita».

Diderot probó, ante todo, que conocía á maravilla el espíritu curioso y pueril de sus contemporáneos, cuando imaginó dar á conocer las recetas de todas las artes usuales. Vendió su mercancía con tal aplomo, que muchas personas le han conceptualizado como el creador de la tecnología científica, que debía nacer de una manera más modesta y más natural. Fué creada por los ingenieros militares franceses y por los profesores que enseñaban en sus escuelas. José Reinach ignoraba esto cuando escribía: «Las filosofías tienen la obligación de descubrir las clases obreras, de hacer conocer el trabajo, sin el cual la civilización no sería más que un sueño, y de preparar así la revolución intelectual, política y social, el advenimiento del tercer estado á la libertad y al poder.» Con esto, Reinach no hacía más que divertir á las *gens du monde*.

Estas encontraron, al parecer, muy interesante la *Enciclopedia*. José Reinach nos da á conocer, como característica, una anécdota de Voltaire que demuestra la razón del éxito alcanzado por esta recopilación. Los cortesanos aprendían de qué se compone *la poudre à canon*, y las mujeres cuáles eran las diferencias que existen entre los diversos *poudres à farder*.

«Mad. de Pompadour encontró la fórmula exacta—dice J. Reinach—; esto es, como un almacén,

en el que se encuentran todas las cosas útiles, como un diccionario, que ya se creen sabios todos los que lo han hojeado. Esta es, pues, la ciencia de *boudoir* ó de salón que Diderot presentaba. ¿Vale la pena de nombrarle ó creerle el «profeta de la industria moderna» por haber regocijado á sus contemporáneos con la rutina de la vieja producción?

A Cournot, á pesar de su gran sentido, le sorprendía la idea de la *Enciclopedia*; dirigir un inventario de los conocimientos humanos en una época de grandes transformaciones le parecía extraño. «Para explicar su desprecio es necesario estudiar á los enciclopedistas y á sus discípulos, no más sabios que filósofos, ó si se quiere, no más amigos de la ciencia que de los que sentían prevenciones en favor de la filosofía.» Conviene saber que esta filosofía se reduce á una conversación de *gens du monde*.

No se podrá comprender bien el espíritu del siglo XVIII si no se tiene en cuenta el gran éxito que entonces alcanzó el ocultismo. No hay que sorprenderse de ver caer á los lectores de la *Enciclopedia* en esta estupidez. Después de haber explorado en el campo de todos los conocimientos materiales, para satisfacer su curiosidad, quisieron explorar los dominios invisibles. ¿Y no procedían ellos por el método experimental? ¿No era esto una de esas informaciones abiertas á todo el mundo y que deberían dar resultados maravillosos el día en que fuesen hechas por un gran número de personas no indicadas de antemano?

b) La curiosidad de las *gens du monde*, á su juicio, estaba perfectamente de acuerdo con las preocupaciones que tenían todos los miembros de la oligarquía llamada á gobernar. Para hacer un excelente administrador no era necesario tener

grandes conocimientos especiales. Actualmente estamos viendo en las asambleas políticas cómo se toman acuerdos y decisiones sobre asuntos en los que el detalle escapa por completo á nuestros diputados, sin que por eso ninguno de ellos piense en retirarse cuando se discute un programa de construcciones navales, caminos de hierro, etc., que generalmente desconocen. Durante bastante tiempo después de la Revolución, la *Enciclopedia* parecía que había servido á los funcionarios para tener un punto de vista general de las cosas que habían de resolver. Esta clase de instrucción parecía suficiente para aquellos que estaban llamados á dirigir establecimientos industriales. Hasta no hace mucho, fábricas importantísimas tenían como directores á comerciantes y viejos obreros, que frecuentemente servían más para guardar la chusma que para desempeñar el cargo.

Mucha voluntad, nociones generales y un poco de esfuerzo personal, formaban el bagaje de los jefes que dirigían las más grandes manufacturas. Ure decía en 1830 que los propietarios de las filaturas no estaban al corriente de la mecánica y la confiaban á sus directores, que tampoco estaban muy seguros de sus conocimientos. Le Play, que enseñó metalurgia durante mucho tiempo en la Escuela de Minas, comprobó en sus largos viajes «que los verdaderos elementos del arte permanecen frecuentemente ocultos para los encargados de dirigir los talleres. En la mayor parte de los casos—añade—yo era inútil que reclamase de ellos permiso para enseñar en la escuela á los obreros». Fue necesario que transcurriese mucho tiempo para que los alumnos de las escuelas industriales fuesen elegidos como directores.

Los biógrafos de Turgot nos dicen que éste es-

tudió la física, la química y las matemáticas «con el mismo interés que la agricultura, las manufacturas y el comercio». Sin embargo, estos estudios podían ser muy someros. Diderot decía en 1765 que no hacían falta más de seis meses para aprender en geometría todo lo que se tiene necesidad de saber, cuando no se quiere dominar por completo una sola materia, con frecuencia inútil. «El resto sólo es una pura curiosidad», añadía.

Podría preguntarse si Condorcet no tuvo la idea de *enquêtes* análogas á las que Le Play tanto honor concedió más tarde: «Lo que verdaderamente forma la especie humana, la masa de familias que viven exclusivamente de su trabajo, han sido olvidadas por la historia, lo mismo que aquellas otras clases compuestas de empleados públicos que obran, no por ellos mismos, sino por la sociedad, á la que procuran instruir, gobernar, defender y aliviar la situación de aquellos hombres en los que los historiadores han fijado sus miradas » Condorcet quería que se hiciesen buenas descripciones de los franceses, como de los tipos extranjeros las hacían los viajeros, los cuales, desgraciadamente, han obrado con ligereza en más de una ocasión. Es necesario observar, sin embargo, que el autor del siglo XVIII no parece tenía la idea, como el del XIX, de penetrar en el fondo de los conocimientos de un pueblo valiéndose de las monografías de algunas familias obreras. Bien es verdad que Le Play no llegó á justificar su método de una manera científica, sino que se dejó conducir por una intuición muy natural en un profesor de tecnología, apasionado por la ciencia práctica que enseñaba, y que había tenido ocasión de aprender en su contacto con los obreros.

El objeto que se proponía Condorcet es bien

simple: «Bien sea que buscase dar cuenta de una teoría importante, de un nuevo sistema de leyes, de una revolución política, ó bien que quisiese determinar cuáles eran los efectos que debían resultar para la porción más numerosa de cada sociedad, lo cierto es que al llegar á este término los hombres podían apreciar *sus títulos reales para alcanzar la gloria* ó juzgar de los progresos de su razón: solamente así es como se puede juzgar del verdadero perfeccionamiento de la especie humana. Esta idea, limitada al último punto, está dictada por la justicia y por la razón.» Los fisiócratas y todos los autores de proyectos de reformas en el siglo XVIII opinaban que hacía falta dirigir la administración del Estado hacia el mejoramiento de la clase más numerosa y más pobre. Los simoníacos no hicieron más que aceptar esta tradición, y su sólo mérito consiste en haber dado una fórmula conteniendo la voz de todos los antiguos teorizantes.

Las *enquêtes* de Condorcet estaban destinadas á ilustrar á los gobiernos, animados de intenciones filosóficas que les permitían seguir, con estadísticas exactas y detalladas, la aplicación de las reglas que él introducía en las administraciones públicas (1).

c) Administradores, sabios y hombres de negocios creían que la economía del país podía ser rápida y profundamente modificada, con tal que se informase siguiendo los métodos enciclopédicos.

(1) Jaurés, que acaso no lo haya comprendido bien, comenta en estos términos elocuentísimos el texto de Condorcet: «La historia de la democracia es bastante más difícil que la historia de la oligarquía; pero cuando ella descienda á lo más íntimo de la vida real (?) será para hacer penetrar poco á poco la *justicia y la alegría.*» (*Historia socialista.—La Convención.*)

Existían en esta época algunos hechos que bajo este punto de vista ejercían gran influencia en el espíritu público. Creo que los descubrimientos hechos en química fueron decisivos.

Conviene observar que no existe ningún conocimiento que sorprenda tanto á los hombres como los de química. En los tiempos antiguos eran objeto de una veneración supersticiosa los procedimientos químicos que servían para tratar los minerales, afinar los metales y preparar las aleaciones. No hay nada que más se preste para los secretos de un oficio cualquiera. Todavía hoy los inventores obtienen fácilmente la confianza de los capitalistas cuando les anuncian procedimientos metalúrgicos nuevos, y es que para los ignorantes siempre queda alguna cosa de alquimia en la química. Las substancias explosivas y las materias tintóreas extraídas de la hulla han exaltado la imaginación de nuestros contemporáneos tanto como los más altos descubrimientos científicos.

Los trabajos de Lavoisier revolucionaron la química á últimos del siglo XVIII, dando un hermoso ejemplo de lo que puede la ciencia enciclopédica de un hombre perteneciente á la oligarquía gobernante. Lavoisier era arrendador general cuando publicó sus grandes memorias sobre química. Gracias á él, esta ciencia salió de las farmacias para hacerse burguesa; pero yo creo que el hecho que más sorprendió á nuestros padres fué la introducción en Francia de la fabricación de porcelana dura.

Hacia ya mucho tiempo que se buscaba la forma para poder rivalizar con China en la fabricación de vajilla de gran lujo. En Sajonia, la casualidad hizo que un alquimista descubriese las propiedades del kaolín; más tarde, y con la ayuda

de la ciencia, se conocieron también en Francia. Darcet hizo innumerables trabajos sobre diferentes tierras y los presentó á la Academia (1766-1768), de suerte que la fabricación de la porcelana apareció como una conquista del método científico y no como resultado de una feliz casualidad.

Darcet y otros químicos contemporáneos suyos se preocupaban de un gran número de problemas de orden práctico (1). Así se comprende que Condorcet celebrase los servicios que prestaba á la industria y á la buena administración. «Se verá á las artes químicas enriquecerse con nuevos procedimientos, apurar, simplificar los viejos métodos, desembarazarse de todo lo que la rutina ha introducido, de las sustancias inútiles ó nocivas, de las prácticas vanas ó imperfectas y buscar al mismo tiempo los medios para evitar las catástrofes horribles á que los obreros viven expuestos, procurando una mayor suma de alegría, de riqueza, que eviten muchos sacrificios, muchos dolores y muchos remordimientos.

Aunque los amigos de Condorcet concedían una enorme importancia á la Historia natural, nuestro autor es muy sobrio bajo este punto de vista, quizá por su odio á Buffón. En tanto hablaba de una «luz fecunda esparcida sobre el cultivo de los vegetales destinados á satisfacer nuestras necesidades; sobre el arte de alimentar, de multiplicar y de conservar los animales domésticos, de perfeccionar las razas y mejorar los productos». Es muy probable que la primera sentencia guarde cierta semejanza con los trabajos de Nicolás de Jaussure sobre

(1) Darcet fué el que descubrió más tarde la gelatina, sobre las propiedades nutritivas de la cual tantas discusiones se han suscitado.

el trigo, la viña y otros artículos, trabajos que entregó á la *Enciclopedia*, sin que se encuentre en ellos ni una sola alusión á las tentativas hechas por Daubenton para criar rebaños productores de lana fina.

En 1766, Daubenton anunció que sería muy fácil hacer cambiar las razas cuidándolas mejor. En Montbard obtuvo admirables resultados en animales rojos que tenían sangre meridional. Turgot se hizo traer corderos españoles, que en 1786 fueron introducidos en el gran rebaño de Rambouillet. Las *gens du monde*, los administradores y los industriales estaban interesados por igual en esta cuestión, cuyo éxito representaba el triunfo de la ciencia sobre la rutina. Según convenio establecido en el tratado de Basilea, España se comprometía á proporcionar 4.000 ovejas y 1.000 carneros padres. Esta autorización fué solamente aprovechada por una sociedad que dirigía Girod de l'Ain. Napoleón exageró las ideas de sus antecesores y quiso transformar en merinos todos los rebaños franceses.

Queda explicado así cómo Francia se apasionó por un gran progreso agrícola que la ciencia y el gobierno trataron de realizar.

Condorcet habló seguidamente de los nuevos medios «para preparar y conservar los productos de las tierras y los géneros que nos proporcionan los animales».

Se sabe que á últimos del siglo XVIII se hicieron muchas investigaciones á propósito de los productos alimenticios y que estas investigaciones, aunque despertaron gran entusiasmo, no dieron resultados tan felices como se esperaban. En 1756, la imprenta del Louvre publicó una Memoria del académico Tillet, titulada *Resumen de las experiencias hechas en el Trianón sobre las causas que co-*

rrompen los trigos; esta Memoria fué remitida á todos los intendentes.

En esta época se produjo una verdadera revolución en las diferentes aplicaciones del trigo. Hasta entonces se había perdido una cantidad enorme de harina porque se daba el grano á los ganados. Durante la época de penuria sufrida en 1709, un molinero de Senlis parece que sacaba producto del grano que molía. A mediados del siglo XVIII, el nuevo procedimiento se practicaba con gran secreto en los alrededores de París. En 1760 y 1761, Malisset hizo las experiencias ante el teniente general de policía, que era el encargado del servicio de los *blés du roi* para el aprovisionamiento de París. Bien pronto intervino la ciencia en este asunto, y rechazó todo el trabajo realizado. En 1765, la Academia de Ciencias concedió un premio á Dransy, por su Memoria sobre los molinos y por haber creado los hornos-fábricas é ingenios de Corbeil, que fué en donde primeramente se practicó la nueva molienda, llamada *económica*. En 1778, Parmentier publicó *El perfecto panadero, ó tratado completo sobre la fabricación y el comercio del pan*, en el que exponía las ventajas de la nueva molienda ó maquila.

Sabido es también cuán brillante es la historia de la patata en el siglo XVIII. Las *gens du monde*, los administradores más cultos y los sabios, rivalizaron en propagar su cultivo, hasta el extremo de que todos acabaren por creer que sin las patatas el pueblo se hubiese privado de su mejor alimento.

En 1761, Turgot quiso vulgarizar la patata en Limoges; en 1765, el obispo de Castres la hizo objeto de un mandamiento especial; Mad. d'Egmont invitó al rey de Suecia á que plantase de patatas toda la región de Dalecarlie; Parmentier publicó

su famosa Memoria en 1778, y no creo necesario detallar las experiencias sobre el cultivo de la patata hechas en Grenelle, con la intervención personal de Luis XIII, ni los inventos gastronómicos que siguieron á esta campaña filantrópica.

Durante la Revolución, la patata fué el tubérculo patriótico, después de haber sido el filosófico. Nunca la unión de la ciencia y el poder de la inteligencia se manifestaron con más ingenuidad y sencillez.

II

Aplicación de las matemáticas á las cuestiones sociales.—Ilusiones de Condorcet.—Razones del error cometido entonces.—Conservación de una falsa ciencia de las probabilidades.

Remitiéndose á las condiciones en medio de las cuales se formaba entonces la ciencia, es como pueden comprenderse las singulares ideas puestas tan en boga sobre el cálculo de las probabilidades. Estas ideas, que Stuart Mill nombraba «el escándalo de las matemáticas», conservaron toda su autoridad hasta mediados del siglo XIX. Esta cuestión hay que analizarla de una manera precisa para poder penetrar en el pensamiento de aquel tiempo.

La regularidad con que se presentan muchos fenómenos ha llamado siempre la atención de los observadores, á quienes el estudio de esa regularidad les ha llevado á suponer la existencia de una matemática del azar. Un amigo de Galileo descubrió que obtenía 11 con 3 más frecuentemente que

12. La geometría le enseñó que 11 puede obtenerse mediante 27 combinaciones y 12 sólo con 25. La proporción de las combinaciones hubiese sido idéntica á la proporción de los casos demostrados. Buffón hizo lanzar 4.040 veces en el aire una pieza, y se encontró con 2.048 caras, que es aproximadamente la mitad de los golpes recibidos por el cuerpo (1). No hay evidentemente ninguna razón para que se dé en el juego un número más pronto que otro, siendo muy singular que los acontecimientos se manifiesten en las proporciones más cercanos de aquellos que anuncia el análisis combinatorio. Hay aquí una cuestión de hecho que no traspasaría el interés que ofrece una paradoja si no se encontrasen en la práctica regularidades análogas que podrían servir de base á importantes aplicaciones.

Los cálculos de las tarifas de todas las compañías de seguro de vida están fundados en la extraordinaria regularidad que ofrece la mortalidad humana.

Los artilleros han observado que los proyectiles lanzados por las armas de fuego se reparten según una ley—la de Gauss—, que siempre es la misma, y que se aplica también á los errores de las observaciones.

Las *gens du monde* comprenden la cosa de manera diferente que los matemáticos. Estos razonan sobre las combinaciones de los casos, que son numerosísimas, y aquéllas aplican la probabilidad á un solo caso ó á un pequeño número de ellos.

La compañía que realiza un número considera-

(1) J. Bertrand, *Cálculo de las probabilidades*. Si se consideran las séptimas partes decimales en una tabla de logaritmos, todas las cifras se reproducen casi por igual: sobre 10.000 casos, se encuentran 990 veces 0; 997 veces 1; 993 veces 2; 1.012 veces 4.

ble de contratos de renta vitalicia, opera de un modo tan seguro como si conociese las causas de la mortalidad de sus contratados; para las *gens du monde*, la noción de la probabilidad es aquí reemplazada por la certeza, y este es el verdadero estado de espíritu del rentista, estado que suministra una noción de la probabilidad. Stuart Mill, en su *Sistema de lógica*, se coloca bajo el punto de vista individual, lo cual nada de sorprendente tiene en un hombre de escasos conocimientos científicos, pero que ofrece el inconveniente de presentar todas las cosas al contrario de como dicta el buen sentido.

No hay ninguna razón para fijar la tasa de una renta vitalicia constituida en un contrato entre particulares. Se siguen generalmente, para fijarla, las tarifas de las grandes compañías, pero esto es evidentemente por una razón de conveniencia y no en virtud de un razonamiento sobre la probabilidad, porque entre particulares no se suele contar sobre las compensaciones que se producen entre los azares ventajosos y los desfavorables, compensaciones que enseñan las tablas de la mortalidad.

De la misma manera no existe tampoco ninguna regla de igualdad para dos jugadores que apuesten á rojos ó á negros. La llamada regla de equidad es la que adoptaría el banquero de una ruleta que fuese lo suficientemente filántropo para no querer ganar nada y dar á los jugadores el doble de sus posturas, porque en las combinaciones de un número considerable de golpes ha tenido sobrada compensación de las pérdidas (1). Esta igualdad es

(1) En realidad, el banquero todavía seguiría ganando, porque los jugadores pasan por alternativas de obcecación y descorazonamiento.

considerada por muchos como la expresión de una equidad natural que debe ser aplicada á todos los juegos, ya que sólo hay algunos individuos que juegan de una manera diferente cada vez. Las matemáticas han recibido esta regla de los jugadores, y éstos no se han preocupado de averiguar si efectivamente es cierta ó carece de fundamento.

La gran diferencia que existe entre los dos puntos de vista que pueden adoptarse para observar los fenómenos de azar—según que se les considere como beneficiosos para el banquero ó para los particulares—, se manifiesta de una manera admirable en las discusiones que se suscitaren en el siglo XVIII con motivo de la inoculación.

Daniel Bernoulli queria probar que era preciso difundir esta práctica, porque de su vulgarización resultaría una prolongación de la vida, á pesar de todos los males que ella presenta. D'Alembert demostró el valor de tal argumento con el siguiente ejemplo: ¿Cuántas personas se encontrarían capaces de someterse á una operación que matase á un operado por cada cinco que salvase, aunque tuviese la virtud de prolongar la vida?

D'Alembert se colocó bajo el punto de vista individual, en tanto que Bernoulli razonaba como pudiese hacerlo un rey que tratara á sus súbditos como á borregos. Para poder formarse un cálculo satisfactorio hubiese sido conveniente calcular el valor de la oveja en la hipótesis de la inoculación y la del *statu quo*.

Los geómetras del siglo XVIII buscaron el medio de hacer el cálculo más aplicable á las cuestiones que se plantean los particulares. Laplace demostró que el juego, reglamentado según las leyes de la equidad, es desventajoso, y que, por el contrario, ofrece mucha ventaja al asegurado, aun

cuando el asegurador consiga un beneficio al realizar la operación. Laplace ha utilizado á este efecto una teoría dada por Daniel Bernoulli, teoría poco consistente, pero que está muy generalizada *entre los que gastan sin producir*. Para el productor todo se traduce en un valor colocado en un balance destinado á conseguir un precio de coste ó fabricación; para el consumidor sólo se trata de apreciar las facilidades mediante las cuales consiguie las ganancias; las sumas empleadas en la especulación se estiman más en su valor absoluto que en su valor relativo. Este es el principio empleado por Daniel Bernoulli.

Las transformaciones que ha sufrido la economía nos obligan á mirar actualmente las ideas de nuestros padres como algo extraño. J. Bertrand sorprendiase de que Buffón hubiese adoptado la doctrina de la *experiencia moral*, pero esto era muy lógico en tan gran señor. Hoy ya nadie la admite. La noción de la probabilidad no ofrece actualmente ningún sentido matemático para el particular que opera al azar, y su combinación con el concepto de los valores relativos constituye una segunda potencia falta de sentido ó como una especie de refuerzo á la esclavitud de la ciencia, á las maneras de pensar familiares á las *gens du monde*.

Condorcet todavía introdujo en la ciencia una idea muy singular: la de aplicar á los juicios el cálculo de las probabilidades. Estaba tan sumamente orgulloso de sus trabajos, que propuso á la Convención se introdujeran sus teorías en la enseñanza secundaria. En el *Cuadro histórico* se ensalzaban los inmensos beneficios que reportarian las investigaciones por él emprendidas.

«Estas aplicaciones han enseñado á reconocer

los diversos grados de certeza que nosotros podemos esperar; la verosimilitud mediante la cual podemos adoptar una opinión que sea base de nuestros razonamientos sin herir los derechos de la razón, las reglas de conducta á seguir sin faltar á la prudencia ni ofender á la justicia. Ellas demuestran cuáles son las ventajas y los inconvenientes de las diversas formas de elección, de los diversos modos de decidirse que se ofrecen en la mayoría de los casos.»

Condorcet buscaba más particularmente cómo sería necesario organizar los tribunales para que sus sentencias fuesen todo lo buenas que razonablemente pudiese desearse. Para ello creía necesario que se compusiesen de 65 miembros, instituyendo una mayoría de nueve voces, para que la probabilidad del error no fuese superior á la del peligro que podía correr embarcándose para atravesar el canal de la Mancha, entre Douvres y Calais, aun cuando hiciese buen tiempo. Esta probabilidad es de 1 por 144.768.

Madame de Stael, que nos da la opinión de los salones después de la Revolución, no tenía ninguna duda sobre el valor de esta ciencia. Ensalzaba los admirables descubrimientos de Condorcet y á su vez profetizó singulares aplicaciones del cálculo al gobierno. «¿Por qué—decía—no ha de ser posible que un día se puedan hacer tablas sinópticas que contengan la solución de todas las cuestiones políticas, después de tener amplios conocimientos estadísticos y de hechos positivos que se recojan de todos los países? A esto se contestará: Para administrar tal población es necesario exigir tal sacrificio de la libertad individual, tal otro de las leyes y tales otros de los gobiernos que convienen á cada imperio. Para tal riqueza y tal extensión de terre-

no hace falta tal grado de fuerza en el poder ejecutivo; tal gobierno es necesario en esta comarca y tiránico en aquella otra; tal equilibrio se necesita entre los poderes para que puedan ayudarse mutuamente; tal Constitución no puede sostenerse y tal otra es necesariamente despótica.» Y todo esto debía fundarse sobre el cálculo de las probabilidades, que «ofrece un resultado *moralmente infalible*» cuando «se aplica á un número considerable de casos».

Actualmente, todas estas cosas parecen perfectamente ridículas á los geómetras. J. Bertrand se preguntaba asimismo cómo pudo ser admitido el libro de Condorcet: «Ninguno de sus principios es aceptable, ninguna de sus conclusiones se aproxima á la verdad... Laplace ha rechazado los resultados de Condorcet; Poisson no acepta los de Laplace, y ni el uno ni el otro han podido someter al cálculo aquello que se escapa á él necesariamente.» En tanto, espíritus admirables sentían mucha pena de tener que emanciparse de una tradición que tenía tales garantizadores. «En la discusión de la ley sobre del jurado, Arago invoca la autoridad de Laplace. Se podría — exclamaba — disminuir los errores judiciales en una proporción de 5 por 7... Un diputado que se atrevió á manifestar sus dudas fué increpado por Arago. Cuando éste hablaba en nombre de la ciencia, no permitía que los ignorantes le contradijesen.» El juicioso Cournot propuso un método para calcular el valor profesional de los jueces.

Las consideraciones de Condorcet debían parecer menos paradójales que en otras ocasiones, porque pudieron pasar gracias á un último esfuerzo encaminado á perfeccionar el antiguo derecho, que parecía estar fundado sobre principios matemáti-

cos. Los tribunales llamados á dictar la pena capital en última instancia, debían estar compuestos de siete jueces y condenar por una mayoría de dos votos. Las reglas para la prueba legal tenían cierta cosa que hacía recordar el cálculo. La experiencia demostró en el proceso Calas que los procedimientos de la antigua justicia no ofrecían las garantías que eran de desear. Entonces se habló mucho del jurado inglés, compuesto de doce ciudadanos, entre los que para condenar debía haber completa unanimidad. Es, pues, natural que se plantease la cuestión de saber si no sería posible mejorar mucho la justicia criminal, fijando un número suficiente de jueces ó jurados y exigiéndoles una gran mayoría en sus fallos para poder condenar. Existiendo las ideas que entonces existían sobre la ciencia, era aún muy natural que se pidiese consejo á los matemáticos, ya que no una solución.

Es necesario también tener en cuenta razones de un orden más general. Los sabios del siglo XVIII se colocaban siempre bajo el punto de vista de una oligarquía sabia que gobernase en nombre de la razón. Los maestros han tenido muchas iniciativas, muchas luces y no poca reflexión, pero los agentes son seres pasivos que trabajan á ciegas y operan por rutina. Las faltas que comete esta chusma deben atribuirse á aquellas otras que la han colocado con bastante frecuencia en una actividad maquinal parecida á los fenómenos de azar, y que le han impedido poderse asimilar á los riesgos de las empresas que todo director debe tener en cuenta en sus previsiones. Conduciendo así las cosas de la justicia, es decir, sobre un plano comercial, puede concebirse que sea posible razonar sobre las desgracias contra las cuales se les asegura.

Condorcet compara el error judicial á un nau-

fragio. Importa mucho á la prosperidad del país que esté en constante comunicación con Inglaterra; la opinión pública cree que no pagará demasiado caras las ventajas de este comercio por algunos accidentes, producidos por fuerza mayor en la mayoría de los casos. De la misma manera tampoco pagará muy caras las ventajas de orden producidas por la justicia criminal aceptando la muerte de algunos inocentes. Si se compara el pueblo á un rebaño cuyos accidentes están colocados sobre el mismo plano, será también muy lógico comparar la muerte de un inocente á la de cualquier negociante que pereciese al atravesar el Canal de la Mancha. Esta manera de comprender la justicia ha concluido por sernos un tanto extraña, debido á que nosotros no tenemos la concepción del Estado que tenían nuestros padres. Nuestra razón se rebela con frecuencia contra las decisiones que toma una administración ocupada exclusivamente de la utilidad material. Los hombres del siglo XVIII estaban influidos por el espectáculo que les ofrecía la antigua realeza, y admitían que la razón individual debía inclinarse ante tales decisiones, siempre que éstas se fundasen sobre la ciencia.

Si es fácil comprender cómo nacieron los sofismas relativos al cálculo de las probabilidades, es mucho más fácil comprender cómo han podido sostenerse durante tanto tiempo. Es necesario, en primer lugar, hacer intervenir las ideas que nuestros padres se formaron á propósito de los deberes del sabio para con la ciencia. Con frecuencia principió ésta por razonamientos muy débiles ó completamente falsos, pero jamás desconfió; se buscó atenuar las faltas demasiado evidentes; en más de una ocasión, en fuerza de perseverancia, llegó á

conquistar un dominio importante. La experiencia parecía ser favorable para los audaces; además, toda retirada hubiese sido una traición.

Puede decirse también que toda retirada hubiese sido contraria á los intereses de los sabios, porque habría comprometido su prestigio á los ojos de las *gens du monde*. Estas fueron, hasta mediados del siglo XIX, los auditores cuyos aplausos buscaban los sabios con avidez. Arago fué uno de los últimos grandes sabios que buscaron una alta situación mundana para su notoriedad científica; no hay que sorprenderse, pues, de que fuese uno de los últimos defensores de las teorías equivocadas que Condorcet había transmitido á los geómetras del siglo XIX. Esta situación ilustró aun más cuando se reconcilió con la historia de la famosa hipótesis de la nebulosa; Laplace creyó poder presentar una teoría de la formación del mundo, y los astrónomos, con harta pena, se vieron obligados á rechazarla en absoluto, porque los literatos creían que esta doctrina ocupaba en la ciencia un lugar considerable.

En tanto vencían las ideas enciclopédicas del siglo XVIII, se creía que debía haber alguna ciencia capaz de responder á la ansiedad de los hombres de Estado, que se preguntaban qué resultado darían sus proyectos. Mad. de Stael, como ya hemos visto, tenía en el cálculo de las probabilidades una confianza ciega, muy parecida á la que en sociología tienen muchos de nuestros contemporáneos.

En los dos casos se trataba de evitar, mediante todos los razonamientos que podían darse, la ilusión de ser científicos en lugar de someterse á las sugerencias del instinto de los hombres experimentados. Entre nuestra época y la de Condorcet exis-

tía la enorme diferencia de que la sociología no era cultivada por los verdaderos sabios, pues éstos se dedicaban al estudio de la historia de las instituciones, y que otra clase de sabios creían que estaban obligados á trabajar en el sentido que les indicaban las *gens du monde*. Debe tenerse presente que los sociólogos tendían á deslumbrar á aquellas personas que por su manera de vivir se parecían á los hombres del siglo XVIII.

A medida que los matemáticos se fueron liberando de las trabas que les impuso la antigua oligarquía mundana, les fué siendo posible discutir seriamente las aplicaciones de la ciencia y expulsar todo aquello que no tenía un verdadero valor científico. Esta emancipación de la ciencia era uno de los hechos más importantes—y acaso más curiosos—de cuantos ofrece la historia de la ideología en el siglo XIX, que se produjo cuando la gran industria tomó un impulso extraordinario. La ciencia y la producción se hicieron simultáneamente superiores á los caprichos de la aristocracia, que había visto en la ciencia durante largo tiempo un medio para satisfacer su curiosidad y en la producción otro medio para satisfacer sus lujos.

Entre todas las acusaciones que pueden señalarse contra el espíritu del siglo XVIII, el «escándalo» producido por el cálculo de las probabilidades no es uno de los menos importantes.

CAPÍTULO IV

La audacia del tercer estado

I

Prudencia de Rousseau ante las cuestiones prácticas.—Audacia de Turgot.—Confianza que á los ideólogos inspiraba la revolución americana.

Los historiadores modernos se sorprenden extraordinariamente al ver con qué ligereza abordaban nuestros padres los más temerarios problemas de la reforma social. Antiguamente, como hoy también sucede, no parece que se establecía una gran diferencia entre las transformaciones que remueven todo un orden histórico y aquellas otras que, operándose lentamente y permitiendo las correcciones á medida que éstas van surgiendo de la experiencia, demuestran mejor las ventajas é inconvenientes de cada medida.

En el capítulo siguiente veremos el origen de la opinión, actualmente en boga, que hace referencia á la llamada evolución.

Dice Tocqueville que examinando todas las peticiones que se hacían en 1789, se apercibió «con cierto terror de que lo que se reclamaba era la abolición simultaneada y sistemática de todas las costumbres del país». Esto parecía natural porque no se daban cuenta de los males de una revolución.

«Los que mañana serán víctimas, nada saben; creen que la transformación total y rápida de una sociedad tan complicada como vieja puede operarse sin sacudidas violentas y con sólo la ayuda de la razón. ¡Infelices!»

Esta temeridad parece tanto más extraña cuanto Rousseau, que pasa por el gran teórico de lo absoluto en política, siempre guardó mucha prudencia al hablar de reformas. «Si se examinan —dice Lichtenberger— los consejos que Rousseau daba á los legisladores y las opiniones por él emitidas sobre las diversas constituciones de su tiempo, se notará la extraordinaria moderación que aporta á la práctica, el cuidado que tiene para que sus máximas se adapten á las necesidades de la realidad, y en suma, el poco uso que hace de las teorías muy atrevidas por él propagadas.» Este autor cree que si Rousseau se hubiese ocupado de Francia, habría tratado ante todo de las reformas morales.

Los proyectos que Rousseau formuló para Córcega eran buenos para un país en estado primitivo bajo el punto de vista económico, y que estuviese destinado á vivir fuera de un gran movimiento europeo, incapaz de anexionarse á Francia. Rousseau conocía mucho mejor que sus contemporáneos las costumbres de las poblaciones rurales. Las había observado en Suiza y no creía paradójal transportar estas costumbres á los centros poseedores de una economía atrasada. Hubiese querido asegurar para todas las familias corsas una propiedad suficiente, enaltecer el trabajo rural y hacer del dinero una cosa casi inútil. Por último, concluyó preguntándose á sí mismo si no había formulado una utopía.

Para la Polonia se mostró más reservado si cabe, y Lichtenberger cree ver en esto una prueba

de la diferencia enorme que existe, á los ojos de la gente de aquel tiempo, entre la teoría y la práctica.

Yo creo que Lichtenberger exagera un poco, porque ninguno de los contemporáneos de Rousseau poseía conocimientos tan vastos como él. En una de sus Memorias señala Rousseau los enormes males que acarrearía para Polonia la autonomía inmediata de los servios é indica un plan encaminado á «abrirles una puerta para que adquieran la libertad (1) y otra á los burgueses para que alcancen la nobleza». ¡Cuán lejos estamos nosotros de la obra que tan pronto quieren realizar sus pretendidos discípulos suprimiendo bruscamente la esclavitud en las colonias!

Hubo durante el medio siglo que antecedió á la Revolución un rapidísimo movimiento hacia la temeridad. Este aparece muy claramente en Turgot. Cuando salió de la Sorbona, en la edad en que el individuo está siempre dispuesto á creer que todo es posible, quedó aterrado al ver las dificultades que presenta la legislación en una ciudad civilizada. Lo mismo que Licurgo y que los jesuitas del Paraguay, «muy mediocres, era Guillermo Penn, pero su principal poder residía en su virtud y apenas si encontró dificultades». Solón, «con mucho más espíritu», consigue un éxito superior al de Licurgo «haciendo una obra menos durable, debido

(1) Esto se haría por medio de comités *censores*, como les llamaba Rousseau, encargados de escoger «los campesinos que se hubiesen distinguido por su buena conducta, cultura, costumbres morigeradas, amor á su familia y por los demás *deberes de su estado*». Los propietarios serían, no solamente indemnizados, sino «que sería necesario hacer de manera que en lugar de ser para los amos perjudicial la autonomía del servio, resultase honorable y ventajosa».

á que su nación era más avanzada y más vanidosa. En el estado actual de Europa, los deberes de un legislador y el grado de habilidad que le hace falta ha de ser tal, que consiga intimidar al hombre capaz de discernir, temblar al que nada tiene que temer y exigir un gran esfuerzo y atención sostenidos y continuados que, por su conducta, por sus inclinaciones y por su posición, tienda á que le consagren».

No obstante esto, Turgot espera que el estudio de los principios económicos conducirá á la simplificación de esta ciencia de gobierno y la pondrá al alcance del vulgo. Hasta que Turgot adquirió la experiencia de los negocios y fué ministro, le parecía fácil cambiar radicalmente el espíritu francés en algunos años y por medio de la educación cívica. «En lugar de la corrupción, el egoísmo, la intriga y la envidia que el rey halló por todas partes, encontrará dentro de poco el desinterés, la virtud, el honor y la honradez. Será muy natural ser hombre de bien.»

Este movimiento hacia la temeridad no es distinto del movimiento de ascensión de la oligarquía burguesa, que siente cómo se aproxima la hora de su dictadura. La experiencia diaria nos demuestra con qué rapidez se transforman los hombres políticos cuando están cerca del poder. En un principio entran modestos en el Parlamento, pero ya no dudan de su capacidad universal cuando los periódicos les nombran como ministros probables. El tercer estado, adquiriendo los honores de la aristocracia, adquirió también la suficiencia y trivialidad de las *gens du monde*.

Que esto fué la oligarquía que soñaba la clase burguesa, nos lo demuestra Turgot en la Memoria que sobre los municipios dirigió al rey: «Vuestra

Majestad, siempre dispuesta á admitir y defender la justicia (es decir, los consejos que le daba Turgot), puede conceptuarse como un legislador absoluto con su admirable nación, dispuesta á llevar á cabo sus órdenes.» La dictadura sería ejercida provisionalmente por el rey.

La correspondencia inédita de Condorcet y de Turgot, publicada en 1882 por Ch. Henry, nos proporciona datos curiosos sobre la fatuidad del mundo filosófico. Durante el ministerio de su amigo, Condorcet se improvisó en fiscal superior de todos los trabajos públicos, y trató de ignorante, vanidoso, y hasta creo que de pícaro, al ilustre Perronet (1); se revolvió contra las resistencias que encontraban sus proyectos en el cuerpo de ingenieros; sólo tiene desprecios para Borda, que se ocupa de la física y redacta Memorias de las que nunca se habla; es de una violencia extrema contra Lavoisier porque éste no aprueba su sistema sobre el aforamiento de tonelajes. No debía ser fácil vivir bajo el golpe de esta filosofía. Llegó á preguntarse si el Terror, suprimiendo gran número de literatos y de gentes heridas de ideología, no prestó un buen servicio á Francia. Quizá Napoleón no hubiera podido restaurar tan fácilmente la administración si su régimen no hubiese sido precedido de una gran depuración.

Hemos visto lo que era la ciencia enciclopédica del siglo XVIII; un conjunto de conocimientos expuestos principalmente en los libros de vulgarización y destinados á poner en claro la conducta de los maestros que hacían trabajar á los especialis-

(1) Perronet es el autor del puente de Neuilly, que fué conceptuado durante mucho tiempo como una obra maestra del arte de construcciones civiles.

tas. Es lo que puede llamarse sin vacilaciones una *ciencia burguesa*.

Algunos hechos parecen dar la razón á los protagonistas de este sistema y demostrar que las cosas pueden marchar perfectamente con una tal jerarquía; arriba *gens du monde* que saben hablar de una manera agradable sobre no importa qué asuntos; abajo los hombres que habiendo recibido un aprendizaje muy detallado están destinados á ejecutar las altas concepciones de los maestros.

Tomar las cuestiones de arriba por medio de principios, era el objeto que perseguían nuestros padres. Los principios, siendo vagas habladuras, podían servir de temas á cualquier disertación literaria cuyos autores estuviesen acostumbrados á desenvolver una idea. El prestigio de los principios era tal, que se abordaban cuestiones que escapan á la experiencia diaria. Así, por ejemplo, en las teorías jurídicas se llegó á desdeñar los hechos por completo. «Destutt de Tracy—dice Taine—al querer comentar á Montesquieu descubrió que el gran historiador estaba servilmente atado á la historia y rehacía la obra construyendo la sociedad que debe ser en lugar de observar á la sociedad que es» (1).

Los estudios históricos fueron abandonados casi por completo. Ya al final del siglo XVII, Huet se

(1) Taine.—Esto es tanto más bufo cuanto su comentario fué escrito después de la experiencia de la Revolución. Laboulaye dice que esta es la obra de un discípulo de Condillac y de Condorcet, que sólo creían en la lógica y desdeñaban la historia. «Si Tracy deseaba demostrar que no comprendía una palabra de lo que Montesquieu había querido decir y hacer, ¿lo hubiese tomado de otro modo? (Laboulaye en su edición de Montesquieu.)

lamentaba de que no hubiesen eruditos. Renán tiene la culpa de hacer á Voltaire responsable de esta decadencia. «Voltaire ha hecho más mal á los estudios históricos que una invasión de bárbaros; con su ligera espiritualidad y su facilidad engañadora, ha desalentado á los benedictinos, y si durante cincuenta años la colección de Bouquet se vendió en las tiendas á peso de papel y si la *Historia literaria de Francia* se detuvo por falta de lectores, es culpa suya» (1). ¡De ninguna manera! La culpa fué de toda la burguesía francesa, que no ligaba ningún interés á las cosas que no le distraían ni le servían para ejercer su mando. Hablar de los primeros principios: he aquí lo que le interesaba, creyendo que de ellos tenía necesidad para reformar la legislación.

Cuando el antiguo régimen finalizaba, se produjo un gran hecho histórico que pareció dar la razón á los ideólogos, y he aquí cómo habla Condorcet de la independencia americana: «Se vió por primera vez á un gran pueblo cómo ya rotas todas las cadenas se dió á sí mismo la constitución de leyes que más propias creía para su felicidad.» Las trece Constituciones de los Estados tenían «por base el reconocimiento solemne de los derechos naturales al hombre y por primer objeto la conservación de estos derechos». Se tenía, en fin, un derecho positivo ostensiblemente edificado sobre la base de los primeros principios; pero no todo era perfecto en la obra de los americanos, debido á que sus legisladores no estaban suficientemente penetrados de la alta filosofía de los salones franceses. «Nosotros demostraremos — decía

(1) Renán, *Nuevos estudios sobre la historia religiosa*.

Condorcet—lo que estas Constituciones deben al progreso de las ciencias políticas y lo que los prejuicios de la educación han podido aportar de los antiguos errores; porque, por ejemplo, el sistema del equilibrio de los poderes *todavía altera su simplicidad* (1), debido á que éstos han tenido por principios la identidad de intereses más aún que la igualdad de derechos. Insistiremos sobre esto porque la última parte es un error al que se debe que aun sea perjudicial este punto, del que todavía no se muestran desengañados hasta los hombres más esclarecidos.» Los americanos habían conservado en efecto el sistema censatario, que se funda sobre la hipótesis de una tan estrecha solidaridad entre los hombres, que los intereses de las clases superiores se consideran idénticos á los de la nación. Según Condorcet, «la Constitución de Inglaterra fué hecha por los ricos, la de América por los ciudadanos acomodados y la de Francia deben hacerla todos los hombres».

Francia parecía menos preparada que cualquier otro país para una perfecta aplicación de la ciencia política; era, en efecto, el país «en donde la filosofía tenía más *verdaderas luces*»; «tan por debajo del espíritu público, que ningún orgullo nacional ni ningún prejuicio ligaba al país con sus instituciones antiguas». Las verdaderas luces son aquellas de las gentes letradas que disertan en los salones y se hacen admirar de las damas por sus ideas originales ó atrevidas (2). Para alcanzar este

(1) He aquí un argumento de ideólogo que parece constituir hoy el colmo de la sinrazón.

(2) Geoffroy ha publicado curiosos extractos de la correspondencia de Gustavo III con la condesa de Egmont, hija del mariscal Richelieu y de la condesa de Le Marck, con la condesa de Boufflers. (*Gustavo III y la corte de Francia.*)

resultado no hacían falta conocimientos de jurista, de historiador ó de observador social. Sieyès, hombre de un espíritu muy limitado, obtuvo extraordinaria reputación gracias á su arte ó habilidad para fabricar Constituciones irrealizables, fundadas sobre los principios más abstractos.

Condorcet ensayó este género, y á él se le debe un proyecto de Constitución que presentó á la Convención el 15 y 16 de Abril de 1793. Este proyecto era, según Taine, «la última palabra y la obra maestra de la teoría... Imposible ya hasta dibujar en el papel una mecánica más ingeniosa y más complicada». Algunos meses más tarde, acosado por la dictadura de los jacobinos, intentó nuevamente la necesidad de celebrar las bondades de las hojarascas constitucionales. «Nosotros demostraremos por qué los principios sobre los cuales se han combinado la Constitución y las leyes de Francia son más puros, más precisos y más profundos que aquellos otros que inspiraron á los americanos; cómo se han sustituido los límites de los poderes á este vano equilibrio tanto tiempo admirado; cómo se ha intentado por primera vez que el pueblo conservara su derecho á la soberanía, consistente en no obedecer más leyes que aquellas cuya formación—si fué confiada á sus representantes—esté legitimada por su aprobación inmediata y de las que—si atacan sus derechos ó sus intereses—puedan en toda ocasión obtener la reforma de las mismas por medio de un acto *regular* de su voluntad soberana» (1).

Todas estas damas tienen una fuerza extraordinaria sobre los principios de la alta política. Mme. de Doufflers envió al rey una Memoria que tenía por título: *Efectos del despotismo si éste entronizase en Suecia.*

(1) Condorcet.

He aquí un lindo amontonamiento de ingenuidades (1). ¡Y que todavía sorprenda, después de esto, que todas nuestras revoluciones hayan tocado los límites de la dictadura! Nuestros teóricos no tenían ninguna idea de las condiciones que pueden asegurar la libertad y el derecho; hubiesen podido descubrirlas, admitiendo que la verdad no tiene el bello carácter de simplicidad que se le atribuía en el mundo filosófico. La elaboración de tales constituciones era cosa fácil, y nuestros padres imaginaban que la reforma de la sociedad, debiendo ser una simple aplicación de los principios, muy sencillos y ciertos, sería la culpa de que temiesen á las grandes innovaciones.

II

Vuelta á la Naturaleza.—Importancia del progreso intelectual.
—Potencia transformadora de la educación.

Vamos ahora á examinar algunas consideraciones que llevaron á los hombres del siglo XVIII á creer que un cambio radical en las instituciones era fácil de realizar. En primer lugar, es necesario hablar, aunque sea someramente, de las ideas singulares que se formaron á propósito de la naturaleza del hombre, ideas cuyo origen es, ante todo, religioso.

(1) Jaurés encuentra esto admirable. (*Historia socialista.—La Convención.*) Su admiración por la verborrea de Condorcet es muy natural; las palabras *puro*, *preciso*, *profundo*, que él emplea frecuentemente, le han seducido.

«Los derechos del hombre no están fundados sobre su historia, sino sobre su naturaleza... La más grande de todas las fuerzas es una conciencia pura é inspirada en aquellos á quienes la Providencia hizo entrega de la autoridad.» Esto es lo que decía Turgot al rey, y este lenguaje de un ministro que parece inspirado en Rousseau causa hoy sorpresa (1).

a) Una parte de las tesis de Rousseau sobre la Naturaleza es de esencia bíblica y calvinista; así se concibe que á sus contemporáneos les costase tanto trabajo el comprenderle. Para formarse una acabada idea del discurso un poco paradójal sobre las ciencias y las artes, lo mejor es remitirse á lo que Renán ha escrito sobre los relatos jehovistas del *Génesis*: «El jehovista siente cierta especie de odio hacia la civilización, que él conceptúa como una especie de *caducidad del estado patriarcal*. Cada paso en esto que nosotros llamamos el progreso, es á sus ojos un crimen, seguido inmediatamente de algo punible. Lo punible de la civilización es el trabajo y la división de la humanidad. La tentativa de cultura mundana, profana, monumental y artística de Babel, es el crimen por excelencia. Es un pensador sombrío, á la vez religioso y pesimista, como ciertos filósofos de la nueva escuela alemana, como W. de Hartmann, por ejemplo... Esta concepción de un hombre primitivo, absoluto, ignorante de la muerte, del trabajo y del dolor, sorprende por su osadía.»

Rousseau; en las réplicas á sus detractores, pa-

(1) Turgot.—Ch. Henry señala esta opinión como cosa muy curiosa. Turgot escribía á Condorcet en 1773: «Yo sé que Rousseau se inspira en su buena voluntad en casi todas sus obras.» (Ch. Henry.)

rece considerar la decadencia como definitiva. Al final de una carta dirigida al rey de Polonia se expresa así: «En vano pretendéis destruir las fuentes del mal; en vano quitaréis las causas de la vanidad, de la holganza y del lujo; en vano conduciréis á los hombres á esa primera igualdad conservadora de la inocencia y fuente de toda virtud; sus corazones, una vez gastados, lo estarán para siempre. No hay remedio, á no ser el de una revolución, tan temible como el mal que habia de curar, y que es vituperable desearla é imposible de preverla.»

En toda esta literatura pesimista de Rousseau hay mucho de ficticio. Es muy posible que adoptase el partido de denunciar las artes y las ciencias, porque de esta manera podía colocar la prosopopeya de Fabricio que habia compuesto en el bosque de Vincennes. La idea calvinista del pecado no estaba en manera alguna conforme con el pensamiento profundo de Rousseau. El mismo nos dice que su confesor, el jesuita padre Hemete, que al propio tiempo lo era de Mad. de Warens, calmó en él los terrores que la lectura de las obras jansenistas le habian producido. A Mad. Warens, que tampoco creía gran cosa en el pecado original, la tranquilizó igualmente (1). Es, pues, natural que Rousseau abandonase su filosofía pesimista un día ú otro.

Muchas de las cartas del siglo XVIII fueron

(1) Rousseau, *Confesiones*.—En su tiempo, además, el calvinismo estaba en plena descomposición y los pastores de Ginebra no creían gran cosa. (*Décima carta á Montagne*.) Rousseau ha presentado bajo una forma excelente casi todas las tesis del protestantismo liberal moderno. Las ha extraído, evidentemente, del parecido del pensamiento protestante, que todavía no acertaba á expresarse ó formularse.

escritas por los jesuitas, que sólo conocían de nombre la doctrina jansenista (ó calvinista) del pecado, que rara vez han comprendido las *gens du monde*. Rousseau, para obligar á sus contemporáneos y hacerles aceptar todo lo que de bueno encontraba él en el cristianismo, no tuvo más remedio que adoptar una actitud menos desesperada que la de su primer discurso; parecía que la redención del mundo era posible con sólo la acción del hombre, y el *Emilio* vino á ser el evangelio de la vuelta á la Naturaleza (1).

Esta idea no era una novedad para los contemporáneos de Rousseau. En 1744, el padre Charlevoix observó que valía la pena de hacer comprender á los indios convertidos que no debían dejarse llevar libremente de sus pensamientos, que la Naturaleza está hoy corrompida y no puede tolerarse más libertad que «la ley que nos obliga, nos retiene y nos conduce á nuestra *primera libertad*, mostrándola como un ensueño». En 1751, Turgot escribía á Mad. de Graffigny: «En todos los géneros hemos procurado sofocar el instinto, y el salvaje los sigue sin conocerlos; no tiene bastante espíritu para sus traerse. Sin embargo, la educación es necesaria, pero se apercibe de ello antes de haber podido aprender su arte; se formó reglas sobre falsos prejuicios después que ha consultado á la Naturaleza durante mucho tiempo y adquiere por último el gran inconveniente de contradecirse.»

La historia del arte moderno está fundada, según nuestros padres, en la vuelta á la Naturaleza; esta vuelta ó retorno á la Naturaleza había sido el

(1) La Naturaleza, en el lenguaje de Rousseau, equivale á lo que los teólogos nombran *prenatura*, es decir, el estado del hombre antes del pecado.

gran argumento de Boileau. Turgot insiste sobre esta teoría en su discurso de 1750: los caprichos de la arquitectura gótica no son la obra de verdaderos primitivos (1); en su origen, «la adquisición de conocimientos y la formación del gusto marchan, por así decirlo, al mismo paso»; los hombres se habían apoderado, «guiados por el instinto de la imaginación, de esta relación entre el hombre y los objetos de la Naturaleza, que son los únicos fundamentos de la belleza»; más tarde, durante la Edad Media, las artes usuales hicieron grandes progresos, pero también habían perdido «de vista á la Naturaleza y al sentimiento; era necesario, *en bien de la perfección*, el retorno al punto adonde los primeros hombres habían sido conducidos por un instinto ciego. ¡Y quién sabe si esto *era el supremo esfuerzo de la razón!*»

b) La Iglesia explicaba el origen de los males y errores de las naciones por la impiedad de éstas. Cuando la herejía ganaba terreno, la decadencia intelectual, moral y política era cierta; cuando los reyes se dejaban guiar por sus confesores para encauzar al pueblo por el buen camino, la prosperidad venía como por encanto. Esta singular filosofía de la historia no ha pasado todavía de moda; aun pueden leerse sobre este punto amplias disertaciones en los periódicos religiosos. Los filósofos no tendrán más que cambiar algunas palabras de esta doctrina para explicar los errores y los males del mundo por medio de los obstáculos que la política astuta de los príncipes y de los obispos ha opuesto á la difusión de las luces.

(1) La arquitectura gótica parecía á Turgot de una naturaleza á propósito para demostrar cómo el progreso podía ser independiente del gusto; reconocía el valor técnico de las construcciones de la Edad Media, pero no las admiraba.

Cuando salió de la Sorbona, Turgot se explicaba los errores por causas psicológicas: «la pereza, los caprichos, el espíritu de rutina, todo, en fin, cuanto trae consigo la inacción»; pero no buscaba Turgot el origen de estos defectos del carácter. Los filósofos creían llegar al fondo de las cosas cuando denunciaron á la Iglesia como fuente de todos los males. Taine tiene razón cuando dice que la filosofía del siglo XVIII puede encerrarse en la fórmula «Aplastemos al infame.» En 1774, Condorcet escribía á Turgot: «El coloso está á medio destruir, pero es necesario aplastarlo del todo, pues todavía causa muchos males. La mayor parte de los que nos afligen son obra del monstruo, con el que no hay más remedio que acabar.» Cuando los autores de aquel tiempo hablan de la lucha entablada entre el espíritu y la autoridad, piensan y se refieren casi siempre á la lucha contra la Iglesia.

La admiración, á veces muy singular, que el siglo XVIII manifestó hacia Descartes, no tiene más origen que este; se formó la idea de un Descartes un poco ficticio y dominado por pasiones enciclopedistas. Al final de la octava época, Condorcet celebra la gloria de tres grandes hombres que han libertado el espíritu humano, y son Bacon, Galileo y Descartes (1). A propósito de este último, dice: «El agita los espíritus que la sabiduría de sus rivales no supo hacer despertar; él dice á los hombres que deben sacudir el yugo de la autoridad y no reconocer otros mandatos que aquellos que

(1) Condorcet dice que Descartes ha dado el «método para encontrar y reconocer la verdad». Es una verdadera lástima que la receta se haya perdido. En cuanto á Bacon, opinaba que sus principios «no cambiarían la marcha de la ciencia». Hoy ya todos sabemos que Galileo era el verdadero maestro de la ciencia moderna.

emanen de la razón; se hizo admirar porque subyugaba por su audacia, tan extraordinaria como su entusiasmo.» Esta descripción es de una fantasía algo fuerte, y algunos creerán por ello que su autor ha querido hablar de Diderot y no de Descartes.

No hay nada, hasta las bellas artes, que no sufra esta tiranía. Condorcet estaba persuadido de que sería un gran progreso en las ciencias y en la filosofía la destrucción de «los prejuicios creados por las teorías de la esfera, que sostienen todavía el yugo de una autoridad que las ciencias y la filosofía ya habían destruído» (1).

En la décima época, ya dispuesto á profetizar, Condorcet escribía: «Cuando las *máximas* que tienden á comprimir el resorte de las facultades humanas sean sustituidas por otras que favorezcan la acción y la energía, ¿estará permitido reducir aún lo que queda en el globo de espacios inaccesibles á la luz ó lo que el orgullo del despotismo oponga al triunfo de la verdad, tanto tiempo retenido? Llegará el momento en que el sol no alumbrará en la tierra más que hombres libres, que sólo reconocerán como maestro á su propia razón; en que las tiranías y las esclavitudes, los obispos y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no existirán más que en la historia ó en el escenario de los teatros.»

Ahora comprendemos por qué nuestros padres conceptuaban á las instituciones como responsables de todos los males, y por qué ellos suponían

(1) ¿Qué quiere decir el autor? Como en muchas otras ocasiones, Condorcet es ininteligible. Podría preguntarse si la influencia de los amigos de las luces no ha sido funesta al arte durante el fin del siglo XVIII. Esta influencia contribuyó á arruinar las tradiciones, lanzando al arte por caminos facticios, en vista de la expresión de ciertas fantasías filosóficas.

que era cosa fácil transformarlas; creían que todo el mundo antiguo dependía de la Iglesia. Esta había perdido toda su fuerza y podía esperarse, con una poca de buena voluntad y de energía, una transformación radical en breve tiempo. Después, cuando ya la Iglesia no tenía tanta importancia y se la ha visto levantarse sobre sus ruinas, se comprende la temeridad del siglo XVIII.

c) Fué á la Iglesia á quien los filósofos prestaron sus ideas relativas á la fuerza transformadora de la educación. Los misioneros habían relatado en más de una ocasión los resultados extraordinarios rápidamente obtenidos en los pueblos salvajes. Después de ellos, algunos establecimientos recordaban las comunidades de los tiempos apostólicos; un jesuita compara los burgos del Paraguay á los monasterios en los que se hacía una vida inocente y en donde se practicaba comunión semanal. Condorcet creía que las naciones colocadas hasta aquí fuera del movimiento europeo iban á entrar en él rápidamente; las viejas religiones orientales se derrumban y «ya no amenazarán tener á la razón humana en una esclavitud sin esperanza y en una infancia eterna». Los progresos se harán notar bien pronto, porque los europeos aportarán á estos pueblos el resultado de sus investigaciones, que han sido largas y pesadas (1).

Cuando Turgot fué ministro, propuso al rey un

(1) Condorcet.—El autor no piensa en lo que sucedería si los pueblos orientales tomaran sólo de Europa su civilización material; sus ilusiones han sido conocidas por nuestros contemporáneos hasta éstos últimos tiempos. «Los pueblos civilizados—dice á propósito de la invención de la pólvora—no temen ya la ciega embestida de las naciones bárbaras. Las grandes conquistas y las revoluciones que siguen á éstas se han hecho casi imposibles.»

gran plan de instrucción popular, que era una imitación muy completa de los planes clericales. Hasta ahora nos hemos ocupado de «formar sabios y gentes de espíritu y de gusto», pero ahora es necesario ocuparse de «formar en todas las clases de la sociedad hombres virtuosos y hábiles, almas justas, corazones puros, ciudadanos honrados». En efecto, el primero de los lazos nacionales está constituido por las costumbres, y éstas dependen de la enseñanza dada á los niños «sobre todos los deberes del hombre en la sociedad»; es necesario, pues, suministrar á la infancia «instrucción moral y social». «La educación cívica que hará dar el Consejo de Instrucción; los libros buenos y razonables que hará examinar, obligando á que los enseñen todos los profesores, contribuirán á formar un pueblo instruído y virtuoso. Esos libros y sus enseñanzas sembrarán en el corazón del niño principios de humanidad, de justicia, de bondad, *de amor al Estado*. Estos principios encontrarán aplicación á medida que el niño vaya haciéndose mayor; colocarán al patriotismo á ese alto grado de entusiasmo á que llegaba en las antiguas naciones. Este entusiasmo será sabio y sólido, porque será el portador de una felicidad efectiva» (1).

Este catecismo *laico* y cívico producirá rápidamente sus efectos. «Yo me atrevo á aseguraros —decía Turgot al rey— que dentro de *diez años* vuestra nación quedará totalmente transformada, y que por la cultura, las buenas costumbres y amor á la patria, se pondrá infinitamente por encima de todos los pueblos. Los niños que actualmente tienen diez años serán entonces los hombres *preparados*

(1) Taine, que cita este pasaje del informe de Turgot, debió tener en cuenta que el autor tenía á la vista un catecismo.

para el Estado, amantes de la patria, sometidos, no por el temor, sino por la razón, á la autoridad, amables en sus relaciones con los ciudadanos y fieles guardadores de la justicia, que es el primer fundamento de las naciones.»

La democracia contemporánea ha conservado todas estas opiniones de la oligarquía del tercer estado. Ha concebido la instrucción primaria como un medio de enseñar un catecismo laico, patriótico y burgués; ha creído que podría así reunir más fácilmente á las masas y hacerlas accesibles á todas las empresas de los políticos; pero hoy ya ha renunciado á desarrollar la cómoda ingenuidad crédula y servil. Nuestros padres, que no tenían nuestra experiencia, no podían distinguir entre las cosas que el catecismo *laico* enseña y aquellas otras á las que éste no puede llegar; no sabían tampoco que ese catecismo sólo servía para facilitar la dominación de los charlatanes.

III

Literatura relativa á los salvajes.—Descripciones del padre Charlevoix.—Indiferencia por el estado existente.

La literatura relativa á los salvajes ejerció una influencia extraordinaria en los hombres del siglo XVIII. Puede decirse que la América ha sido descubierta dos veces: primero por los *conquistadores*, famosos por sus rapiñas; después por los misioneros, que revelaron la existencia de una nueva humanidad, llamada, según ellos, á los más altos destinos.

El franciscano Sahagún, que escribió sobre las antigüedades mejicanas un libro muy interesante, esperaba (en 1569) que los indios indemnizaran á la Iglesia de las pérdidas que la herejía de Europa le hacía sufrir (1).

Yo creo que una tal opinión se encuentra en el fondo del pensamiento de la mayor parte de misioneros que, viendo á las poblaciones salvajes más dóciles á las órdenes del clero que lo estaban las poblaciones europeas, les atribuían mayor número de virtudes.

Los misioneros se limitaron generalmente á defender á los indios oprimidos, llegando á sostener que la civilización no había aportado ventajas suficientes para compensar los males soportados por los vencidos (2). El traductor de Sahagún observa que éste se limitó voluntariamente á dar sobre la conquista de Méjico los relatos que había recogido entre los indígenas, «sin disfrazar lo que era hostil á sus compatriotas».

En toda esta literatura se destaca el libro del padre Charlevoix sobre la Nueva Francia. Fué muy leído en el siglo XVIII, y habiendo aparecido en 1744, su influencia ha podido ser extraordinaria sobre Rousseau y Turgot. Me parece tanto más útil llamar la atención sobre esta obra, cuanto Lichtenberger no se sirvió de ella para escribir su *Socialismo del siglo XVIII*.

Hablando de los consejos de los caudillos, dice:

(1) Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*.—Sahagún fué á América ocho años después de la toma de Méjico.

(2) Sahagún dice que los mejicanos fueron perseguidos igual que los judíos, y que han perdido hasta la apariencia de lo que fueron en otro tiempo.

«Es necesario convenir en que se procedía en aquellas asambleas con una sagacidad y una habilidad, mejor se diría con una probidad, que hubiera hecho honor al Areópago de Atenas y al Senado de Roma, en los días más esplendorosos de estas Repúblicas. Esto era debido á que nada se llevaba á efecto con precipitación y á que las grandes pasiones que tan fuertemente han alterado la política, incluso entre los mismos cristianos, no han prevalecido sobre el bien público en estos pueblos salvajes... De ordinario la gloria de la nación y los motivos del honor son los principales móviles de todas sus empresas.» Esto dice Charlevoix, y añade, además, que tratando de embajadas «se hace todo con una dignidad, una atención y una, me atreveré á decir, capacidad, dignas de los más importantes negocios».

Aquí vemos aparecer bien claramente una de las grandes razones que falsea el juicio de los jesuitas al hacer apreciaciones sobre la vida salvaje. Habitados á conceder una gran importancia en sus colegios á los buenos modales, miran el des-
envolvimiento del ceremonial como una prueba de alta sabiduría. En nuestros días ya se ha reconocido que el ceremonial es el producto de mágicas supersticiones, como lo demuestra el hecho de que está más desarrollado en los pueblos que á más bajo nivel de cultura se hallan.

Este pasaje nos hace comprender que la obra es una apología de la vida salvaje, cuyas cualidades serán en un todo opuestas á la vida de refinamientos. Estas consideraciones inducen á pensar que las clases pobres, teniendo una vida menos complicada que la de las clases ricas, estarán pre-dispuestas para ser más virtuosas: esta idea dominó durante todo el final del siglo XVIII.

Yo me remito ahora á los resúmenes que de la vida salvaje ha hecho el padre Charlevoix. «Se observa en ellos—dice—una sociedad exenta de todos los defectos que tan frecuentemente alteran la nuestra... Parece que llevan la vida más miserable que pueda darse en el mundo, y acaso sean ellos los únicos felices sobre la tierra, porque los objetos y las cosas que á nosotros nos atraen y seducen, han despertado en ellos una avidez que la ignorancia retiene en una especie de sopor (1). Nacidos libres é independientes, sienten horror hacia el hombre de poder despótico, pero raramente se apartan de ciertos principios ó costumbres fundadas sobre el buen sentido, que constituyen verdaderas leyes y que suplen en cierto modo á la legítima autoridad.

» Toda contrariedad les solivianta, pero la razón basta para someterles á una especie de subordinación, que no por ser voluntaria aprovecha menos para el fin que se han propuesto» (2). De esta manera, la conciencia es suficiente para dirigir á los salvajes; ¿por qué, pues, no se ensaya á aplicar igual procedimiento á los civilizados?

«Como no son esclavos ni de la ambición ni del interés, ni existen otras pasiones que estas dos que han debilitado en nosotros ese *sentimiento de humanidad que el autor de la Naturaleza grabó en nues-*

(1) El padre Charlevoix reconoce que la afición al aguardiente ha causado muchos desórdenes: «La embriaguez les ha hecho interesados y ha turbado la tranquilidad que disfrutaban en la vida doméstica y en las demás manifestaciones sociales.»

(2) Charlevoix.—El autor olvida la excesiva disolución de las costumbres femeninas que se propagaron de Luisiana hasta los iroqueses. Igual sucedió con la sodomía, tan frecuente en América.

tros corazones, la desigualdad de las condiciones no se hace necesaria para el sostenimiento de la sociedad (1). En este país el hombre se cree igual al hombre, y en el hombre, lo que más estiman es el hombre. Ninguna distinción de nacimiento, ninguna prerrogativa concedida al rango que se establece en perjuicio del derecho de los particulares; *nada de preeminencias concedidas al mérito, porque estimulan el orgullo* y hacen sentir á los otros su inferioridad. Quizá en sus sentimientos no encontremos tanta delicadeza como en los nuestros, pero son menos hipócritas, más rectos y no tienen nada que pueda hacerles aparecer equívocos.»

Una experiencia había llamado mucho la atención del padre Charlevoix: dos jóvenes indianos, á los que se consiguió europeizar, huyeron al bosque al poco tiempo; otro que fué nombrado teniente de las tropas francesas, acabó por volverse á su tribu; los franceses, que han tratado de civilizar á algunos indios, no han podido, pues si alguna vez dejan su tribu, vuelven á ella al poco tiempo. Existe una prueba que demuestra que la miseria de los indios puede ser aliviada mejor que la de los europeos: «La libertad de que gozan es para ellos una gran compensación de las comodidades de que carecen. Las escenas que diariamente nos ofrece la vida de algunos mendigos de profesión y la de muchos aldeanos, nos dan una prueba bien evidente de que se puede ser completamente feliz en medio de la mayor indigencia. Los indigenas, pues, lo son real-

(1) Turgot, en su carta (1751) á Mad. Graffigny, sostiene que la desigualdad es necesaria para asegurar la división del trabajo. El padre Charlevoix felicita á los salvajes porque no conocen lo *mío* y lo *tuyo*, «estas palabras frías, como las llamaba Juan Crisóstomo, que extinguen en nuestro corazón el fuego de la caridad y encienden el del egoísmo».

mente: en primer lugar, porque creen serlo, y en segundo, porque se hallan en posesión de los más preciosos dones de la Naturaleza, que consisten en ignorar y conocer esos falsos bienes que tanto estimamos nosotros, y que á tan caros precios pagamos, sin poder apenas gozar de ellos.»

No es difícil comprender que el padre Charlevoix encuentra en este asunto materia para sus homilias y que su imaginación de predicador superó á su talento (muy corto entonces) de observador.

El siglo XVIII recibió con gran entusiasmo esta doctrina de la compensación. Lichtenberger señala en Bougainville un ejemplo casi paradójal. Describiendo éste á los miserables indígenas de la Tierra del Fuego dice «que no puede deplorar el estado de un hombre libre y dueño de sí mismo, sin deberes y sin negocios, contento de lo que tiene, porque no conoce nada mejor». El navegante imita al misionero; ¿pero es que acaso los observadores de aquel tiempo no han repetido las lecciones?

Yo no creo que por regla general se haya comprendido bien la finalidad de esta literatura. Han llamado sobre todo la atención los copiosos elementos que ha suministrado á los autores que preconizaban las reformas morales. No parece dudoso que Rousseau tomase de ella las ideas sobre el alimento maternal y sobre el amor que debía emplearse en la educación. Es muy probable que las apreciaciones favorables emitidas por los misioneros á propósito de las costumbres salvajes, condujeran á pensar que se podrían modificar ventajosamente las disciplinas sexuales y que se podría producir, en un régimen de mayor libertad en las relaciones

naturales, la frialdad del temperamento de los salvajes, que tanto había llamado la atención de los misioneros.

Es necesario ante todo mirar esta literatura como un elemento que ha provocado cierto sentimiento de indiferencia por la civilización adquirida. La vida salvaje ha dado origen á muchas novelas quiméricas. No es dudoso que estas novelas fueron á menudo más bien efecto de los proyectos de reforma que debidas á las predicaciones dirigidas contra la sociedad. Se sabe que había sido por culpa de las utopías platonianas. De ordinario no se buscan en estas composiciones ideas sobre las reformas á realizar, porque el día en que ellas caigan en manos de una clase ó de una generación, éstas ya no serán las mismas que los autores querían instruir.

Los escritores del siglo XVIII se lanzaron más de una vez á la utopía con verdadero furor, haciendo sus paradojas más incomprensibles para los historiadores modernos. Lichtenberger quería ver en el *Suplemento al viaje de Bougainville* una «fantasía á la que Diderot se dejó encadenar un día de desarreglo filosófico». Este juicio reduce excesivamente la finalidad de una obra tal.

Después de la Revolución, Fourier quería volver á hacer uso de la paradoja contra la civilización. Esperaba que sus contemporáneos llegarían á cansarse del nuevo régimen, como la generación precedente llegó á cansarse del antiguo; pero había falta total de gusto, y su éxito fué bien débil. Sólo le aplaudieron espíritus mediocres, los que querían pasar por originales y las mujeres desequilibradas. No llegó á comprender jamás por qué no le tomaban en serio los enciclopedistas. Esta diferencia no radicaba solamente en la del

talento. Francia había cambiado por completo al pasar por la prueba de la Revolución. Las guerras de la Libertad habían esparcido demasiada gloria sobre el nuevo régimen para que éste pudiese verse amenazado por una literatura cualquiera.

No era la primera vez que se producía esta diferencia, que nacía al comparar el pasado descrito por nuestros padres. Durante los primeros siglos de nuestra era, muchos hombres dejaron de conceder importancia á los intereses políticos y familiares. Se negaban á contribuir á las cargas públicas y recomendaban el celibato. «Demolieron —dice Renán— el imperio romano. Prevalecía la fuerza y concedían los cargos, los del ejército sobre todo, á algunos privilegiados. Al que cumplía sus obligaciones con el Estado se le insultaba en vez de ensalzársele, y se le decía mal ciudadano, cuando en realidad era ciudadano del cielo, porque para él la patria terrestre era una prisión, en la que vivía encadenado con los miserables.»

La admiración de los hombres del Renacimiento por la antigüedad nos parece hoy bien inocente; pero para comprender su actitud es mejor decir que lo que entonces había de esencial era el desprecio por la Edad Media. Puede relacionarse y compararse el amor que el siglo XVI sentía por los griegos con el que en el siglo XVIII se sentía por los salvajes.

En un caso como en otro, la antigua civilización era condenada y apenas si encontró defensores (1).

(1) En 1772, Turgot escribía á Condorcet, diciéndole que estaba sorprendido de las incoherentes paradojas de Raynal, que dice todo cuanto encuentra de raro en los libros que consulta. Condorcet le contestó que tal juicio era excesivamente severo. En París las paradojas de Raynal no sorprendían, pero Turgot vivía en provincias.

IV

Progresos económicos.—Nuevas tendencias de las administraciones.—Crecimiento de la audacia revolucionaria con el progreso material.

Vamos á ocuparnos ahora de un tercer orden de razones que no fueron menos decisivas que las precedentes para engendrar la extrema temeridad del tercer estado en los tiempos próximos á la Revolución. Voy á hablar de razones económicas.

Los comienzos del siglo XVIII habían sido muy malos, pero á partir de la mitad de este siglo hubo una renovación general de la agricultura. En 1772 Turgot escribía á Condorcet, diciéndole que el edicto de 1764 permitiendo el comercio de granos había hecho mucho bien y que los colonos se habían salvado. El progreso no tendía solamente á esta causa esencial, sino más bien á las transformaciones técnicas que entonces se emprendieron. Turgot mismo señalaba el desenvolvimiento de las praderas artificiales. D'Avenel nos demuestra que en 1768 se declaró en el Orne que el trébol estaba sembrado desde hacía veintiséis años y que hasta 1760 no se cultivó en la Mancha esta planta. Los colonos, generosos, elevaban el precio á cada renovación. «Puede calcularse que el producto de todos los derechos de consumos aumentó en dos millones por año. Arturo Young asegura que en 1788 Burdeos hizo más comercio que Liverpool. Luego añade: «En estos últimos tiempos los progresos del co-

mercio han sido más rápidos en Francia que en Inglaterra; este progreso se ha duplicado en diez años.»

Todas las clases de la sociedad no se aprovechaban por igual de estas mejoras, ni parece que el pauperismo sufriese una disminución sensible; pero para nuestro objeto basta con examinar los fenómenos que tuvieron una influencia decisiva sobre el pensamiento del tercer estado. El valor de las tierras laborables puede servir para estudiar el movimiento económico del siglo XVIII, tanto más cuanto el valor sufrió entonces una aceleración extraordinaria.

El precio de las tierras había aumentado durante los tres primeros cuartos del siglo XVII (1); después vino una rápida depreciación; hacia 1725 D'Avenel señala los precios más bajos que se han conocido desde Enrique II.

A partir de 1750, «el alza se acelera con una vivacidad y rapidez no vistas hasta nuestros días. De suerte que, como se ve, fué tal vez durante la segunda mitad del siglo XVIII cuando se produjo el más rápido movimiento ascensional que se conoce en nuestros anales económicos». Raramente fué multiplicado sólo por 2 el precio entre 1700 y 1790; por término medio se triplicó; el autor cita el caso de haber llegado el coeficiente á 4'5. La renta no marchaba tan rápidamente y la tarifa de capitalización oscilaba entre 5 y 3'5 por 100.

Las consecuencias de este estado de cosas fueron extraordinarias. «Nadie en 1780 pretende que Francia está en decadencia; todos, por el contra-

(1) De 1625 á 1650 se paralizó esta prosperidad. En 1641 el embajador de Venecia decía que Francia no podía soportar las cargas que pesaban sobre ella.

rio, creen que no hay límite posible á sus progresos. Fué entonces cuando la doctrina de la perfectibilidad continua é indefinida del hombre tomó nacimiento. Veinte años antes nada se esperaba del porvenir: hoy nada se teme de él. La imaginación, amparándose en esta felicidad próxima, nos hace insensibles á los bienes que ya poseemos y nos lanza hacia las cosas nuevas.» Como siempre, se encuentran ideólogos para continuar pensando después de las condiciones enumeradas; en efecto, la experiencia demuestra que los filósofos, lejos de adelantarse al público y mostrarle el camino, marchan más lentamente que aquél. Según una frase célebre, la filosofía es como el pájaro de Minerva: se levanta de noche. Helvecio fué uno de estos retardatarios. En su libro sobre *El hombre*, escribió: «Mi patria ha sufrido el yugo del despotismo, cuya finalidad es sofocar el pensamiento en los espíritus y la virtud en las almas. Esta nación envilecida es hoy el desprecio de Europa. Ninguna crisis saludable le devolverá la libertad; perecerá por consunción. La conquista sería el solo remedio para sus males.» Estas sombrías predicaciones emocionaron al mundo parisién fuertemente en 1773. Turgot, que veía las cosas desde su provincia, protestó en una carta dirigida á Condorcet de las afirmaciones de Helvecio. Afirmaba que Francia «no había llegado al último grado de opresión y relajamiento», y decía que en el libro de Helvecio sólo ha encontrado «vanidad, espíritu de partido y una cabeza exaltada». Veía con pena que se ensalzase tal obra por espíritu de camarilla.

Arrastrada por la opinión pública, la administración modificó sus procedimientos; en tanto, el intendente se ocupaba únicamente en mantener el orden, en elevar la milicia y en asegurar el cobro

de los impuestos. «El intendente de 1780... tenía otros cuidados. Su cabeza estaba llena de mil proyectos que tendían á aumentar la riqueza pública. Las carreteras, los canales, las manufacturas, el comercio con los principales asuntos que absorben su pensamiento. La agricultura, sobre todo, se miraba preferentemente. Sully se puso en moda entre los administradores. Hay circulares de la intervención general que parecen más encaminadas á los negocios que á los tratados sobre agricultura.»

Después de todos los principios emitidos por los doctores en reforma social, un tal régimen debió ser excelente para consolidar el gobierno. El tercer estado prosperó y la administración realizó para ello toda la obra necesaria. En tanto, «á medida que la prosperidad se desenvolvía en Francia, los espíritus parecían menos estables y más inquietos. El descontento público creció. El odio contra todas las instituciones viejas fué en aumento... La nación marchaba rápidamente á una revolución». «Se creyó discernir—cuarenta años antes de la Revolución—en todos los partidos del cuerpo social una especie de estremecimiento interior que hasta entonces no se había notado... Todos se mueven y se agitan en su condición y hacen esfuerzos para cambiar. La tendencia á mejorar es universal, pero es una busca impaciente y disgustante que hace medir el pasado é imaginar un estado de cosas totalmente opuesto al que tenían ante la vista.»

Esto sorprende á Tocqueville, que parece no haber reflexionado mucho sobre las influencias que la economía ejerce sobre el pensamiento. «El momento más peligroso para un mal gobierno es aquel en que comienza á reformarse.» Se soportaba, sin lamentarlo, un mal que parecía necesario. «Todos los abusos que se han tolerado dejan descubrir lo

que queda y rinde el sentimiento más firme. El mal ha devenido menor, pero la sensibilidad es más viva.»

La razón capital es la que ya hemos mencionado, y que en el mismo pasaje da Tocqueville. «No hay que temer nada del porvenir. La imaginación nos hace insensibles á los bienes que ya poseemos y nos precipita hacia lo desconocido.» Para emplear un lenguaje más técnico, yo diría: la necesidad económica ha desaparecido y se cree llegado el momento de hacer ensayos temerarios, tanto en materia social como en materia tecnológica; que los reformadores é inventores aporten sus proyectos; los hombres políticos y los industriales han de dejarse arrastrar fácilmente, porque saben que los inmensos beneficios que reserva el porvenir muy próximo serán tales, que los errores no tendrán gran importancia.

Puede decirse de una manera general que el espíritu revolucionario gana terreno cada vez que el sentimiento de la necesidad económica se debilita. De aquí arrancan las siguientes aparentes paradojas: Que la legislación social se inspira en la finalidad de calmar los ardores socialistas; que las concesiones hechas por los patronos al final de una huelga constituyen, por regla general, un progreso del sindicalismo revolucionario y que, en una palabra, la *paz social* alimenta casi siempre la *lucha de clases*.

La observación de la sociedad contemporánea nos demuestra que la necesidad económica es muy difícil de entender para las personas letradas, debido á que la enseñanza universitaria parecía destinada á conducir á la utopía á las clases burguesas. A la hora actual, estamos asistiendo á un curioso espectáculo: muchos universitarios se dedi-

can á la tarea de reemplazar el socialismo por la *ciencia social*. Pretenden crear esta ciencia con el objeto de reprimir las necesidades económicas, pero en forma tal, que imaginan una *ciencia* verdaderamente *anticientífica*, que existiría sin los lazos rígidos que ligan las cosas. Esta es una de las pruebas más claras del obstáculo con que luchan los letrados para comprender la economía.

Frecuentemente se pregunta cómo es posible que los judíos ricos sientan tantas simpatías hacia las utopías y se manifiesten socialistas algunas veces. Yo dejo aquí aparte, naturalmente, aquellos que ven en el socialismo un nuevo medio de explotación, pero los hay que son sinceros. Este fenómeno no puede explicarse, por dos razones étnicas: estos hombres viven en continua actividad; se ocupan de literatura, de música y de especulaciones financieras. No les sorprende nada de cuanto es necesario en el mundo. Su temeridad tiene el mismo origen que aquella de los gentilhombres del siglo XVIII.

En algunas ocasiones se ha dado el caso de grandes propietarios opulentos que se han dedicado á componer utopías sociales, pero los que se lanzan á esta clase de literatura son gentes que tienen la cabeza trastornada por novelas económicas y que imaginan los precios con reglas por la voluntad de algunos hombres soñadores de enormes *trusts* cooperativos. Piensan con su imaginación como las gentes del siglo XVIII y tienen, por consiguiente, la superstición de la *voluntad esclarecida*.

Nuestros padres eran muy sensibles á la influencia del relajamiento de las necesidades económicas, á las que no concedían más valor que á las necesidades históricas. Durante el siglo XIX es cuando comenzó á comprenderse el papel de la

tradición. Esto no pudo producirse más que en virtud de los grandes trastornos que marcaron el fin de las guerras napoleónicas. La rapidez vertiginosa, mediante la cual se acelera la marcha del progreso, es de una naturaleza muy á propósito para hacer creer que en adelante todo es posible con sólo que se sigan los instintos de la naturaleza humana.

CAPITULO V

Teorías del progreso

I

Discurso de Turgot.—Diferencias con Bossuet; preocupaciones burguesas.—Formación del progreso en medio del azar.—El progreso material en la Edad Media.

A mediados del siglo XVIII podía creerse que se iba á asistir á una transformación radical del Estado francés. En 1743, d'Argenson conceptuaba inevitable una revolución, y en 1747, después de haber abandonado el ministerio, se preguntaba si no se marchaba rápidamente hacia la República. Las fiestas que se dieron en 1748 con motivo de la toma de Aix-la Chapelle, demostraron hasta qué punto llegaba el descontento general. El pueblo no gritaba ¡viva el rey! Los incesantes conflictos que se promovían á causa de los impuestos que el ministro quería mantener, aun cuando no había guerra, pusieron en desacuerdo al gobierno y al Parlamento. En 1751, d'Argenson creía que la revolución iba á hacerse por aclamación. En 1753, el Parlamento recordó á Luis XV que «los reyes debían obediencia á las leyes y que las revoluciones se preparan cuando éstas son infringidas». Entonces comenzaron á tomar cuerpo las imágenes simbólicas de Justicia, Verdad, Libertad, Ley, que tanto

éxito habían de alcanzar al finalizar el siglo. El primer presidente parecía tomar la actitud del jefe de un Senado que hubiese tenido su poder en la nación y no en el rey. Los parlamentarios desterrados «se dedicaron á estudiar con ardor el derecho público: conferenciaban entre ellos como hubiesen hecho en las academias, y algunos decían que si la nación francesa depositaba un día en ellos su confianza, constituirían un senado».

Rocquain se preguntaba si Francia no hubiese ganado mucho más arreglando las cosas en 1754. «El Parlamento habría tomado sin duda alguna la dirección del movimiento. Bajo el punto de vista político, no puede creerse, como d'Argenson, que se hubiese marchado hacia un gobierno democrático, pues entonces quizá se habría limitado la autoridad del soberano.»

En esta época de revueltas escribía Turgot sus ensayos sobre el progreso. El primero es un discurso pronunciado en la Sorbona en 11 de Diciembre de 1750. Entonces tenía Turgot veintitrés años, y no parece probable que pudiese aportar grandes novedades. Esta arenga académica fué publicada por Dupont de Nemours mucho después de la muerte de Turgot. El joven estudiante ya había reflexionado bastante sobre las cuestiones económicas, y al mismo tiempo que seguía un curso de teología se preparaba para entrar en la magistratura-(1); su cultura era copiosa y variada, haciendo

(1) En 1749, Turgot ya había escrito una Memoria sobre el papel-moneda. En 1751 abandonó la Sorbona, siendo nombrado en 5 de Enero de 1752 sustituto del procurador general; en 30 de Diciembre del mismo año, consejero, y en 28 de Marzo de 1753, jefe de requerimientos. En 1755 se asocia con Quesnay y Gournay, escribiendo artículos para la *Encyclopedie* en 1756.

todo esto suponer que él buscaba la manera de dar una fórmula feliz á las concepciones que dominaban el pensamiento de la burguesía. Su discurso, en consecuencia, debe ser considerado como un testimonio de gran capacidad histórica y como si el autor hubiese tenido la intención de aportar una doctrina personal.

No es necesario separar este pedazo de los tres fragmentos que fueron escritos algún tiempo después, y que estaban destinados á una obra más importante.

Dupont de Nemours nos ha dejado curiosos datos sobre las intenciones de su amigo. «Turgot —dice Dupont—rendía á Bossuet el homenaje que merecían su pensamiento y su fuerza de expresión. Admiraba la manera noble y rápida, abundante y elevada, armoniosa y digna de su estilo. Pero después de haber pagado este tributo al excelente escritor, Turgot se lamentaba de que el *Discurso sobre la Historia Universal* no fuese más rico en voces, en razonamientos, en verdaderos conocimientos... Proponíase recomponer este libro, darle el sentido que él deseaba que tuviese y consignar los principios que el ilustre obispo de Meaux había pasado en silencio, y que no siendo conocidos quizá no hubiesen sido adoptados.»

El primero de los fragmentos se refiere á la formación de los gobiernos y á la mezcla de las naciones; el segundo á los progresos del espíritu humano (como en el discurso de 1750); el tercero á las épocas de progreso y decadencia de las ciencias y de las artes. Este último, que se detiene en Carlo-Magno, fué compuesto en el momento en que Turgot se dió cuenta de que no podía ejecutar sus planes primitivos.

Turgot se proponía, indudablemente, rehacer la obra de Bossuet, reemplazando el dogma teocrático por una teoría del progreso que estuviese en relación con las aspiraciones de la burguesía de su tiempo.

Para el preceptor del Delfín, la cuestión estribaba en mostrar á su alumno la «marcha de la religión», en revelar le los títulos de legitimidad del catolicismo, remontándose para ello hasta los orígenes del mundo, y en hacerle entender cuáles son los deberes de un rey. El soberano debe defender la tradición y emplear la fuerza del Estado contra los infieles: «Que vuestra augusta mansión, la primera en dignidad que hay en el mundo, sea la primera también en defender los derechos de Dios y extender por todo el universo el reino de Jesucristo, que con tanta gloria os hace reinar» (1).

Actualmente, las ciencias y las artes absorben toda la atención de la oligarquía burguesa, para la cual escribía Turgot, y no sin razón concluyó éste por querer limitar su trabajo á sólo esta investigación.

Bossuet concebía la historia como una enseñanza. Al pie de su libro escribió: «Cuando la historia sea inútil á los demás hombres, será necesario enseñarla á los príncipes; que no hay mejor modo de descubrirles lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las conjeturas, los buenos y malos consejos, que darles á conocer la historia, compuesta de los actos de que se ocupan, y que parecen estar hechos para su uso.»

Hay que creer que también Turgot vió en la historia una enseñanza, porque hizo un llamamien-

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia Universal*, segunda parte.

to para que sus contemporáneos fijasen toda su atención en las razones que provocan la ruina de las civilizaciones. Cuando Turgot explica la decadencia romana, el lujo ciego que convierte las obras de arte en signos de opulencia, el deseo de novedades que domina á los hombres que no tienen génio capaz de crear, la imitación de los defectos de los antiguos autores, la multiplicación de escritores en las provincias, la deteriorización de la lengua y la mezcla de la antigua filosofía con las vanas alegorías y con la magia, piensa indudablemente en los errores que pueden comprometer la civilización moderna. A la Edad Media se la conceptúa como un futuro magistrado de la dignidad real; los reyes carecían entonces de autoridad, los nobles no tenían ningún freno, los pueblos eran esclavos; las campiñas eran devastadas frecuentemente; el comercio podía conceptuarse como nulo; los artistas no tenían ninguna emulación; la aristocracia estaba ociosa; la ignorancia era general. El autor nota que el progreso comenzó á manifestarse en las villas, que son «en todos los pueblos civilizados el centro del comercio y de las fuerzas de la sociedad»; es la burguesía la que conduce el porvenir del mundo.

Al final del *Discurso sobre la historia universal*, Bossuet expone su teoría de esta manera: «Este largo encadenamiento de causas particulares que hicieron y deshicieron los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Dios dispone desde los cielos de los reinos de todos los reyes; en su mano están todos los corazones; retenga las pasiones ó deje que se desborden, El remueve todo el género humano y prepara los efectos de las más remotas causas y hiere con los golpes que nadie puede detener.» De esta manera toda la

historia será filosófica; no hay más que considerar los actos de los reyes y de sus ministros; pero Bossuet sabía era necesario explicar también estos actos bajo un aspecto que no fuese puramente individual. Bossuet hacía intervenir una psicología sobrenatural, una voluntad divina que opera fuera de todas las previsiones humanas. «Todos los que gobiernan se sienten sujetos á una fuerza mayor. Ellos piensan poco más ó menos lo que son, y sus consejos no han dejado jamás de tener efectos imprevistos. Ni ellos son maestros de disposiciones á los que los siglos pasados hicieron intervenir en los asuntos, ni pueden prever el rumbo que tomará el porvenir, muy lejos de poder ser forzado. Sólo Dios lo tiene todo en su mano; sólo Dios sabe el nombre del que es y del que será; sólo Dios preside todos los tiempos y previene todos los consejos.» En definitiva, que la historia es un misterio impenetrable para el hombre.

Turgot nos conduce á otro terreno. He aquí cómo se representa la tarea á realizar. «Descubrir—dice Turgot—la influencia de las causas generales y necesarias, las acciones de los grandes hombres y la relación de todo esto con la misma constitución del hombre; mostrar los resortes y la mecánica de las causas morales y sus efectos: he aquí lo que es la historia á los ojos de la filosofía.» Nosotros no encontramos en nada de esto la intervención divina necesaria para completar las voluntades de los príncipes, y no lo encontramos quizá porque el problema está planteado bajo una forma inversa á la que Bossuet había adoptado.

Escribiendo para un príncipe de derecho divino, Bossuet no veía nada verdaderamente importante en el mundo más que las decisiones del rey y las resoluciones de Dios; escribiendo para una cla-

se que ha suministrado muchos auxiliares á los gobiernos, pero que jamás ha gobernado, Turgot mira como accidentes todo lo que se produce fuera del tercer estado, todo lo que éste ha *soportado pasivamente*; la verdadera historia es aquella en que el *principio activo* está en su clase. «Los imperios se levantan y derrumban; las leyes y las formas de gobierno se suceden unas á otras; las artes y las ciencias se descubren y perfeccionan. Unas después de otras; retardadas ó aceleradas en su progreso, pasan de clima á clima. El interés, la ambición, la gloria cambian constantemente la faz de las cosas, inundan la tierra de sangre, y en medio de sus estragos, las costumbres se dulcifican, el espíritu humano se ilumina, las naciones aisladas se aproximan unas á otras; el comercio y la política reúnen todas las partes del globo y la masa total del género humano, por alternativas de calma y agitaciones, de males y dichas, marcha siempre, aunque con paso lento, hacia una perfección más grande.»

Así, los grandes acontecimientos con los que Bossuet quería entretener al Delfin, habiáanse originado de los accidentes en medio de los cuales el tercer estado perseguía su obra impersonal, que era obra que sólo merecía llamar la atención del filósofo. Pasamos de la historia política á la historia de la cultura; pero ¿por qué medio mecánico se opera este movimiento? Aquí todavía vamos á encontrar á Turgot adoptando un partido completamente opuesto al de Bossuet.

Dentro del sistema providencial no puede haber lugar para el azar. «No hablemos más del azar ni de la fortuna—dice Bossuet—, ó si hablamos, hagámoslo como de un nombre con el cual cubrimos

nuestra ignorancia. Lo que se llama azar relativamente á nuestros consejos inciertos es un deseo concertado en una determinación más alta, es decir, en un consejo eterno que encierra todas las causas y todos los efectos en un mismo orden. De esta forma todo concurre al mismo fin, debido á la falta de entender todo lo que de casual é irregular encontramos en los choques particulares.»

Cuando se propone razonar más sobre el «consejo eterno», que no es accesible á los historiadores, se encuentra que el azar es la gran ley de la historia, la condición misma de la regularidad que permite el estudio filosófico. Existen compensaciones entre las fuerzas creadas por los actos de los príncipes, pero en el tercer estado se encuentran fuerzas que se desenvuelven en un sentido constante y producen una obra definitiva por medio de aproximaciones sucesivas. «En medio de esta variada combinación de acontecimientos, tan pronto favorables como adversos, la acción opuesta, á la larga, debe destruirse entre sí, porque el genio de la Naturaleza, repartido entre algunos hombres, responde en la masa total á las distancias iguales poco menos, y obrando sin cesar, sus efectos se hacen muy sensibles.

Siempre inquieta, incapaz de encontrar el reposo fuera de la verdad; siempre excitada por la imagen de esta verdad que constantemente cree encontrar y que huye ante ella, los hombres multiplican las cuestiones y las disputas les obligan á analizar de una manera más exacta y más profunda las ideas y los hechos. Así, en fuerza de *andar á ciegas*, de multiplicar los sistemas, *de agotar, por así decirlo, los errores*, se ha llegado al conocimiento de un mayor número de verdades.» La filo-

socia contemporánea nada tendrá que cambiar en esta exposición del génesis de la ciencia.

Los ensayos de Turgot me parecen muy superiores al *Cuadro histórico* en el que Condorcet trataba de desarrollar la misma cuestión que su amigo. Fué muy feliz para Condorcet el tenerse que limitar, obligado por las circunstancias, á trazar un simple esquema de los progresos del espíritu humano, porque había anunciado tantas cosas, que le hubiese sido imposible cumplir tan gran número de promesas. Su libro, escrito cuando ya la Revolución había triunfado, es, ante todo, un himno al nuevo régimen, una protesta contra las supersticiones.

Turgot se muestra más moderno que su sucesor, no sólo porque juzga el pasado con mayor serenidad, sino también porque tiene un sentimiento más exacto de la importancia de los fenómenos económicos. Esto es tan curioso, que no estará de más nos detengamos un poco sobre este punto.

Según Turgot, la invasión de los bárbaros no pudo hacer desaparecer por completo las artes usuales que la antigüedad había practicado, ya que diariamente eran necesarios sus productos. Durante la Edad Media se realizaron muchas perfecciones en las artes mecánicas, en el comercio y en algunas manifestaciones de la vida civil. «Los hechos se producían á la sombra de aquellos tiempos de ignorancia, y el progreso de las ciencias, que no por estar oculto era menos real, debía aparecer más tarde acrecentado con nuevos descubrimientos.» Después del Renacimiento, el espíritu, así preparado, se hizo más atento, más observador, y aprovechó las más insignificantes y pequeñas casualidades para realizar descubrimientos.

Condorcet también alude á los cambios que se produjeron en la Edad Media, pero no parece que les asigne el lugar que les corresponde. Habla de la seda, del papel, del imán, de la pólvora, de la escolástica y de la poesía italiana (1). Hacia el final de la época novena, parece querer invertir el orden natural de las cosas y fundar los progresos recientes de las artes usuales sobre viejas adquisiciones de la ciencia pura. Aquí se encuentra la siguiente frase, con tanta frecuencia citada: «El marinero, al que una exacta observación de la longitud preserva del naufragio, debe la vida á una teoría que, por una serie de verdades eslabonadas entre sí, se remonta á los descubrimientos hechos en la escuela de Platón, ocultos durante 20 siglos en la más completa inutilidad.» Tal vez pueda creerse que quería hacer la contra á Turgot.

He aquí un pensamiento sobre el que llamo la atención del lector: «Las artes no son más que el uso de la Naturaleza, y *la práctica de las artes es una serie de experiencias físicas* que se van descubriendo más y más.» No creo que pueda explicarse con mayor claridad la influencia de las artes usuales sobre la ciencia. •

Para terminar, señalaré una observación relativa á la imprenta, relación que ya se encuentra en el discurso de 1750, y que está más ampliamente desarrollada en uno de los ensayos inéditos.

(1) Condorcet parece que buscaba disminuir la importancia de estos progresos, alegando que todos ellos fueron importados: «Las artes mecánicas comenzaron á aproximarse á la perfección que habían conservado en Asia.» Mucha es la importancia de estas importaciones, pero por sí solas no pueden explicar todo el progreso de la Edad Media: la metalúrgica parece que se transformó en Alemania, el arte gótico nació en Francia, etc.

«Se comenzó—dice Turgot en este fragmento—por hacer libros técnicos para la instrucción de los artesanos. Estos libros fueron leídos por los literatos, que encontraron en ellos muchas curiosas maniobras que desconocían y estaban llenas de interés para la física. Esto fué como un mundo nuevo en el que todo excitase la curiosidad. De aquí nació el gusto por la física experimental, de donde jamás podían esperarse grandes progresos sin el auxilio de las invenciones y de los procedimientos mecánicos.» Turgot, al escribir esto, quizá quisiese llevar á su justo lugar las pretensiones de los iniciadores de la *Enciclopedia*, cuyos prospectos aparecieron en 1750. Turgot sabía que los resultados que podían esperarse de una descripción de las artes usuales estaban ya adquiridos. No parece, pues, que la *Enciclopedia* haya hecho ningún progreso nuevo en las artes ó en las ciencias.

II

Defensa del nuevo orden por Mad. Stael.—Nuevos principios de crítica literaria.—Fusión de las civilizaciones.—El cristianismo.—La violencia.

He aquí que al comenzar el siglo XIX aparece el famoso libro de Mad. Stael sobre «las relaciones de la literatura con las instituciones sociales». En este libro se afirma, con mucho más estrépito que en el de Condorcet, la doctrina del progreso. En el momento en que ella escribía, las ideas de los filósofos eran fuertemente atacadas en Francia, porque la Revolución no temía sus promesas. El ideal hu-

manitario, que tanto encantaba á sus promovedores, habia reemplazado á las luchas sangrientas de bandería. Cuando se esperaba ver á todos los hombres fraternizar, gracias á una cultura superior, se comprobó una gran decadencia intelectual, y después de tanto haber declamado sobre el reino de la virtud, se cayó en la vergüenza del Directorio. Se comprenderá, pues, que muchas personas estuviesen dispuestas á sostener que «las luces intelectuales y todo cuanto de ellas se deriva, la elocuencia, la libertad política, la independencia de las opiniones religiosas, etc., turbaban el reposo y la felicidad de la especie humana».

En tanto era muy difícil creer que Francia hubiese adquirido en la guerra por la libertad tanta gloria. Es muy verosímil que la fuerza cortase la cuestión en el sentido del régimen moderno y que todos los lamentos de los realistas fuesen en adelante completamente inútiles, pero entonces Francia perdería su vieja soberanía de la elegancia y de la alegría. «Nadie contesta—dice Mad. Stael—cuando se dice que la literatura perdió muchísimo después que el Terror se apoderó de los hombres, de los caracteres, de los sentimientos y de las ideas.» No parecía verosímil que se pudiese ver renacer la antigua literatura, porque había dependido demasiado de las costumbres de una aristocracia definitivamente desaparecida, por no quererse someter á otras costumbres radicalmente diferentes. ¿Cómo conciliar el progreso con una tal comprobación?

Mad. Stael se encuentra en una situación análoga á la de Perrault. Ella quería demostrar la superioridad de su tiempo por medio de consideraciones de orden literario. Los hombres de los siglos XVII y XVIII llegaron á creer que, en efec-

to, la grandeza y decadencia de los pueblos se medían con arreglo á los gustos que informaban las principales obras. La Edad Media les causaba horror porque, á sus ojos, carecía por completo de gustos. Chateaubriand trató de convertir al catolicismo á sus contemporáneos, estableciendo comparaciones entre los autores paganos y los autores cristianos y demostrando la superioridad de éstos.

El nuevo régimen no podía oponer todavía grandes hombres á los autores de los tiempos monárquicos. Mad. Stael no procedió por medio de paralelos, como Perrault y Chateaubriand. Ella buscó demostrar que la literatura podía encontrar en las nuevas condiciones causas de renovación, y que el teatro, la filosofía y la elocuencia estaban llamadas á un renacimiento imprevisto (1).

«Los nuevos progresos literarios y filosóficos que yo me propongo indicar, continuarán el desenvolvimiento del sistema de perfectibilidad trazado después de los griegos.» Si Mad. Stael quería convencer á sus contemporáneos, justificaba la Revolución. Ella no estaba condenada á colocarse dentro de la escuela del siglo XVII ni á ser juzgada por comparación con el tiempo de Luis XIV. Podía

(1) Las apreciaciones y consejos de Mad. Stael no siempre son felices. Ella escribía que las burlas contra los abusos perderían su importancia «si la Constitución de Francia es libre y sus instituciones son filosóficas»; las burlas, entonces, resultarán inútiles y carecerán de interés. *Cándida* es un libro nocivo en una República, porque Voltaire se burla de los «intereses más nobles de la vida». La comedia deberá atacar, en primer lugar, «á los vicios del alma que perjudican al bien general», y sobre todo, á «aquellos que originan la privación general», porque «el espíritu republicano exige virtudes positivas». La seducción debe ser ridiculizada en la escena.

Debe notarse una vez más cuán poco la historia se somete á los decretos de los ideólogos.

haber abierto una nueva era, produciendo obras maestras que hubiesen podido ser apreciadas por sus mismos contemporáneos, ó por mejor decir, en relación á las nuevas condiciones históricas.

Para hacer más fácil su apología, Mad. Stael combatía los prejuicios que habían informado toda la crítica anterior. Condorcet declaró que «las reglas del gusto tienen la misma generalidad, la misma constancia, pero son susceptibles de las mismas modificaciones que las *otras leyes* del universo, morales ó físicas, cuando es necesario aplicarlas á la práctica inmediata de un arte usual». Brunétière observa muy acertadamente que en nuestro autor «disminuye la parte de lo absoluto y aumenta la de lo relativo», llegando así «á dudar de las reglas de la antigua crítica, por fundadas que estén sobre una experiencia literaria cuya insuficiencia aparece bruscamente ante los ojos de los lectores». No ve, sin embargo, que esta nueva concepción de la crítica está motivada por el plan apologético de Mad. de Stael.

Si ésta pone muy de relieve los caracteres exclusivamente ingleses de Shakespeare y los alemanes de Goethe, no es porque ella quiera emplear el método comparativo, sino porque ha de probar la posibilidad de una literatura puramente republicana, exenta de las reglas de la vieja literatura clásica. El método comparativo se reduce en ella á causa de las conveniencias de su polémica. El autor afirma tanto más la independencia que existe entre la literatura extranjera y el antiguo gusto clásico, cuanto no hay ejemplos franceses para probar que Francia podría ver nacer la nueva literatura que Stael profetiza, y que no se parecerá á la del antiguo régimen.

La sociedad nacida de la Revolución buscaba siempre la manera de herir las ideas del siglo XVIII. La antigua reputación de la cortesía y educación francesas estaba muy maltratada. «Hemos visto durante el curso de diez años—dice Mad. Stael—cómo los hombres ignorantes gobernaban á los sabios. La arrogancia de los primeros, la vulgaridad de sus formas, indignaba más aún que su pobreza de espíritu.» «Después de la Revolución, una vulgaridad repulsiva en las maneras se encontraba frecuentemente reunida en el ejercicio de una autoridad cualquiera.» «Esta revolución pudo á la larga esclarecer á un gran número de hombres; pero durante muchos años, la vulgaridad en el lenguaje, en las maneras, en las opiniones, hicieron retrasar mucho el buen gusto y la razón.»

Una parte muy notable del libro podría ser considerada como un llamamiento al civismo, y aquí nosotros debemos relacionar estas ideas que expresa Mad. Stael con los esfuerzos que debía hacer el emperador para conseguir de la nueva sociedad que se doblegase á los ceremoniales, imitados de la antigua corte. «¡De qué manera—dice Mad. Stael—el mal gusto empuja hasta la grosería, no impidiendo que en ella caigan la gloria literaria, la moral, la libertad y todo cuanto de más noble y elevado existe en las relaciones entre los hombres!... Se permiten bromas sobre sus propias bajezas, sobre sus propios vicios, que parecen complacerse en mostrarlos impúdicamente, y en todo ello se inicia á almas tímidas á las que repugna todo este envilecimiento alegre.» «La urbanidad de las costumbres es un medio muy eficaz para llegar» á la reconciliación de los partidos.

Esto conducía naturalmente á comparar la Revolución y la caída del mundo antiguo. Los nobles,

tan debilitados como los antiguos romanos, fueron despojados por un populacho grosero, «cuya educación está varios siglos atrasada en relación á la de los que habían sido vencidos». Las invasiones de los bárbaros contituyeron una gran dificultad para las teorías del progreso. Turgot hacía observar «que esta aparente destrucción ha sembrado en gran número de naciones los gérmenes de aquellas ciencias que ya se creían perdidas». Mad. Stael va mucho más lejos, porque distinguiendo el perfeccionamiento de la especie y el progreso espiritual, pretende demostrar que los tiempos de la Edad Media han sido favorables á este último progreso.

La mezcla de las razas y del cristianismo han producido este feliz resultado. Mad. Stael parece desligada por completo de las pasiones de los filósofos sobre religión. Esto no sólo tiene la influencia de Rousseau, sino también las obligaciones que le impone su apología del tiempo presente. Ella esperaba que la mezcla de las clases producirá un efecto análogo al producido por el de las razas, y no desespera de ver cualquier doctrina nueva jugar un papel análogo al del cristianismo.

«Felices—dice Mad. Stael—si nosotros encontramos, como en la época de la invasión de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo virtuoso, una legislación fuerte y justa, como lo ha sido el cristianismo, la opinión en la cual vencedores y vencidos podían reunirse.» Napoleón pensó que era completamente inútil ir á buscar muy lejos un tal sistema filosófico y que podía pasarse con el catolicismo imponiéndole un espíritu de tolerancia.

Condorcet no habría creído, si se lo hubiesen dicho, que poco tiempo después de él había de escribirse que «las meditaciones religiosas del cris-

tianismo han desenvuelto las facultades del espíritu para las ciencias, la metafísica y la moral». Madame Stael afirmaba que el espíritu no podría someterse á los estudios abstractos si antes no se le conducía á ocuparse de sutilidades teológicas por pasión religiosa. El Renacimiento demostró el inmenso progreso que se había realizado. «Bacón, Maquiavelo, Montaigne, Galileo, casi contemporáneos los cuatro, aunque de países diferentes, surgen bruscamente de esta época oscura y se muestran muchos siglos antes de los últimos escritores de la antigua literatura, y sobre todo de los filósofos de la antigüedad.»

Las necesidades de su apología conducían á Mad. Stael á presentar una defensa de la violencia. No podía abordar francamente la cuestión misma de la Revolución, pero tomó el pretexto de las acusaciones lanzadas por los filósofos contra el fanatismo religioso para demostrar el papel importantísimo que las pasiones pueden jugar en la historia.

Creo útil presentar aquí un importante extracto de su alegato (á pesar de que la doctrina es bastante insuficiente), porque es curioso observar en él de qué manera las condiciones históricas influían en el pensamiento de los ideólogos.

«Aunque las pasiones fuertes arrastran hacia crímenes que la diferencia no hubiese jamás cometido, existen circunstancias en la historia en las que estas pasiones son necesarias para hacer funcionar los resortes de la sociedad. La razón, con la ayuda de los siglos, se ampara en algunos efectos de estos grandes movimientos; pero existen ideas que sin las pasiones hubiesen permanecido ocultas. Son necesarias sacudidas violentas para conducir al espíritu humano hasta objetos y conocimientos

enteramente nuevos. Los temblores de tierra y el fuego subterráneo dejan ver al hombre las riquezas que el tiempo solo no bastaba para descubrir.»

Es muy extraño que al llegar aquí Mad. Stael abandone el terreno del racionalismo. Sus contemporáneos admitían fácilmente que la filosofía puede verse obligada á emplear lo contrario (bastante brutal en ocasiones) para hacer triunfar la situación que ella ha reconocido; pero nuestra autora proclama una *misión de creación propia de la violencia*. Sin duda ella no se despega todavía de la concepción del derecho natural; la violencia es á sus ojos una forma de encontrar este derecho que ha permanecido oculto á los esfuerzos de la razón, pero su tesis no es por eso menos original.

Es muy probable que escribiendo estas líneas, Mad. Stael pensase ante todo en las luchas de la Reforma. Antes y después de ella, los escritores protestantes han lamentado las circunstancias atenuantes de los jefes de la Reforma y buscaban la manera de atenuar las violencias del siglo XVI. Mad. Stael, obligada por las necesidades de su polémica, se mostraba mucho más perspicaz que generalmente lo son los historiadores religiosos; el presente le daba una clara inteligencia del pasado.

Todas las tesis nuevas de este libro se encontraban con que habían sido dominadas por las condiciones históricas, y este es un hecho interesante á revelar bajo el punto de vista marxista.

III

Nacimiento de la idea de la evolución á consecuencia de las guerras por la independencia de las naciones.—La formación histórica del derecho y la conciencia jurídica.—La evolución es lo contrario del progreso.

Al llegar á este punto se hace indispensable interrumpir el curso de la historia de la idea del progreso para hablar de una doctrina que, aunque en contradicción con la del progreso, ha tenido sobre ella una gran influencia. Me refiero á la doctrina de la evolución, relacionada con las guerras de la independencia de las naciones.

Con harta frecuencia se relacionan estas guerras con las que sostuvieron los ejércitos revolucionarios, cuando en realidad corresponden á un movimiento ideológico totalmente opuesto. Dondequiera que penetraron las armas francesas, donde se trataba de imitar á Francia, donde se quería suprimir las antiguas instituciones y de crear otras, se seguían principios de acuerdo con el derecho natural. Llegó un día, sin embargo, en el que los pueblos se rebelaron contra este sistema de perfeccionamiento, y rechazaron, con las armas en la mano, la felicidad que se les aportaba. «La idea de las nacionalidades—dice Renán—, que ocupadas únicamente de su filosofía general nada ofrecen de particular en el siglo XVIII, y cuyas conquistas al principio de este siglo eran una completa negación, data de la rebelión que produjeron las tendencias unitarias de la Revolución y del impe-

rio en los pueblos concededores de su conciencia por el yugo de los pueblos extranjeros.

En adelante se opondrá al progreso la evolución; á la creación, la tradición; á la razón universal, la necesidad histórica. Esto no quiere decir, como han sostenido los admiradores del siglo XVIII, que los defensores de las nuevas ideas pretendan inmovilizar el mundo. Nada de eso. Lo que sí quieren es demostrar que hay en todos los cambios una *ley histórica local* que es digna de los mayores respetos. La primera gran manifestación de la nueva teoría fué la de Savigny, referente al derecho.

Mucho tiempo después los hombres de Estado se propusieron regularizar la actividad de los tribunales redactando pomposas ordenanzas. Napoleón creyó que su Código civil le valdría más gloria que la conquistada en sus grandes batallas. Parecía natural que Alemania, entregada á sí misma, afirmase la conciencia que había adquirido de su fuerza y de su unidad y diese un sistema de derecho. Savigny combatió esta opinión en 1814 y fundó la escuela histórica.

Esta escuela tenía por misión refutar á los que, poniendo en duda la sabiduría infinita de los legisladores modernos, consideraban que el derecho debía ser ante todo la expresión de una voluntad esclarecida por la filosofía. Savigny y sus discípulos se opusieron á la doctrina de la creación racionalista del derecho. Otra doctrina de la creación espontánea: la conciencia jurídica del pueblo reemplaza á la razón universal. No creo que sea inútil citar aquí el siguiente célebre pasaje de la *Profession de foi du vicaire savoyard*: «La conciencia es la voz del alma... La conciencia no nos engaña jamás; ella es la verdadera guía del hombre; ella es para el alma lo que el instinto para el

cuerpo.» Y Rousseau añade: «La filosofía moderna, que sólo admite lo que explica, no se ha guardado de admitir esta obscura facultad llamada *instinto*, que parece guiar, sin conocimiento adquirido, á los animales hacia un fin determinado. El instinto, según uno de nuestros más sabios filósofos, no es más que un hábito privado de reflexión, pero que se reflexiona.» La conciencia jurídica del pueblo es también un instinto seguro; es «para sí misma el derecho».

Los discípulos de Savigny imaginaban que el origen del derecho se había formado por sí solo, por costumbre. Más tarde apareció la legislación, que ha realizado una acción bienhechora asegurando el derecho de transformación más rápida y más seguramente que pudiesen haberlo hecho «las fuerzas invisibles que crearon el derecho primitivo»; se consiguió esto gracias á la intervención de los trabajos de los jurisconsultos.

Nosotros tenemos así un movimiento regular hacia las formas más y más intelectualizadas de la actividad humana. Es esto el espíritu del pueblo, que siempre se manifiesta, aunque de una manera más ó menos directa y de forma y manera que nosotros, elevándonos sobre esta escalera, tenemos cierta ventaja creyendo que las soluciones arbitrarias ó las importaciones ideológicas extranjeras vienen á turbar el producto verdaderamente nacional. El derecho consuetudinario presentará, pues, una superioridad cierta, siendo la expresión del instinto jurídico. También se ha reprochado á Savigny y á Puchta el profesar «por este modo de formar del derecho una verdadera idolatría». Ambos conceptuaban como un grave atentado contra el derecho toda medida legislativa «que limita arbitrariamente los efectos necesarios de la costum-

bre»; éste debe poder modificar siempre la ley ó revocarla por desuetud.

Se han hecho á esta doctrina graves y numerosas objeciones, sobre las que creemos necesario decir algunas palabras.

Muchas personas creen que el derecho ha podido formarse, según las ideas de Savigny y de Puchta, sólo durante los tiempos primitivos, entonces que las distinciones entre las reglas del derecho y la relación entre los principios religiosos y morales no existían todavía. Ihering se pregunta, por el contrario, si el derecho primitivo no era consuetudinario. Yo creo que la formación espontánea del derecho se manifiesta, ante todo, en el dominio comercial, y todavía hoy podemos observarlo. Este derecho depende mucho más de los acuerdos de las costumbres que resultan de los que existen entre particulares, que de las leyes y teorías. Y si se admite este papel del comercio, será necesario admitir también que el derecho consuetudinario se ha superpuesto, en una época de reflexión, á alguna cosa más antigua, porque es muy difícil no observar todo aquello que afecta al comercio y que no pertenece á un periodo reflexivo de la actividad humana.

Cuando se observa el conjunto que ofrece una larga época, puede considerarse que cada pueblo produce el derecho que le hace falta. «Vistos desde lejos los actos del legislador, no parecen otra cosa que un accidente. Pero si se miran de cerca, ya parecen otra cosa. Cuando se considera el derecho positivo en un momento dado de la historia, se descubren reglas que no concuerdan en absoluto con el espíritu de la nación.»

Pero es, sobre todo, estudiando los cambios ac-

tuales y viendo razonar sobre lo porvenir como se distingue que la doctrina histórica es poco satisfactoria, pues todos los esfuerzos intentados para adaptarla á estos problemas han resultado inútiles. «Los fundadores de la escuela han dejado el derecho futuro fuera de sus especulaciones.» No creo que se pueda explicar esta actitud diciendo con Tanón que «sus disposiciones personales, muy conservadoras, les obligaban á considerar preferentemente en la evolución la fase que encierra el derecho presente y el del pasado».

Es necesario decir que toda investigación sobre el porvenir es imposible siguiendo la doctrina histórica, á menos que se caiga en el absurdo consistente en querer calcular el porvenir con las pretendidas tendencias del pasado.

Ihering, muy preocupado con los problemas actuales, ha formulado sobre la escuela de Savigny y Puchta un juicio que, aunque severo, es perfectamente justo bajo su punto de vista. «Esta doctrina—dice—tiene el mérito de limitar toda cuestión sobre la razón de las cosas. Su respuesta es siempre la misma: alma popular, sentimiento jurídico nacional, el pueblo considera las cosas de esta ó de la otra forma... y ya está dicho todo... La teoría de la emanación es una dulce almohada sobre la cual la ciencia se duerme. Retirémosla, pues, para que ésta se despierte.»

Es necesario explicar aquí una distinción, que yo ya he hecho en otra parte, sobre las dos maneras de concebir la historia: puede mirarse hacia el porvenir y observar los gérmenes de desenvolvimiento á los que se repitan como encargados de suministrar una explicación completa de los acontecimientos que se van desarrollando; entonces se ocupa de la *creación*: se puede, por el contrario,

mirar hacia el pasado, y entonces se busca cómo se presentan las *adaptaciones*; esta es la doctrina de la evolución. Savigny ha cambiado el espíritu de la historia introduciendo este nuevo método, que ha producido dificultades inexplicables al mezclar el progreso y la evolución.

Se ha observado muchas veces que existe una gran analogía entre los puntos de vista propuestos por Savigny y el darwinismo. Muchos naturalistas contemporáneos reprochan á Darwin que no haya estudiado lo que Alfredo Giard llama *factores primarios* de la evolución, es decir, las fuerzas que crean las nuevas especies. Darwin ha considerado una Historia Natural totalmente acabada y quería demostrarnos cómo la eliminación de ciertas formas quizá aproxima las condiciones en medio de las cuales se hace la busca de alimentos y se realiza la unión de seres distintos (lucha por la vida y selección sexual). En el darwinismo, las variaciones de la especie son indeterminadas; la pretensión de Alfredo Giard queriendo conciliar el darwinismo y el lamarkismo, combinando para ello los factores secundarios del primero con los factores primarios del segundo, es una inocentada de naturalista. Hay que elegir entre los dos sistemas y no intentar unirlos á pretexto de hacer más elevada la ciencia.

Colocándose bajo el punto de vista de la evolución, no hay necesidad de hacer ninguna investigación sobre la potencia creadora ni sobre sus efectos probables. Así es como Newman ha podido estudiar el desenvolvimiento de los dogmas cristianos sin proponerse jamás la reforma del dogma existente. Newman mira al pasado, compara sus diversas partes, se esfuerza en demostrar la unidad del catolicismo en las controversias con los anglica-

nos, pero no parece haberse cuidado de los medios necesarios para hacer progresar la teología. Así es como se separa de sus pretendidos discípulos, que sólo ven en los antiguos cambios analogías propias para justificar cambios futuros.

En la historia del derecho no será necesario pedir que la conciencia jurídica sea definida como pudiese serlo una fuerza cuyos efectos hubiesen de preverse. La conciencia jurídica es una imagen destinada á abrazar el conjunto de las condiciones en que se acepta ó se rechaza una ley.

Durante mucho tiempo los habitantes del Mediodía de Francia opusieron una tenaz resistencia á las leyes del Código civil sobre la sucesión. Aquí tenemos un ejemplo admirable de la lucha entre la tradición y las formas nuevas. Todos los elementos de esta lucha pueden ser observados fácilmente, no siendo, por lo tanto, cierto que la conciencia jurídica «no es susceptible de ninguna determinación»; por el contrario, ella está determinada en la medida necesaria para que pueda conocer el papel de las tradiciones en la adaptación negativa (1). Esto era lo que Savigny y Puchta querían poner en claro, ya que se empeñaban en defender el viejo derecho del país contra las ideas de los innovadores.

Conviene decir que los defensores de la doctrina histórica no han tenido siempre una idea clara de su verdadera actividad. El espíritu humano, en efecto, parece como que deplora que la ciencia

(1) El darwinismo no arroja más que una adaptación negativa. Bergson dice que así se tiene una doctrina simple y clara, pero que no llega á hacer comprender cómo la evolución puede seguir una dirección determinada más pronto que otra. En una palabra, no es necesario pedir al darwinismo lo que se pide á la noción de una creación. (Bergson, *Evolución creadora*.)

pueda contentarse con encontrar las condiciones de una adaptación negativa. Pero no hace falta consultar á los inventores para encontrar el verdadero origen de sus invenciones. Rara vez el inventor comprende bien qué es lo que la posteridad mirará como la verdadera innovación.

La doctrina ha sido mucho más conocida por algunos aspectos secundarios que la explicaban que por su principio.

En la época de Savigny se notaba ya la fatiga que habían producido cuantas luchas agitaron á Europa; se estaba dispuesto á aceptar como superiores todos los procedimientos de la formación ideológica que no traían lucha, y se era feliz con sólo escuchar los elogios que se tributaban al derecho consuetudinario y asimilarlo á la lengua.

Ihering hizo observar más tarde, muy justamente, que esta asimilación del derecho á la lengua es contraria á la historia, teniendo en cuenta que la filología no ofrece conflictos análogos á aquellos que se presentan cada vez que una regla nueva hiera los intereses, pero esta falsa analogía sirve para calmar á los contemporáneos de Savigny.

La escuela histórica descubrió una interdependencia estrecha de las diversas manifestaciones del espíritu nacional. Así reconciliaba á una nación de organismo vivo, en el que todos los partidos están sólidamente unidos los unos á los otros. La conciencia popular parece surgir, como si tuviese realidad. No es, pues, sorprendente que la asimilación de la sociedad á un ser viviente haya tenido tanta influencia sobre el pensamiento de los escritores durante una gran parte del siglo XIX. Creo que esta fué la herencia más popular de la tendencia histórica.

IV

Tocqueville y la marcha necesaria hacia la igualdad.—Proudhon y las objeciones de Marx.—Proudhon abandona la idea de la necesidad; el progreso moral.

Durante unos cuarenta años después de la Restauración, los elementos liberales se preocuparon extraordinariamente de los estudios científicos sobre el pasado. A la *ligereza* del *siglo de las luces* se opuso la seriedad de las *escuelas históricas*; la doctrina del progreso no pudo sostenerse sin prestar todo su apoyo á esta evolución. Se ha observado que la asimilación de la historia á un organismo engendra un gran número de importantes tesis:

1.^a Se concede, en primer lugar, una importancia decisiva á la lentitud y regularidad del movimiento, y se llega, por lo tanto, á mirar con cierta piedad á los revolucionarios que no comprenden que una marcha así es compatible con la ciencia. Se descende de la misma manera, hasta el extremo de conceder un respeto supersticioso á esta progresión, en tanto que otra vez la lentitud del progreso se mira solamente como una medida aconsejada por la prudencia.

2.^a La idea de la necesidad fué reforzada en gran manera. Mad. Stael llamó la atención sobre los inmensos males que resultarían de una política que quisiese detener el progreso y conceptuaba una tentativa de esta índole como totalmente infructuosa. Esto, sin embargo, no era más que un

juicio formado sobre una apreciación, en tanto que ahora se conceptúa la continuidad del movimiento tan necesaria como una evolución vital.

3.^a Se ha dejado de razonar sobre el progreso del espíritu ó el crecimiento de las luces intelectuales; se han mirado las instituciones como órganos de un ser viviente; se han escogido, á la manera de Cuvier, los caracteres dominantes y se ha estudiado la historia siguiendo sus variaciones.

Encontramos una aplicación muy notable de los nuevos puntos de vista en *La Democracia en América*, cuya primera edición, hecha en 1834, ha ejercido una gran influencia en el pensamiento del siglo XIX. Tocqueville nos dice en las primeras páginas de su libro que la igualdad de las condiciones aparece como carácter dominante de las instituciones americanas. Este es el «hecho generador del que cada hecho particular parece descender» y el «punto central en el que deben converger todas las observaciones». También nos dice que llegó á reconocer que el movimiento hacia la igualdad no es particular de este país, sino que se produce en todas partes, obedeciendo á causas inconscientes. «Por doquiera se han visto los varios incidentes de la vida de los pueblos redundar en beneficio de la democracia; todos los hombres le han prestado ayuda con su esfuerzo, lo mismo aquellos que se encontraban en camino de concurrir á su éxito que aquellos otros que nunca se cuidaron de aportar sus iniciativas, de igual manera los que combatieron por ella que aquellos otros que se declararon sus enemigos. Todos han sido empujados *pêle-mêle* hacia la misma vía y todos han trabajado en común; los unos, á pesar de ellos mismos; los otros, sin darse cuenta; todos instrumentos ciegos de Dios.»

Tocqueville lanza la idea que él había adquirido de esta necesidad, en un lenguaje rebuscado que quiere ser impresionante. «Todo el libro que vais á leer está escrito bajo la impresión de una especie de *terror religioso* que se produjo en el alma del autor ante el presentimiento de una revolución irresistible que marcha desde hace muchos ciclos á través de todos los obstáculos y que todavía hoy se ve avanzar saltando por encima de las ruinas que ella misma ha ido amontonando... Si largas meditaciones y sinceras observaciones conducen á los hombres de nuestros días á reconocer que el *desenvolvimiento gradual y progresivo* de la igualdad es á la vez *el pasado y el porvenir de su historia*, dará sólo este descubrimiento un carácter sagrado á la voluntad del soberano maestro. Querer detener la marcha de la democracia parecerá entonces luchar contra Dios mismo, y las naciones no tendrán más remedio que el de *acomodarse al estado social* que les impone la Providencia.»

El movimiento se conceptúa como análogo á un movimiento orgánico, y se viene á la conclusión de que la democracia es indispensable para el porvenir. El hombre sabio habrá de buscar, en la experiencia de los pueblos mas avanzados en las nuevas tendencias, hechos capaces de guiar al legislador que busca facilitar el paso de lo pretérito á lo futuro.

Que Tocqueville consiguiese infiltrar en sus contemporáneos sus convicciones, es lo que más deplora Le Play, que conceptúa *La Democracia en América* como un «libro peligroso que ha causado males sin cuento». «Las gentes honestas sometidas al pasado ó que permanecen indecisas entre el bien y el mal, fueron poco á poco teniendo confianza en su predicción después, cuando creyeron

inevitable el advenimiento del régimen americano, señalado como el tipo de la igualdad y de la democracia.» Le Play no quería admitir los hechos que parecían evidentes á Tocqueville. Estaba persuadido de que el mundo podía ser cambiado por el ejemplo de algunas familias que todavía conservasen las ideas patriarcales. La noción de la necesidad histórica era para él absolutamente extranjería. Le Play pensaba todavía como las gentes del siglo XVIII, lo cual puede ser la causa de su ignorancia sobre los trabajos de la historia del derecho y de la economía hechos en el siglo XIX.

Yo creo que *La Democracia en América* ha tenido una influencia considerable y acaso decisiva en las primeras obras de Proudhon. El folleto sobre *la celebración del domingo*, aparecido á fines de 1839, contiene enérgicas afirmaciones igualitarias que no provienen evidentemente de los comunistas franceses. A éstos hace alusión el autor cuando escribe: «La cuestión de la igualdad en las condiciones y en la fortuna ya ha sido expresada, pero como una *teoría sin principios*; es necesario, por lo tanto, tomarla nuevamente y profundizar en toda su verdad.» Más adelante se declara enemigo de la comunidad y propone al mundo «un estado de igualdad social que sea... libertad en el orden é independencia en la unidad». Es sobre la justicia conmutativa en lo que él quiere fundar la doctrina «de la igualdad de condiciones, la cual está conforme con la razón y es irrefutable en derecho». En su primera Memoria sobre la propiedad, que apareció al año siguiente, desenvolvía estas consideraciones. Proudhon estaba seguro del resultado porque Tocqueville había afirmado la marcha de la igualdad. No había más que presentar una

prueba en formã. Cuando se lee esta Memoria con tal indicación, parece mucho más interesante de lo que suponen algunos de nuestros contemporáneos, los cuales la encontraban muy poco cuidadosa de los hechos.

Los contemporáneos de Proudhon, para los que las ideas emitidas por Tocqueville eran muy comprensibles, se vieron extraordinariamente sorprendidos por la Memoria de 1840. Sobre este punto tenemos el testimonio que Marx y Engel han aportado en la *santa familia* y el no menos valioso que proporciona F. Vidal. Este ha consagrado un capítulo especial á Proudhon y á Pecqueur en su libro sobre la repartición de la riqueza pública en 1846. En dicho capítulo les da el nombre de *igualitarios* y les distingue entre los demás socialistas (sansimonianos, furieristas y comunistas).

Las *Contradicciones económicas* han sido escritas para desarrollar el mismo tema igualitario, demostrando que la igualdad se desprende como una ley oculta del desenvolvimiento económico. Si Proudhon empleaba frecuentemente un lenguaje providencialista, debía ser debido á la sorpresa que le produjo el efecto causado por las fórmulas de Tocqueville. Marx se dejó influir por las apariencias, y en la *Miseria de la filosofía* mira á Proudhon como un discípulo retardado de Bossuet, en vez de buscar la fuente próxima de la que se originaba esta manera de expresión. «El objeto que se proponía en primer lugar—dice—el genio social que habla por boca de Proudhon, es eliminar todo lo que hay de malo en cada categoría económica, para que sólo existiese lo bueno. Para él lo hermoso, el bien supremo, el verdadero objeto práctico, es la igualdad... Toda nueva categoría es una hipótesis del genio social para eliminar la desigualdad en-

gendrada por la hipótesis precedente. En resumen, la igualdad es la *intención primitiva*, la *tendencia mística*, el *objeto providencial* que el genio social tiene constantemente ante sus ojos, revoloteando en el círculo de las contradicciones económicas. También la Providencia es la locomotora que mejor hace marchar todo el bagaje económico de Proudhon, que su razón pura ha evaporado. El ha dedicado á la Providencia todo un capítulo que sigue al que hace referencia á los impuestos. Es evidente que Marx debió haber leído muy superficialmente—si es que lo leyó—este capítulo, porque Proudhon rechaza francamente «el gobierno providencial, cuya no existencia—dice—está suficientemente establecida por las alucinaciones metafísicas y económicas de la humanidad, y en una palabra, por el martirio de nuestra especie».

Marx tenía razón al no querer admitir que podía formarse la síntesis de la historia humana subordinándola al desenvolvimiento del carácter; su crítica es muy justa y destruye los sistemas de progresión sansimonianos. «La tendencia á la igualdad pertenece á nuestro siglo. Decir ahora que durante todos los siglos anteriores, con las necesidades, los medios de producción, etc., se trabajaba providencialmente por la realización de la igualdad, es sustituir los medios y los hombres de nuestro siglo por los medios y los hombres de siglos anteriores, y es, además, desconocer el movimiento histórico por medio del cual las generaciones sucesivas van transformando los resultados adquiridos por las generaciones anteriores.» No ha de buscarse llevar la historia á una unidad ideológica ilusoria; es necesario, para seguir científicamente una evolución, abarcar sólo un periodo en el que las condiciones económicas ofrezcan la consisten-

cia necesaria para que pueda encontrarse una unidad real.

Pero Proudhon no se había propuesto demostrar la existencia de un movimiento histórico que se dirigiese hacia la igualdad. El había recibido este hecho de Tocqueville y quería encontrar una metafísica que estableciese un orden filosófico en la economía. Tomó en bloque al mundo existente y quiso desenredar un orden de cosas que servían para dar cuenta de la ley de Tocqueville. Esta concepción, que es un tanto extraña á nuestros actuales hábitos de pensar, debía parecer muy natural á un hombre que había sido iniciado, aunque poco, en los vastos sistemas hegelianos. «No hacemos una historia—dice en el capítulo de las máquinas—según el orden de los tiempos, sino según la sucesión de las ideas. Las fases ó categorías económicas son en sus manifestaciones unas veces contemporáneas y otras *intervertidas*... pero las teorías económicas tampoco dejan de tener su sucesión lógica y su serie en el entendimiento. Este orden, que nosotros no nos preciamos de haber descubierto, es el que hará de esta obra una filosofía y una historia.»

Proudhon creía que era él más científico que todos los hegelianos que había tratado en París. Los hegelianos querían que la humanidad hubiese hecho seculares esfuerzos para disponer de testimonios en favor de la metafísica que habían escogido. Así llegaron á desnaturalizar la realidad; pero Proudhon, apoyado en la autoridad de Tocqueville, no podía suponer que se le acusase de desdeñar la realidad.

No es desviar la cuestión que estamos tratando, aunque al llegar aquí citemos algunas tesis muy curiosas que Proudhon debía presentar muy pron-

to, y dieron mucha luz á la doctrina de las contradicciones. Estas tesis no llegaron á interesar mucho á los contemporáneos, que concebían la filosofía de una manera diferente. Examinándolas se comprende por qué el lenguaje de Proudhon es frecuentemente obscuro en las obras de esta época. Un autor, por grande que sea, no se atreverá á dar una exposición satisfactoria de su pensamiento si no cuenta con la colaboración del público. Solamente Proudhon se aislaba por completo cuando hablaba de la influencia del movimiento histórico sobre la filosofía.

Algunos años más tarde, Proudhon expresó ideas que tienen admirables analogías con aquellas que á Bergson le cuesta tanta pena el aceptar hoy. Decía que la introducción del movimiento continuo lleva á mirar como ilusorias todas las antiguas teorías fundadas sobre la consideración de cosas inmóviles. Nosotros nos equivocamos creyendo ver cosas en donde sólo existen relaciones (1). «La mayor parte de las nociones sobre las cuales reposa en este momento la práctica industrial, y por consiguiente, toda la economía de las sociedades modernas, son... concepciones analíticas, secciones mutuas deducidas las unas de las otras, por vía de oposición, del grupo societario, de sus ideas, de su ley, y desenvueltas separadamente unas de otras, sin freno y sin límite.» Y esta ilusión que turba nuestros juicios sobre los sistemas económicos que ejercen una misión bienhe-

(1) Proudhon, *Filosofía del progreso*.—«La idea de causa es un producto del análisis que después de habernos hecho suponer un principio y un fin en el movimiento, nos induce á suponer además, por una nueva *ilusión del empirismo*, el primero como un generador del segundo. Es siempre una relación transformada injustamente en realidad.»

chora en cierta medida, tom~~a~~ una extensión indefinida, como si estuviese fundada sobre verdades absolutas, y engendra la miseria y el crimen junto á la riqueza y á la virtud.

El golpe de Estado de 1851 hizo comprender mejor á Proudhon su vocación de moralista. En presencia de una sociedad que ofuscada por felices aventuras sólo quería oír hablar de éxitos, de progreso y de placeres, Proudhon se hizo escuchar en su magnífica protesta *La justicia en la Revolución y en la Iglesia*. No quería admitir que exista una ley que pueda hacer suceder las civilizaciones unas á otras, como hace suceder á los seres. Se engañó ó fué engañado «en otro tiempo con este boliche psicológico-político», considerando que las disertaciones sobre tal movimiento no servían para nada. Si se le admite, «lo mejor es dejarnos vivir como más bien plazca á Dios y seguir el consejo del monje. Cada uno á su oficio; no criticar al gobierno, dejar al mundo que marche como marcha». Y en efecto, las doctrinas del progreso estaban entonces muy florecientes, porque la burguesía francesa realizaba el deseo «de vivir como plazca á Dios».

Como esto se había producido al final del siglo XVII, una sociedad contenta de su suerte oponía la idea del progreso á los moralistas que, siendo extraños á la nueva manera de vivir, le reprochaban su ligereza y querían recordarle los principios de los grandes filósofos.

La cuestión para Proudhon es toda ella moral. Hay progreso cuando se produce «la justificación ó el perfeccionamiento de la humanidad por ella misma». Entonces la humanidad cree en la libertad, en la justicia, en el desenvolvimiento de su

potencia, de sus facultades, de sus medios, y se eleva «por encima cuanto de fatal hay en ella». La decadencia consiste «en la corrupción ó disolución de la humanidad por ella misma, manifestada por la pérdida sucesiva de las costumbres, de la libertad, del genio; por la disminución de energías, de fe; por el empobrecimiento de las razas». Apenas si hace falta llamar la atención sobre las alusiones que todo esto encierra al estado en que se encontraba Francia durante los primeros años del segundo imperio.

La historia, según Proudhon, debe poder aportar un doble testimonio: debe probar que el progreso «es el estado natural de la humanidad» y que de esta manera «la Justicia es más fuerte por sí sola que todas las causas que la combaten»; debe también explicar la decadencia por ilusiones psicológicas; el hombre, reconociendo que las investigaciones jurídicas son imperfectas, pierde su fe en la Justicia, persigue un ideal que cree le ha de procurar la felicidad, hace «servir el ideal para sus concupiscencias». Lo que hacía falta que explicase Proudhon es el eclipse de sentido moral que se observó entonces en Francia y que sucedió á una época en la que tantas esperanzas de renovación se habían concebido. Proudhon no quería creer que este régimen pudiese durar tanto tiempo. «El trabajo y el derecho son los dos grandes principios que deben informar ante todo las creaciones del ideal. Los ídolos han sido derribados, el desarreglo moderno les ha asestado el último golpe. La hora de los tribunales perpetuos é incorruptibles sonará muy pronto.»

En tanto que los vencidos de 1851 estaban inquietos por el porvenir, sintieron una gran admiración por la Justicia y sostuvieron las esperanzas

de los hombres del pueblo, asegurándoles que ésta concluirá siempre por triunfar. Hoy un tal lenguaje parecería muy viejo. Los demócratas victoriosos han relegado al almacén de las *viejas guitarras* toda la antigua literatura liberal que podía ligarles en su trabajo gubernamental.

V

El progreso en la literatura democrática.—Teoría de P. Lacombe.—Sus caracteres ingenuos é ilusorios.—Las confesiones que encierra sobre la democracia.

Luego que la democracia creyó asegurado un largo porvenir y los partidos conservadores se sintieron debilitados, no notó la misma necesidad de otro tiempo de justificar su derecho al poder por la filosofía de la historia. La noción de progreso ha perdido mucha de su importancia á los ojos de los hombres que ocupan lugar preferente en la ciencia burguesa. Así se explica que dos excelentes *blocards*, los profesores Langlois y Seignobos, no consagren más de una docena de líneas—bastante desdeñosas por cierto—á la cuestión del progreso en su *Introducción á los estudios históricos*. Entretanto, es bien fácil demostrar que el progreso no está aún borrado del diccionario democrático.

La democracia reposa sobre la existencia de una sólida jerarquía. Es necesario que la oligarquía, compuesta de grandes arrivistas, cuente con una colectividad de asalariados que se contente con percibir una pequeña remuneración por su

actividad; precisa alentar constantemente á esta pequeña nobleza, prodigándole muestras de simpatía, excitando en ella sentimientos de honor, hablándole en un lenguaje idealista. La grandeza de un país, la dominación por la ciencia de las grandes fuerzas naturales, la marcha de la humanidad hacia la luz, he aquí la hojarasca que frecuentemente encontramos entre nosotros en los discursos de los oradores democráticos.

En una arenga pronunciada ante la Liga de la Enseñanza en el Congreso celebrado en Angers en el mes de Agosto de 1906, el ministro de Instrucción pública decía: «El ejercicio del poder no guarda alegría ni satisfacción más intensa para el hombre que lo practica que la de poder realizar su pensamiento.» ¡Este lenguaje, digno de un estoico, lo empleaba el austero Aristides Briand! Algunos momentos antes había dicho: «Nosotros amamos á nuestra patria. Si ella vive, y se desenvuelve, y se engrandece, y se embellece, será gracias á nosotros, que somos republicanos. Decid esto á los conservadores; no os entenderán.»

El buen apóstol habla como si fuese él el principal autor de todo lo grande que se encuentra y se produce en Francia. ¡Y todavía hay auditores que aceptan su charlatanismo! Ahora, los políticos no se dirigen al público para el cual escribían los padres de la democracia; se dirigen á las categorías de personas que están sometidas á una tiranía especial, y que han sido formadas para admirar los oráculos que salen de la boca de sus directores.

Todos los esfuerzos de la administración republicana de 30 años á esta parte se han dirigido á reglamentar á los maestros de esta pequeña nobleza que hacen la fortuna de los héroes de nuestra

democracia contemporánea. Se ha trabajado para inculcarles un respeto supersticioso por las grandes palabras, sin contenido casi siempre y que sólo aprovechan para servir á la filosofía de los burgueses. De aquí el resultado que León Daudet llama la *filosofía de los primarios*, término bastante inexacto, porque este galimatías no es una creación espontánea de los hombres que han recibido instrucción primaria, sino una creación sofística de sus maestros combinada para engañarlos, para explotarlos y para conseguir rentas del tesoro público, que con su abnegación consiguen los políticos.

Siempre hay en el mundo almas sinceras que rehuyen ver las cosas fuera de su aspecto real, que conceptúan aceptable en muchas ocasiones. En consecuencia, se ingenian para fabricar teorías que puedan dar algo de respetabilidad á la democracia. No hay que sorprenderse, pues, de encontrar todavía teorías del progreso, teorías muy artificiales en las que el autor busca engañarse á sí mismo.

Creo de utilidad, para terminar este estudio, presentar al lector la doctrina que P. Lacombe expuso hace una docena de años. Esto será tanto más instructivo cuanto P. Lacombe es á la vez un sabio concienzudo y un antiguo republicano. Encontraremos en él una extraordinaria ingenuidad que corresponde muy bien á esta doble condición: el autor cree que el mundo vive de pasiones que dominan al coleccionista de notas eruditas y desea no encontrar en el mundo más que al justo que conviene á su conciencia republicana.

Pueden forjarse—dice P. Lacombe—dos ideas muy diferentes del progreso, según que se le considere á éste bajo la forma simple de una acumulación de riqueza, ó según que se le mire como

teniendo por objeto un equilibrio más hábil, una conciliación mejor dirigida entre las diversas emociones. «Lo que en realidad lo hace todo es el sentimiento que cada uno tiene de su suerte.»

Le Play ha insistido frecuentemente sobre esta distinción. Puede suceder á veces que el segundo género de progreso sea dudoso, en tanto que el primero existe de una manera incontestable. Hablando de las imprecaciones que Arturo Young lanzó contra los grandes señores franceses que dejaban sus tierras en su primitivo estado, dice: «Para justificar completamente esta crítica, el autor hubiese debido probar que las poblaciones que viven en estos páramos no son más felices que las que habitan las tierras del condado de Suffolk.» Le Play creía haber comprobado, en el curso de sus viajes, que el perfecto equilibrio que para P. Lacombe corresponde al verdadero progreso se ha realizado en las poblaciones de la gran estepa del viejo continente. «Los habitantes de la estepa, en tanto no son corrompidos con el contacto de los *civilizados*, inspiran al viajero, más que ningún otro tipo de la raza humana, la afección y respeto. Todos los occidentales que han descansado entre los habitantes de la estepa han expresado la misma impresión. Todos me han dicho que al convivir con los pueblos sedentarios apenas si han sentido pena y desilusión.»

Las concepciones que P. Lacombe se forma á propósito de la felicidad no están fundadas sobre la observación de los grupos históricos, sino únicamente sobre el género de existencia que mejor conviene á un hombre habituado durante toda su vida á remover libros en las bibliotecas. «Las emociones intelectuales—dice—tienen generalmente una vivacidad menor que las emociones sensuales ó sen-

timentales, pero su duración y repetición no las debilitan; la *felicidad débil y tranquila* que se origina de ellas puede ser continua y llena casi todos los instantes. *La regla más segura del arte de vivir* ó el arte de la felicidad consiste en perseverar en las emociones intelectuales.»

El autor pasa de esta dulce filosofía de erudito á una consideración de otro género. Imagina que el historiador está llamado á dar premios de sabiduría á las naciones que se han dejado dirigir por los hombres que tenían práctica en el bello arte de la felicidad. «El historiador que quiere medir la distancia que media en la vía del progreso entre las sociedades, no tiene medio más seguro que emplear que los hechos formados en cada una de dichas sociedades, en las emociones intelectuales, en las artes, en la ciencia.» Pero aquí se presenta una nueva dificultad, porque hay dos metros intelectuales, científico el uno y artístico el otro. La duda no sería muy grave para un viejo inspector de bibliotecas, porque siempre el primero es el mejor. «*Yo pido*—termina diciendo—que las civilizaciones sean medidas entre sí. Primeramente con arreglo á la ciencia que cada una contenga, después con arreglo á la superioridad artística, literaria ó moral que cualquiera de ellas pueda tener sobre la otra.» ¡He aquí cómo nos conduce á un concurso universitario!

No hay que creer que esta construcción esté absolutamente desligada de las tendencias democráticas, pues es bien fácil comprender que P. Labrousse nos ha revelado muchos secretos del mundo contemporáneo.

Conviene notar, en primer lugar, el embarazo en que se encuentra el autor á propósito del pro-

greso material. P. Lacombe habla en ocasiones de la técnica en tales términos, que ni un discípulo de Marx le entendería. Podría esperarse de él que coloque las civilizaciones después de la escala de sus procedimientos de producción; pero aun reconociendo y todo la prioridad de la evolución económica entre tanta verdad experimental, P. Lacombe no sale de la economía para juzgar «la altura relativa de las civilizaciones». Esta actitud corresponde perfectamente á la situación de las democracias contemporáneas. Estas existen siempre en los países más ricos, á consecuencia de causas extrañas á las preocupaciones de los jefes democráticos y frecuentemente en desprecio de la actividad de estos mismos jefes. Es muy natural, pues, que se mire el progreso de la producción como condición fundamental de toda la civilización moderna, pero hay que colocar también lo esencial de esta civilización en cualquiera otra parte que en la economía.

Hay que tener en cuenta que P. Lacombe sólo concede una importancia muy mediocre á las preocupaciones morales. La moralidad no sirve más que para provocar sensaciones neutrales, y la felicidad democrática tiene necesidad de emociones de un orden más positivo. Nosotros sabemos por la observación de los fenómenos contemporáneos que la democracia siente el más profundo desprecio por todo lo que recuerde las violencias que la moral pretende imponer á los hombres.

Hemos visto cómo P. Lacombe no considera en la sociedad más que un grupo director. Todo está subordinado á la felicidad de éste. Aquí todavía encontramos una confesión preciosa: nada hay más aristocrático que las aspiraciones de la democracia, ya que ésta pretende continuar la explotación

de las masas productoras por una oligarquía de profesionales del saber.

Existe una gran diferencia entre la alegría de vivir que busca por todas partes la democracia á imitación de la antigua sociedad y las condiciones de la vida sabia y prudente que describe P. Lacombe, y que parece causarnos cierta pena al comprender cómo ha podido éste mirar el temperamento del sabio juzgándolo susceptible de aplicarle la evolución histórica.

Es necesario, para comprender esta rara paradoja, recordar que la democracia se complace en recibir los agasajos que se merece. Voy á citar aquí ejemplos entresacados de un libro recientemente escrito por uno de los aduladores más ilustres de la sociedad contemporánea. Alfredo Fouillée afirma que con el progreso democrático se comprueba «un sentimiento progresivo de la dignidad humana, de la libertad y de la autonomía humana», y termina diciendo que «á pesar de las frecuentes derivaciones, la democracia, por sí misma, es moralizadora». Nadie se atreverá á acumular con más impudicia tan enormes mentiras. Basta mirar en torno nuestro para convencernos de que la democracia es una escuela de servilismo, de delación y de desmoralización. A. Fouillé no se burla bien de sus lectores hasta que pretende encontrar en la bondad una fuerza moral capaz de conducir á nuestros contemporáneos. Nadie dudará de que la bondad fué una fuerza muy esparcida por el mundo; pero también parece que esto no es una virtud democrática, porque la democracia quiere que se celebre la excelencia de su corazón, y esta clase de lisonjas es una herencia que ha adquirido del viejo régimen.

P. Lacombe, concediendo una gran importancia á las cosas de la inteligencia, ha podido creer que

expresaba el sentir de la democracia, ya que ésta no cesa de ensalzar la pretendida pasión que conceptúa como verdadera. En su discurso de Angers, Briand decía á los maestros que debían formar «el verdadero hombre, el ciudadano verdaderamente democrático, aquel cuyo cerebro no está obstruído por la preocupación del misterio y del dogma, el hombre que mira frente á frente, que tiene confianza en sí mismo; el hombre que mira á la vida tal como es, bella y digna de ser vencida». Y permitiéndose todas las exageraciones de la elocuencia democrática, el ministro lanzó esta frase deslumbradora: «¡El hombre! La Divinidad está en él, y si este nuevo Dios, hasta el presente impotente y vacilante, se ha mantenido encorvado bajo las cargas de la vida, es porque el *engaño y la ignorancia* han encadenado durante mucho tiempo todos sus esfuerzos. A nosotros nos toca libertarle.»

Creo que es imposible llevar más lejos el aplomo de un político, feliz de haber llegado á una situación inesperada abusando de la ingenuidad del auditorio, arrastrado á admirar la forma metafísica de los arrivistas atrevidos.

En el origen de nuestras investigaciones hemos encontrado una pequeña filosofía de gentes de mundo que pretenden jugar alegremente sus riquezas, sin oír hablar de la prudencia durante tanto tiempo impuesta á sus padres. Los contemporáneos de Luis XIV ensalzaban las maravillas de su siglo y se entusiasmaban pensando en las cosas que nacían espontáneamente para asegurar á los hombres una felicidad mayor de día en día. Más tarde vino una filosofía de la historia que tomó su forma definitiva en tiempos de la burguesía liberal y que tenía por objeto demostrar que las transformaciones perseguidas por los campeones del Estado

moderno poseen un carácter de necesidad. Actualmente hemos descendido á los procedimientos electorales, los cuales permiten á los demagogos dirigirse soberanamente al ejército y asegurarse una vida feliz. En tanto, muchos honestos republicanos buscan la manera de disimular el horror que les inspira la política con apariencias filosóficas, pero no se atreven á tirar del velo que tan fácil sería rasgar.

Todas las ideas relativas al progreso se mezclan de una manera singular y burlona, porque la democracia tiene muy pocas ideas propias; vive exclusivamente de la herencia del antiguo régimen. Una de las obligaciones impuestas al socialismo moderno es la de demoler todo este cúmulo de mentiras convencionales, derribando el prestigio que juzga la metafísica de las gentes que vulgarizan las vulgarizaciones del siglo XVIII. Esto es lo que yo trato de hacer cada vez que en el curso de las discusiones encuentro ocasión para ello.

VI

El progreso real ó técnico de la producción.—Ojeada sobre el progreso de las máquinas.—Ideología contemporánea.

No abandonaré estas cuestiones sin señalar un carácter notable que presenta la sociedad moderna, y en el que muchas personas han creído ver una contradicción con el principio de la lucha de clases. Hay en el mundo capitalista un *progreso real* que permite á los directores pasar bien el tiempo, pero que á la vez es una condición necesaria para

la revolución socialista. Este progreso real que lleva en sí la técnica de la producción, es igualmente aplaudido por los burgueses, que bendicen las ocurrencias de vida más larga, y por los socialistas, que lo miran como garantía de una revolución que podrá suprimir á los amos. Por esto los marxistas han denunciado siempre como reaccionarios muy perjudiciales á los filántropos, que á pretexto de evitar al pueblo los sufrimientos provocados por la gran transformación económica, quieren entorpecer por medio de reglamentos la marcha del progreso real.

Los intelectuales deploran que los poseedores y los revolucionarios puedan entenderse en este punto sobre el valor del progreso real. Creen estos intelectuales que lo que sea ventajoso para los unos ha de ser odioso para los otros; asimilan en efecto todos los conflictos históricos á las luchas de los partidos que se disputaban las ventajas del poder; en este caso lo que gana el uno lo pierde el otro. Muchos piensan que la admiración que manifiestan nuestros contemporáneos por el progreso real podría testimoniar muy bien en favor de una armonía de intereses; toda la filosofía social se reduciría á saber si cada grupo había aprovechado todo lo que merecía. La verdadera cuestión para los revolucionarios consiste en juzgar los hechos del presente con arreglo al porvenir que preparen. Esta es la manera de pensar que no comprenden nuestros profesionales del idealismo.

Yo no creo que se haya profundizado de una manera suficiente en las condiciones del progreso de la producción para que sea posible formular leyes generales. Yo quiero limitarme á indicar los puntos de vista que me parecen estar tomados en consideración.

a) Es necesario en primer lugar ocuparse de las formas de máquinas para determinar cuáles son las propiedades modernas que los prácticos exigen. Esta será ciertamente la parte más cómoda del trabajo que hay que emprender.

He aquí algunas observaciones generales, cuya importancia podrá comprender toda persona que tenga gusto por la mecánica.

Los constructores emplean combinaciones de día en día más geométricas; buscan obtener rotaciones muy rápidas y muy próximas al movimiento uniforme; reducen por mil medios artificiales el papel de las resistencias pasivas, no solamente para economizar fuerza, sino para reducir la indeterminación del movimiento (1). En todo se querrá regular la alimentación—sea en materias de trabajo, sea en materias para consumir—de una manera automática, de forma que se pueda realizar una marcha más regular. Cuando las fuerzas exteriores accidentales vienen á perturbar el movimiento, éste se esfuerza en obtener oscilaciones de largo período, sobre las que ejercen una influencia reducida pequeñas perturbaciones (2).

b) Pueden compararse las máquinas á los seres vivos tal como las concibe Bergson. La vida fabrica, según él, explosivos que se gastan por el

(1) La reducción de las fuerzas pasivas forma parte de los fenómenos enumerados más adelante (b); pero cuando se reducen las frotaciones se atenúan también sus variaciones.

(2) Las calderas de las grandes locomotoras están colocadas muy altas, lo que les da las mismas cualidades que á los grandes navíos. Las oscilaciones son más largas y las máquinas, por lo tanto, más estables, lo contrario de lo que se creía hace mucho tiempo. Los sabios parecen contrariados al verse obligados á admitir esto.

sistema *sensori-moteur*. «¿Qué representan los explosivos sino un almacenaje de energía solar, energía en que la degradación se encuentra previsora-mente suspendida en cualquiera de los puntos á que ella se inclina? La energía utilizable se gastará en el momento de la explosión, pero se gasta más pronto si un organismo no se encuentra allí para detener la disipación y adiccionarla á ella misma.» Los motores hidráulicos están movidos por el agua, que ha perdido su fuerza deslizando por el cauce de los ríos; después al caer y formar un salto se aprovechan sus energías. De la misma manera, en los motores á vapor, la caldera recoge una parte del calor producido por la combustión de la hulla, calor que se perdió por centelleo ó mezcla del gas caliente con la atmósfera. Las máquinas son, pues, aparatos colocados sobre las corrientes naturales ó artificiales de disipación de la energía (1), destinadas á retener alguna cosa y capaces de gastar en provecho del hombre lo que éste ha retenido.

Los ingenieros modernos prestan mucha atención á las disipaciones de la energía, y gracias á esto hacen grandes esfuerzos para obtener motores muy potentes y de marcha rapidísima, en los que las partes de enfriamiento estén muy atenuadas. De una manera general puede decirse que á todas las industrias que emplean calor les conviene tener aparatos de grandes dimensiones para intensificar la venta de géneros mercantiles.

La misma relación y el mismo orden de ideas existe entre la capacidad de gas que se dejaba perder en otras ocasiones en los hornos metalúr-

(1) El hogar de la máquina á vapor es una corriente artificial de disipación de la energía.

gicos y su utilización para calentar las máquinas.

Las cuestiones relativas á la disipación de la energía ofrecen un interés de primer orden para los economistas. Las inmensas instalaciones actuales tienen, en efecto, bajo este punto de vista, una enorme superioridad sobre los antiguos establecimientos. Las ventajas de la máquina á vapor sorprenden á los espíritus desde la aparición de la gran industria, y todos los progresos cumplidos en las artes químicas han puesto mejor en evidencia este valor de la cantidad. Los autores—sobre todo los socialistas—han olvidado frecuentemente el origen técnico de este valor de la cantidad. Han atribuido á toda empresa extendida una superioridad que les sería algo difícil justificar científicamente. Es muy singular que muchos pretendidos marxistas hayan razonado sobre las estadísticas, estableciendo la concentración industrial, sin remontarse á las bases técnicas de esta concentración.

c) Para terminar se habrá de examinar la relación que se establece entre la máquina y el trabajador. Esta parte de la ciencia industrial es la que siempre se ha tratado más superficialmente. Ha sorprendido sobre todo el notar cómo el gasto de fuerza muscular disminuye á medida que la mecánica se perfecciona. Unos aplauden la desaparición de una mano de obra excesivamente costosa y otros celebran el triunfo de la inteligencia sobre la materia y entrevén talleres en los que el trabajo será un juego sencillo. Estos son los pensamientos burgueses, y por lo tanto, faltos de interés para nuestro objeto.

Yo creo que será necesario dirigir las investigaciones bajo los siguientes puntos de vista:

En primer lugar, deben tenerse en cuenta los

sentimientos de cariño que inspiran á todo trabajador las fuerzas productivas que se le confían. Estos sentimientos se observan, más que en ninguna otra parte, en la vida campestre. Se ha celebrado mucho el amor del labriego hacia la tierra que cultiva, hacia su granja, hacia sus animales domésticos, etcétera; generalmente se ha relacionado con la propiedad este estado de espíritu, pero no es difícil reconocer que existe alguna cosa más fundamental. Todas las virtudes que se le han atribuido á la propiedad serán ininteligibles sin las virtudes que engendran cierta manera de trabajar.

Estos fenómenos han sido mal comprendidos generalmente, porque los filósofos son casi todos ciudadanos que no se dan cuenta del lugar que corresponde á la agricultura en la escala de los trabajos. Hay una agricultura grosera en la que se buscarán inútilmente las virtudes atribuidas á la propiedad; pero existe otra que durante largos siglos ha sido superior á la mayoría de talleres urbanos, calificados como trabajo, y que es aquella que han cantado los poetas percatados de un carácter estético. La propiedad parece conceptuaba como mayor ventaja el asegurar á los labriegos de los provechos materiales considerables que de ponerles en condiciones para alcanzar un porvenir artístico. La importancia de esta consideración es muy grande para el socialismo.

El taller moderno es un campo de experiencias que solicita continuamente el auxilio del trabajador para la investigación científica. Un mismo objeto puede ser esperado por diversas combinaciones, y éstas son siempre miradas como previsoras. Es necesario, pues, tener continuamente el ojo abierto á propósito de las dificultades que presenta la actual manera de producir. Aquí todavía

debemos hacer un llamamiento á las comprobaciones hechas sobre la agricultura durante mucho tiempo. Se ha señalado frecuentemente cuán curioso es el labrador que se dedica al cultivo de la vid, pues se parece más bien al obrero del taller que al labriego. A él le será muy difícil conformarse con la rutina, porque cada año aporta un tributo de nuevas dificultades. En los países agrícolas, el obrero de las viñas sigue con una atención minuciosa todos los episodios de la vida de cada planta.

La educación técnica moderna debería tener por objeto dar al obrero industrial algo de este espíritu. Se debe buscar darle á conocer los servicios que prestan las máquinas que ha de dirigir antes que enseñarle las imperfecciones que puedan tener. Este punto de vista es diametralmente opuesto al que encontramos entre los literatos que ensalzan las maravillas del progreso realizado sin comprender las condiciones según las cuales éste se produce. Este punto de vista de los literatos ha ejercido una gran influencia sobre los encargados de dirigir la enseñanza, y debido á ello las escuelas técnicas parecen mucho más ocupadas en enseñar la rutina que en inculcar un verdadero espíritu científico.

Así hemos sido conducidos á la invención que constituye el gran resorte de toda la industria moderna. Yo he dicho al final de las *Reflexiones sobre la violencia* que el arte debe ser mirado como un avance de la alta producción, en tanto tiende á manifestarse más y más en nuestra sociedad. Creo que podrán extraerse hermosas consecuencias de esta tesis que encierra, poco menos, todo cuanto verdaderamente puede decirse sobre el espíritu de la invención.

La ciencia se ha emancipado casi por completo de la dirección que pretendían imponerle los literatos. Estos todavía podrán imaginarse que sirven á la causa de la ciencia porque se exhiben en las brillantes paradas organizadas en honor de los inventores, pero su obra tiene pocos auditores entre los hombres que están al corriente de los trabajos científicos. Estos son diariamente más claros y tienden constantemente á superponer á la Naturaleza un taller ideal formado de mecanismos que funcionan con rigor matemático, encaminado á imitar, con una gran aproximación, los cambios que se producen en los cuerpos naturales. Así como la física experimental progresa solamente gracias al concurso de los constructores de aparatos, la física matemática parece estar llamada á pedir, de más en más, á la cinemática combinaciones para las hipótesis de que ella tiene necesidad. La ciencia y las artes usuales se encontrarán así mucho más unidas de lo que suponían los geómetras de los últimos siglos.

He dicho anteriormente que se han preocupado muy poco de las relaciones que existen entre el trabajador y la máquina. Sin embargo, se ha escrito de una manera prodigiosa sobre las relaciones de la burguesía con sus negocios, sus placeres y los órganos sociales que protegen sus intereses. Los libros de psicología colectiva, que tanto abundan hoy, no hablan de otra cosa. Esta literatura es muy del agrado de nuestros contemporáneos, porque éstos miran como una excelente preparación la elaboración de una moral oficial que sería enseñada en las escuelas á fin de asegurar el gobierno del pueblo para los intelectuales de todas las categorías.

Habrá quien indudablemente se sorprenderá al

ver la importancia limitadísima que la filosofía actual concede á las cuestiones que más graves parecían á nuestros padres. Se trata á la religión de la manera más superficial y la moral se reduce á una educación de la docilidad para poder asegurar el orden. El último término en el cual ha caído el pensamiento burgués, es el *pragmatismo*. Esta filosofía es admirable para todo advenedizo que quiere hacerse aceptar en un mundo demasiado indulgente, gracias á su flexibilidad, á sus habladurías, á su cinismo ó á su éxito.

Cuanto más reflexiono sobre estas cuestiones, más me persuado de que el trabajo puede servir de base á una cultura que no echará de menos á la civilización burguesa. La guerra que el proletariado debe dirigir contra sus amos es propia para desenvolver en él sublimes sentimientos, de los que hoy carece la burguesía. Esta ha prestado mucho á una de las aristocracias más corrompidas que han existido. Los guías de las conciencias no son menos cínicos que los literatos que formaban lo que Rousseau llamaba la *bandería holbáquica*. Todos nuestros esfuerzos deben tender á impedir que las ideas burguesas vengán á emponzoñar la clase que sube. Por esto nunca se hará bastante para romper todo lazo de unión entre el pueblo y la literatura del siglo XVIII.

FIN

INDICE

Págs

PRÓLOGO. V

CAPÍTULO PRIMERO

Primeras ideologías del progreso

- I. Discusiones entre los antiguos y los modernos.—Cuestión de buenos modelos en religión y en literatura.—Las *gens du monde* contra Boileau.—Triunfo de los buenos obreros del lenguaje.—II. Costumbres del final del siglo XVII.—Filosofía de Fontenelle.—Origen político de las ideas sobre la Naturaleza.—Pascal contra el racionalismo superficial.—El cartesianismo y las *gens du monde*.—III. Idea de una pedagogía de la humanidad.—Los vulgarizadores.—Condorcet concibe la instrucción popular bajo un modelo aristocrático; sus ilusiones relativas á los resultados de la instrucción. 17

CAPÍTULO II

La burguesía conquistadora

- I. Creación de las administraciones reales.—Crecimiento de una clase de dependientes.—Importancia de la buena administración.—Necesidad de la tranquilidad.—Crítica fiscal de los Parlamentos.—II. Caracteres de la ideología de una clase de dependientes.—

Libertad excesiva concedida á los teóricos.—Paso á la práctica en tres grandes corrientes.—III. Teorías contractuales.—Obscuridad del libro de Rousseau.—Causas que motivaron el éxito de una doctrina abstracta.—Origen de las ideas contractuales y del sistema de Locke.—Concepción de los asociados.—La voluntad general.—Interpretaciones contradictorias del *Contrato social*.—IV. Los fisiócratas.—Sus concepciones administrativas.—Su teoría de la propiedad y de las fundaciones.—Éxito de su sistema jurídico después de la Revolución.—V. Las gentes de letras.—Su influencia se origina del lugar que les asigna la nobleza.—Su verdadero papel entre la aristocracia.—Ausencia del espíritu crítico. 57

CAPÍTULO III

La ciencia en el siglo XVIII

- I. La ciencia como objeto de curiosidad.—La *Enciclopedia*.—Conocimientos generales necesarios á los administradores.—Descubrimientos que hicieron concebir grandes esperanzas.—II. Aplicación de las matemáticas á las cuestiones sociales.—Ilusiones de Condorcet.—Razones del error cometido entonces.—Conservación de una falsa ciencia de las probabilidades. . . . 111

CAPÍTULO IV

La audacia del tercer estado

- I. Prudencia de Rousseau ante las cuestiones prácticas.—Audacia de Turgot.—Confianza que á los ideólogos inspiraba la revolución americana.—II. Vuelta á la Naturaleza.—Importancia del progreso intelectual.—Potencia transformadora de la educación.—III. Literatura relativa á los salvajes.—Descripciones del padre Charlevoix.—Indiferencia por el estado existente.—IV. Progresos económicos.—Nuevas tendencias de las administraciones.—Crecimiento de la audacia revolucionaria con el progreso material. . . . 135

CAPÍTULO V

Teorías del progreso

- I. Discurso de Turgot.—Diferencias con Bossuet; preocupaciones burguesas.—Formación del progreso en medio del azar.—El progreso material en la Edad Media.—II. Defensa del nuevo orden por Mad. Stael.—Nuevos principios de crítica literaria.—Fusión de las civilizaciones.—El cristianismo.—La violencia.—III. Nacimiento de la idea de la evolución á consecuencia de las guerras por la independencia de las naciones.—La formación histórica del derecho y la conciencia jurídica.—La evolución es lo contrario del progreso.—IV. Tocqueville y la marcha necesaria hacia la igualdad.—Proudhon y las objeciones de Marx.—Proudhon abandona la idea de la necesidad; el progreso moral.—V. El progreso en la literatura democrática.—Teoría de P. Lacombe.—Sus caracteres ingenuos é ilusorios.—Las confesiones que encierra sobre la democracia.—VI. El progreso real ó técnico de la producción.—Ojeada sobre el progreso de las máquinas.—Ideología contemporánea. 168
-

Digitalizado por

ArchivoFOPEP

<http://www.archivofopep.org>

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Malato.—*La gran huelga*. 2 t.
 Marx (Carlos).—*El capital*.
 Matto de Turner (Clorinda).—*Aves sin nido* (novela peruana).
 Max Halbe.—*Juventud* (drama).
 Max Nordau.—*El mal del siglo*. 2 t.
 Id.—*Las mentiras convencionales de la civilización*. 2 t.
 Id.—*Matrimonios morgandíticos*. 2 tomos.
 Id.—*La comedia del sentimiento*.
 Max Stirner.—*El Único y su propiedad*. 2 t.
 Mazzini.—*Deberes del hombre*.
 Merzjowski.—*La muerte de los dioses*. 2 t.
 Id.—*La resurrección de los dioses*. 2 t.
 Id.—*El Anticristo (Pedro y Alejo)*. 2 t.
 Morimée.—*Los hugonotes*.
 Id.—*Cosas de España*.
 Morlino.—*¿Socialismo ó Monopolismo?*
 Michel (Luisa).—*El mundo nuevo*.
 Mirbeau.—*Sebastián Roch* (La educación jesuítica).
 Id.—*El abate Julio*.
 Mitjana.—*Discantes y contrapuntos*.
 Id.—*En el Magreb-el-Aksa*.
 Moebius.—*La inferioridad mental de la mujer*.
 Moleschot.—*La circulación de la vida*. 2 t.
 Morote.—*Pasados por agua*.
 Id.—*Rebaño de almas*.
 Id.—*La Duma* (Segunda parte de *Rebaño de almas*).
 Id.—*La conquista del Mogreb*.
 Id.—*De la Dictadura á la República*.
 Nákens.—*Horrores del absolutismo*.
 Naquet.—*La Anarquía y el Colectivismo*.
 Id.—*La Humanidad y la Patria*.
 Nietzsche.—*Así hablaba Zaratustra*.
 Id.—*La genealogía de la moral*.
 Id.—*La Gaja ciencia*.
 Id.—*El Anticristo*.
 Id.—*Aurora*.
 Id.—*El caso Wágner*.
 Id.—*El crepúsculo de los ídolos*.
 Id.—*Mis alta del bien y del mal*.
 Id.—*El origen de la tragedia*.
 Id.—*El viajero y su sombra*.
 Id.—*Humano, demasiado humano*.
 Nin Frias.—*Ensayos de crítica é historia*.
 Octavio Picón.—*Drama de familia*.
 Palacios.—*Las universidades populares*.
 Palomero.—*Su Majestad el hombre*.
 Pedrell.—*Musicalías*.
 Pérez Arroyo.—*Cuentos é historias*.
 Petronio.—*El satiricón*.
 Pío Baroja.—*El tablado de Arlequín*.
 Poe (Edgardo).—*Eureka*.
 Prat.—*Crónicas demoleadoras*.
 Praycourt.—*La moral del cura*.
 Proudhon.—*¿Qué es la propiedad?*
 Rafanelly (Leda).—*Un sueño de amor*.
 Reclús.—*Evolución y revolución*.
 Id.—*La montaña*.
 Id.—*Mis exploraciones en América*.
 Id.—*El arroyo*.
 Renán.—*Estudios religiosos*.
 Renán.—*El porvenir de la ciencia*. 2 t.
 Id.—*El Anticristo*. 2 t.
 Id.—*La Iglesia cristiana*.
 Id.—*Los Evangelios y la segunda generación cristiana*. 2 t.
 Id.—*Marco Aurelio y el fin del Mundo Antiguo*. 2 t.
 Id.—*Averroes y el averroísmo*. 2 t.
 Rizal.—*Noli me tângere* (El país de los frailes).
 Robert.—*Los cachivaches de antaño*.
 Rochefort.—*La aurora boreal*.
 Rodó (Jesé Enrique).—*Ariel*.
 Rodríguez Mendoza.—*Vida nueva*.
 Rhodis.—*La Papisa Juana*.
 Rojas.—*El alma española*.
 Rydberg.—*Singaula*.
 Salinas.—*Los satíricos latinos*. 2 t.
 Seral (Matilde).—*¡Centinela, alerta!*...
 Schopenhauer.—*El amor, las mujeres y la muerte*.
 Id.—*La libertad*.
 Id.—*Fundamento de la moral*.
 Séverine.—*Páginas rojas*.
 Id.—*En marcha...*
 Sorel.—*El porvenir de los Sindicatos Obreros*.
 Id.—*La ruina del mundo antiguo*.
 Spencer.—*Origen de las profesiones*.
 Id.—*El individuo contra el Estado*.
 Id.—*Creación y evolución*.
 Id.—*Educación intelectual, moral y física*.
 Id.—*Estudios políticos y sociales*.
 Id.—*La religión: su pasado y su porvenir*.
 Id.—*La Justicia*.
 Strauss.—*Estudios Literarios y Religiosos*.
 Id.—*La antigua y la nueva Fe*.
 Sudermann.—*El camino de los gatos*.
 Id.—*El deseo*.
 Id.—*Las bodas de Yolanda*.
 Id.—*El molino silencioso*.
 Id.—*La mujer gris*.
 Tars.—*La pintura en Italia*.
 Id.—*Viaje por Italia*. 3 t.
 Id.—*Filosofía del Arte*. 2 t.
 Id.—*Los filósofos del siglo XIX*.
 Id.—*Los orígenes de la Francia contemporánea*. 2 t.
 Tchekhov.—*Vanka*.
 Teniente O. Bilse.—*Pequeña guarnición*.
 Tolstói.—*La verdadera vida*.
 Id.—*La guerra ruso-japonesa*.
 Id.—*La escuela Yasnáia-Poliána*.
 Ugarte.—*Visiones de España*.
 Id.—*El Arte y la democracia*.
 Id.—*Las nuevas tendencias literarias*.
 Urquijo.—*De mi cartera*.
 Id.—*Películas*.
 Vandervelde.—*El colectivismo*.
 Voltaire.—*Diccionario filosófico*. 6 t.
 Wágner.—*Novelas y pensamientos*.
 Zola.—*El mandato de la muerte*.
 Id.—*Cómo se muere*.
 Zoydes.—*Pobreza y descontento*.—H. George.—*La condición del trabajo*.
 Zozaya.—*El huerto de Epicteto*.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS Á UNA PESETA EL TOMO

- González Peña (Carlos).—*La chiquilla*.
 Posada (Adolfo).—*Autor* 1 y 2 libros.
 Morayta (Miguel).—*¡Aquellos tiempos!*
 Vasseur (Armando).—*Origen y desarrollo de las instituciones occidentales*.
 Torres (Carlos Arturo).—*Idola Fori*.
 Talero (Eduardo).—*Ecos de ausencia*.
 Zayas.—*El libro del saber a la c.*
 Corton.—*El fantasma del separatismo*.
 Soiza Reilly.—*El alma de los perros*.
 Prat.—*La Burguesía y el Proletariado*.
 Gorki (M.).—*Escritos filosóficos y sociales*.
 Id.—*Los bárbaros* (drama).
 Id.—*Los hijos del Sol* (drama).
 Id.—*En América*.
 Id.—*Entrevistas*.
 Nóvoa (Roberto).—*La indigencia espiritual del sexo femenino*.
 Chamberlain (John).—*El atraso de España*. (Traducción de Cazalla.)
 Hugo (Victor).—*William Shakespeare*.
 Ingegneros.—*Al margen de la ciencia*.
 Nin Frías (Alberto).—*Estudios religiosos*.
 González Peña.—*La musa bohemia*.
 Ross Múgica.—*Más allá del Atlántico*.
 Finot (Juan).—*La ciencia de la fecundidad*.
 Garnier (José Favio).—*Perfume de belleza*.
 Blanco-Fombona.—*El hombre de hierro*.
 Flores García (Francisco).—*Memorias íntimas del teatro*.
 Sesto (Julio).—*El México de Porfirio Díaz*.
 Grave.—*El individuo y la sociedad*.
 Draper.—*Historia del desarrollo intelectual de Europa*. 3 tomos.
 Mitjana.—*¡Para música vamos!*...
 Reclus (Eliseo).—*Nuestro planeta*.
 Lorenzo (Anselmo).—*El Pueblo*.
 Soiza Reilly.—*Hombres y mujeres de Italia*.
 Proudhon.—*Amor y matrimonio*.
 Posada (Adolfo).—*Pedagogía*.
 Ran, rez Angel (E.).—*Después de la siega*.
 Sánchez Hayes (R.).—*Las ideas actuales*.
 Inyrtó (M.).—*La verdadera religión*.
 Pérez de Mendoza (María).—*Misión social de la mujer*.
 Domenech (Francisco).—*Lo humano*.
 Jaurés (Juan).—*Estudios socialistas*.
 Cantaclaro.—*Comentarios al Concordato*.
 Porras Troconis (G.).—*Proscenio bárbaro*.
 Argente (Baldomero).—*Tierras sombrías*.
 Palacios.—*Discursos parlamentarios*.
 Márquez Sterling (M.).—*La diplomacia en nuestra historia*.
 Reclus (Eliseo).—*La vida en la tierra*.
 Spencer.—*Los primeros principios*. 2 t.

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

- La cocina moderna (Contiene más de 800 fórmulas).—Una peseta.
 Arte de saber vivir (*Prácticas sociales*).—Una peseta.
 Modelos de cartas.—Una peseta.
 Salud y belleza (*Secretos de higiene y tocador*).—Una peseta.
 Las artes de la mujer (*Labores artísticas y de adorno*).—Una peseta.
 Cuentos de Colombine (*novelas cortas*).—Tres pesetas.
 Los inadaptados (*novela*).—Tres pesetas.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

- Voltaire.—*La Doncella* (1 tomo). Una peseta.
 Casanova.—*Amores y Aventuras* (1 tomo). Una peseta.
 Apuleyo.—*El Asno de Oro* (La Metamorfosis) (1 tomo). Una peseta.
 Longo.—*Dáfnis y Cloe* (1 tomo). Una peseta.
 Cuentistas italianos.—*Obras galantes* (1 tomo). Una peseta.
 Bilitis.—*Las canciones eróticas* (1 tomo). Una peseta.

César Puig y Lázaro Mascarell

Tribunales industriales.—Accidentes de trabajo

Un tomo en 4.º de 300 páginas: DOS pesetas

LEYES ELECTORALES VIGENTES

Un tomo en 4.º de 400 páginas: DOS pesetas